

# Letras del Ecuador

LITERATURAS DEL EXILIO

*Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"*



# Letras del Ecuador

LITERATURAS DEL EXILIO

Este número está dedicado a la memoria  
de Edmundo Ribadeneira, notable escritor  
y ex presidente de la C.C.E.

ÍNDICE	
ESCRITORES EMIGRADOS DE LA LITERATURA ECUATORIANA	
Ernesto Proaño Arandi	4
EXTRADIAFINO Y LITERATURA	
Alfredo Ponce Maldonado	26
ESCRITORES DEL EXILIO	
Rocío Durán Barba	34
<i>Dossier</i>	
DE DÍAS VACÍOS Y NAUFRAGIOS	
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio	
Ernesto Proaño Vinuesa	
EL EXILIO	
Mario Montecforte Toledo	37
POESÍA Y EXILIO	
Pedro Lastra	49
CINE Y EXILIOS	
Christian Kupchik	60
CREACIÓN	
CARTA AL JOAQUÍN	
(sobre un guión cinematográfico)	
Juan Martín Cueva	70
NOS VISITARON	
LA OTRA COLOMBIA: LITERATURA Y VIDA	82
GONZALO MÁRQUEZ CRISTO	84
ANTONIO CORREA LOSADA	90
RESEÑAS	98
COLABORADORES	110

**Letras del Ecuador**  
fundada por  
Benjamín Carrión en 1945

Casa de la Cultura  
Ecuatoriana  
Benjamín Carrión  
Número 186 marzo 2004

Raúl Pérez Torres  
Presidente CCE

Dirección  
Francisco Proaño Arandi  
Abdón Ubidia

Editor  
Antonio Correa Losada

Consejo Editorial  
Cecilia Ansaldo  
Eliécer Cárdenas  
Fernando Cazón Vera  
Manuel Corrales Pascual  
Marco Antonio Rodríguez  
Humberto Vinuesa

Consejo de Redacción  
Francisco Proaño Arandi  
Raúl Pérez Torres  
Raúl Vallejo  
Antonio Correa Losada  
Iván Egúez  
Abdón Ubidia

Este número ha sido ilustrado  
por el pintor Antonio Arias

Corrección de textos  
Ramiro Huanca Soto

Diseño y diagramación  
Ernesto Proaño

Las estampillas del *dossier* han sido creadas  
especialmente para este número.

Fotomontaje e impresión  
Editorial Pedro Jorge Vera

Casa de la Cultura Ecuatoriana  
Ave. 6 de Diciembre  
N16-224 y Ave. Patria  
P.O. Box: 67  
Quito, Ecuador  
Teléfono:  
(593-2) 2223 391 / 2565 808  
extensión 203 / 213

Correo electrónico:  
letrasdelecuador@hotmail.com  
cce.benjamincaunion@andinaner.net

Desde mediados del siglo XX, un hecho de impresionantes repercusiones ha marcado a la sociedad ecuatoriana: el fenómeno de las migraciones. Hombres y mujeres salen de pueblos y ciudades, en búsqueda desesperada de un mejor porvenir. Este hecho, de profundas implicaciones humanas, con su carga de exclusión y desarraigo, está determinando un nuevo comportamiento social, especialmente, en los países periféricos. Ante esta situación, la revista *Letras del Ecuador* ha preparado el presente número monográfico con el título general de *Literaturas del Exilio*. No se ha buscado la precisión sociológica del fenómeno, ni las definiciones taxativas ni la separación canónica y semiológica entre exilio e inmigración, aunque conlleven implicaciones diferentes. Se pretende mostrar desde la literatura, «el significado de la ausencia y el extrañamiento» en la visión de escritores del Ecuador y de América Latina.

Desde el ensayo, Francisco Proaño nos habla de los *Grandes emigrados de la literatura ecuatoriana*; Modesto Ponce hace un breve recuento sobre autores que en los últimos años han incluido esta temática en sus libros; Rocío Durán nos testimonia por medio de la lectura, la experiencia de quien vive fuera del país.

Asimismo, el lector va a encontrar un estupendo *dossier: De días vacíos y naufragios*, antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio, recopilada por Ernesto Proaño.

Como homenaje a ese gran transferrado que fue Mario Monteforte Toledo, se incluye su ensayo *El exilio*, publicado meses antes de morir en Guatemala. El poeta chileno Pedro Lastra, rastrea los orígenes del exilio y la poesía. Christian Kupchik, escritor y cineasta argentino, en un claro y elocuente artículo, hace un recuento de las principales películas que nos han conmovido desde «esa tierra de nadié que habita en todos, esa permanente y acechante sensación de extranjería que toca de cerca con sus polvos cuanto nos rodea». El documentalista Juan Martín Cueva, nos cuenta el proceso que dio origen a su guión *Carta al Joaquín*, premiado recientemente en Francia y Argentina.

Se registra la visita que hicieron los poetas colombianos, William Ospina, Gonzalo Márquez y Antonio Correa, dentro de las Jornadas Culturales programadas por el Municipio de Quito y la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

El pintor Antonio Arias con el sugerente dibujo de la portada y un sutil manejo de la plumilla en el interior, nos deja el rastro de gentes y de cosas.

Este el acercamiento sobre un tema que nos atañe a todos. 📖

## GRANDES EMIGRADOS DE LA LITERATURA ECUATORIANA

Francisco Proaño Arandi

«He elegido el exilio para poder decir la verdad», decía Nietzsche. Voluntario o no, el exilio, la emigración, ha sido muchas veces el marco para la aparición de obras capitales en casi todas las literaturas. Parece que el alejamiento de la patria posibilita entender su realidad con objetividad, sin los espejismos a que puede inducirnos la demasiada cercanía de aquello que pretendemos interpretar o describir. A la vez, quien sufre el exilio puede estar en posición de decir la verdad sin ninguna traba, como si el dolor, la ausencia y el desasosiego propios del exiliado incitaran a reinterpretar las cosas y la misma existencia en una perspectiva más profunda, purificada por todo aquello que vuelve trágica la condición del emigrado.

Grandes exiliados y a la par exponentes cruciales de la literatura universal han sido Dante, Ovidio, Nietzsche, Séneca, Gorki, Joyce, Beckett, Henry Miller, Rilke, Thomas Mann, Stefan Zweig, Vintila Horia, Ionesco, Virgil Gheorghiu, Witold Grombowicz, Iván Bunin, Garcilaso de la Vega, Luis Vives, Rubén Darío, César Vallejo, entre otros. Algunos murieron cuando iniciaban el doloroso camino de la emigra-

ción: el caso de Walter Benjamin resulta paradigmático en este sentido. La cierta amenaza de la policía franquista de entregarle a sus perseguidores nazis, obligaría a este gran crítico y filósofo alemán de la Escuela de Frankfurt a suicidarse, cuando ya había logrado entrar en España a través de la frontera francesa. Ello ocurría en septiembre de 1940, en la localidad española de Port Bou. En alguno de sus notables escritos había consignado lo siguiente: «Sólo sobre un muerto no tiene potestad nadie»: consecuente con esa terrible frase, se negaba de ese modo a seguir siendo un perseguido. ¿No está esa voluntad de ser libre en la raíz de algunos casos de exilio? ¿No está allí, implícita, toda una disquisición sobre el mal y el poder, administradores impalpables de todos los exilios, de todas las carencias? Poco antes de la muerte de Benjamin, la derrota de la República Española había obligado a abandonar España a lo más importante de su intelectualidad. Tres décadas más tarde, sucedería lo mismo bajo la represión desatada por las dictaduras fascistas del cono sur latinoamericano. Al iniciarse el siglo XXI, una de las principales contradicciones entre el Norte y el Sur

viene constituida por los masivos flujos de migrantes que parten en busca de una transformación de sus existencias pauperizadas por el subdesarrollo y la desesperanza, hacia las llamadas sociedades del bienestar en los países industrializados.

Habría que distinguir entre emigración y exilio:

La primera se produce más bien en el marco de los desequilibrios económicos cíclicos que experimentan entre sí las diversas sociedades. Así, las condiciones de pobreza de una determinada sociedad o región obligan a muchos de sus integrantes o habitantes a buscar mejores condiciones de vida en otra parte, allí donde exista un polo de desarrollo que pueda absorber a dichos emigrantes. Uno de los primeros casos conocidos es el descrito en el Génesis, cuando los hijos de Jacob y éste mismo deben desplazarse a Egipto, llamados por el hermano menor, José, quien ha devenido en un emigrante de éxito. La emigración tiende a ser permanente, aunque el migrante tenga la esperanza de volver a la patria, lo que no siempre consigue. Y es voluntaria, al menos desde un punto de vista legal, pues casi siempre deviene como una secuela de las circunstancias.

El exilio, en cambio, tiene generalmente una connotación de carácter político,

cuando el poder prevaiente expulsa hacia otro lado a quienes considera un peligro o un estorbo. Un caso típico fue la expulsión de los jesuitas de todo el imperio español decretada en 1767 por Carlos III. El exilio se produce contra la voluntad del expulsado y dura lo que el poder expulsor disponga, lo que, asimismo, puede dilatarse hasta la muerte de aquel.

Tanto la migración, cuanto el exilio, son análogos: en lo esencial implican la ausencia del lugar natal, de la que- rencia, y ello genera parecidos efectos en la psiquis humana.

La literatura ecuatoriana ha conocido también el exilio o el autoexilio. Baste recordar nombres como los de Juan de Velasco, Juan Bautista Aguirre, Federico Proaño, Juan Montalvo, Honorato Vázquez, Jorge Carrera Andrade, Alfredo Gangotena, César Dávila Andrade, Miguel Donoso Pareja, Jorge Enrique Adoum. Casi todos ellos escribieron muchas de sus páginas más memorables lejos de la patria, excepto uno: Juan Bautista Aguirre, a quien el

**He  
elegido  
el exilio  
para  
poder  
decir  
la verdad.**

Nietzsche

exilio, parece, acalló su voz lírica, la más importante de la escuela barroca en la América Hispana del siglo XVIII.

Cuando comienza el siglo XXI el Ecuador empieza a conocer, igual que otras sociedades, una literatura de la migración.

#### SENTIDOS DEL EXILIO

Hay un exilio interior, perceptible sobre todo en la filosofía y en la literatura contemporáneas, cuando el ser humano se siente ajeno a la sociedad en que vive, porque ésta no se corresponde con sus aspiraciones existenciales, con su proyecto en cuanto ser o porque toda ella y el poder prevaliente lo han despojado de lo que *es o debe ser*, en esencia. Ya en el siglo XIX, Kierkegaard había señalado la inautenticidad del hombre con-

temporáneo, su pérdida en el «ser» anónimo y no propiamente suyo y la posibilidad de recuperarse a sí mismo a través del concepto de la «angustia», que equivaldría a un profundo proceso de comprensión de su razón de ser

en el mundo. En el siglo XX, filósofos como Heidegger y Sartre buscarían una salida a dicha crisis, ahondada por la verificación de las dos grandes guerras mundiales, el holocausto y los campos de concentración y, luego, por el equilibrio del terror nuclear que amenazaba la vida misma del hombre y la Tierra. El primero, plantearía como esencial emprender una búsqueda de la autenticidad y, el segundo, la experiencia de la libertad como categoría a ser asumida a fin de encontrar un sentido a la existencia y comprenderla. En todo caso, este nivel de extrañamiento del hombre sería enfocado magistralmente en obras maestras de la literatura, como las de Kafka (*El proceso*, *La metamorfosis*, *El castillo*, *La colonia penitenciaria*, etc.), en Camus (*El extranjero*, *La peste*), Beckett (*Esperando a Godot*, *El innombrable*, etc.), Ionesco (*La cantante calva*, *Los rinocerontes*, etc.) y en el propio Sartre (*La náusea*), entre otros ejemplos.

La experiencia del extrañamiento, de la ajenedad, se complejiza en situaciones de exilio, de migración. De allí que, casi siempre, la respuesta del exiliado ha sido de una profunda disconformidad con su condición, que se expresa ya en evocaciones sentidas y nostálgicas de la patria añorada y temporal o definitivamente perdida, ya en una reflexión que le lleva, en muchos casos, a una intelección más objetiva y universal

Al iniciar  
el siglo XXI,  
el Ecuador  
empieza a  
conocer una  
literatura  
de la  
migración.

sobre una multiplicidad de temas: la patria, el hombre, la existencia.

Una de las respuestas más interesantes que registra la historia de la literatura es la del filósofo latino-español Lucio Anneo Séneca, el Joven. Desterrado en el año 41 d. de C., a un exilio que duró ocho años, en la entonces salvaje isla de Córcega, este hombre que había escalado en Roma los más altos niveles de influencia y consideración ciudadana, lejos de la capital imperial y de su patria española, no pudo sino exclamar, sentidamente: *Carere patria intolerabile est!* (¿Qué sufrimiento intolerable es el vivir fuera de la patria!). Sin embargo, de la experiencia del exilio, de aquella angustia del destierro, el filósofo pudo transitar hacia otra experiencia que, según nos cuenta Gregorio Marañón, no sólo sirvió de consuelo a Evia, su madre, puesto que en una epístola a ésta consignó sus reflexiones, sino a otros que a través de los tiempos han sufrido la lejanía de la patria. En dicha carta, Séneca se aproxima a las grandes preguntas del existencialismo sigloventino. En la interpretación de Marañón, para Séneca «la vida es un destierro universal». Entonces, si «el exiliado sufre pensando en los que se quedaron y en los que ya volvieron, ¿cómo sabe si éstos están seguros de no estar, más que él mismo, exiliados?». «¿A qué atormentarnos por la ausencia de la tierra

vernácula, si toda la tierra es patria para el varón digno de este nombre?». Al mismo tiempo, Séneca parece presentir el advenimiento de una nueva filosofía, la que sobrevendría con el cristianismo. Si el fin del hombre, afirma, está más allá de su existencia terrenal, «los que nos arrojan de la patria, ¿son menos desterrados que nosotros?». Tiene mucho interés esta trasposición de la tragedia individual del exiliado a una constatación filosófica esperanzadora y trascendente de carácter universal.

Otro caso memorable, también perteneciente a la antigüedad latina, es el del poeta Ovidio, desterrado de por vida por el emperador Augusto a la lejana Tomis, a orillas del mar Negro, en la moderna Rumania. Como Séneca, Ovidio gozaba de las delicias y placeres propios de la alta sociedad romana. El destierro debió significar para él un profundo sufrimiento, que expresa en obras como las *Tristes* o las *Pónticas*. En la primera, junto a reflejar



poéticamente su nostalgia, trata de lograr que se le destine a un lugar más benigno y menos lejano. En la segunda —conjunto de cartas a amigos suyos en Roma—, el poeta no se resigna a su condición de exiliado y clama porque se revierta la orden de destierro, que no llegará nunca. Como Séneca, Ovidio habría también sentido en aquellas lejanas tierras, el advenimiento de una nueva filosofía, la cristiana. Ello ha dado lugar a una obra sin duda trascendente en la literatura del siglo XX: *Dios ha nacido en el exilio*, de Vintila Horia, escritor rumano y exiliado como Ovidio, personaje de su novela.

Vintila Horia, fugitivo del fascismo instaurado en Rumania durante la II Guerra Mundial y disidente, luego, del régimen socialista, vivió largos años de exilio en Argentina y España. En las obras del antiguo poeta desterrado precisamente en Rumania, encontraría un trasunto de su propia experiencia, circunstancia de la cual nacería una novela escrita a manera de un diario. Allí, el escritor contemporáneo interpreta la intimidad de Ovidio, a la luz de sus poemas y cartas, al tiempo que expresa su propias vivencias. En forma parecida a Séneca, también Ovidio descubrirá una aspiración y un alivio universales: la posibilidad de una redención y de una liberación.

## GRANDES EXILIADOS DE LA LITERATURA ECUATORIANA

En el marco de estas brevísimas reflexiones pudiéramos quizás acercarnos con mayor certidumbre a la verdad subyacente en la experiencia de algunos de nuestros grandes escritores que, igual que lo sucedido en otras latitudes históricas y geográficas, han sufrido la experiencia, tanto del exilio o la emigración, cuanto la del autoexilio que, analógamente, responde a parecidas causas y genera similares efectos.

Uno de los casos más dramáticos es, sin duda, el de la expulsión de los jesuitas en 1767, que obligó a expatriarse a algunos de los más importantes exponentes de la cultura quiteña del siglo XVIII, entre ellos, Juan de Velasco, Juan Bautista Aguirre, José Orozco y Joaquín Ayllón, miembros de esa comunidad religiosa. La orden fue dada por Carlos III, mediante su famosa «Pragmática» del 2 de abril de 1767, y cumplida en agosto del mismo año en las colonias americanas. Fue una perfecta operación de inteligencia, dice el historiador Jorge Núñez, y sus efectos fueron, entre otros, la incautación de las múltiples propiedades de las comunidades expulsadas y su posterior privatización, a la luz de las ideas del «despotismo ilustrado» de los monarcas borbónicos de fines del XVIII, para

quienes los jesuitas, a más de su enorme poder político y económico reflejaban otro momento histórico que debía superarse: la España de la Contrarreforma y del Concilio de Trento.

**JUAN DE VELASCO.** La orden del Rey prohibía a los jesuitas viajar con sus libros y documentos. Juan de Velasco, quien para entonces se encontraba destinado en Popayán, al parecer tenía la misión dada por la propia Corona, de escribir una Historia de Quito. Esta misión, presuntamente también, le habría posibilitado el llevarse al exilio muchos de los papeles que luego, en su destierro de Faenza, le servirían para escribir su obra. Hernán Rodríguez Castelo especula sobre la posibilidad de que, conociéndose el proyecto insigne de Juan de Velasco, sus compañeros de destierro le hubiesen ayudado a esconder y llevar a Europa el acervo documental que había reunido. En la relación de libros y documentos incautados a los jesuitas de Popayán, no consta el nombre de Juan de Velasco, lo que implicaría que sí pudo sacar, cualquiera sea el caso, los suyos.

Durante los veinte años previos, el acucioso jesuita había recolectado numerosos testimonios, escritos y orales, sobre la historia prehispánica de lo que denominaría Reino de Quito, viajando por

diversas comarcas y consultando en las bibliotecas y archivos existentes. La idea central de su Historia, la existencia de un Reino, es decir, de una entidad política organizada anterior a la conquista inca y sustentada en una dinastía real, cual fue la de los Shyris-Caras, ha sido virulentamente discutida por historiadores posteriores, algunos de los cuales llegaron a negar a Velasco credibilidad científica.

Entre los argumentos esgrimidos contra Juan de Velasco consta principalmente la idea de que éste no contó en su destierro con el bagaje documental necesario, habida cuenta de la prohibición antedicha de Carlos III, lo que obligaría al jesuita a escribir de memoria su historia, con los errores e invenciones consecuentes. Se argumenta también que algunos de los documentos que Velasco señala haber consultado, como las crónicas de fray Marcos de Niza —*Conquista de la Provincia de Quito; Ritos y ceremonias de los indios; Las líneas de los Incas* y

**La idea central de su Historia, la existencia de un Reino...**



*los Shyris, señores del Cuzco y de Quito;* etc.— y de Jacinto Collahuazo — *Guerras civiles de Atahualpa y Huáscar Inca*— no han sido conocidas por nadie más que por el historiador riobambeño. Se aduce, además, que no han podido encontrarse vestigios arquitectónicos y de otra índole que atestigüen de manera suficiente la existencia de un Reino tan importante como el que señala Velasco en su historia.

Fueron detractores de Velasco, en lo que atañe a su credibilidad científica, investigadores de la talla de Federico González Suárez, Marcos Jiménez de la Espada, Jacinto Jijón y Caamaño, Gonzalo Zaldumbide, Max Uhle y últimamente Ernesto Salazar. Entre sus defensores constan Pío Jaramillo Alvarado, Benjamín Carrión, Jorge Salvador Lara, Piedad y Alfredo Costales, Juan Félix Proaño, Isaac J. Barrera, Celín Astudillo Espinosa, Luciano Andrade Marín, Leonidas Batallas. Cabe señalar que algunos de los

primeros nombrados, como detractores, rectificaron en algunos puntos sus afirmaciones: González Suárez admitiría que hubo en Quito una dinastía pre-inca que aglutinó, en su momento, la resistencia contra los invasores. También Jijón y Caamaño y Max Uhle admitirían más tarde la existencia preincásica de un núcleo de unificación política, como lo denomina Salvador Lara.

Es importante destacar la significación que tiene la idea de la existencia del Reino de Quito. Aparte de que menciones sobre su existencia ya aparecen en algunas de las primeras crónicas de la conquista, es indudable su trascendencia como idea matriz y sustentadora de una nacionalidad. Se ha dicho que la nostalgia de la patria perdida fue una de las causas para que Juan de Velasco imaginara la existencia de una entidad tal. Sin dejar de subrayar la enorme nostalgia que debió sentir el gran emigrado, cabe indicar que Velasco escribía en un momento especialmente crucial: Quito, y en particular los criollos y mestizos con poder económico, empezaban a sentir la necesidad imperiosa de autogobernarse. La grave situación económica de la Audiencia y las ideas de la Ilustración abonaban decididamente a ese afán. Por otra parte, en Europa, gravitaban las ideas que luego cuajarían en la tesis hegeliana del Estado-nación, ideas que no

serían desconocidas para Juan de Velasco. El conocimiento de que en el pasado prehispánico y preinca de su patria quiteña hubo una entidad política integradora de una posible nacionalidad, se correspondía perfectamente con las ideas en boga y con las aperturas autonomistas y reformadoras de los sectores ilustrados de Quito. No hacía falta para ello ninguna superchería literaria como lo insinuó en su momento Gonzalo Zaldumbide. Por lo demás, al escribir su magna obra, Velasco se consolidaba como el gran escritor que fue, vívido narrador de los hechos que relataba.

En un marco mayor, aquellos jesuitas expulsados de las colonias americanas, pudieran sentir, en su confrontación con Europa, que más que españoles eran americanos y, como tales, contribuyeron de distintas maneras a vertebrar las ideas de autonomía y de propia identidad para sus respectivas patrias.

Dijimos más arriba que el caso de Juan de Velasco fue especialmente dramático. No logró que su obra magna, la *Historia del Reyno de Quito*, fuera publicada mientras vivía, pese a las promesas formuladas por el ministro de la Corte de Carlos IV, Conde de Porlier; pero una vez publicada, décadas después de su muerte, fue injustamente vilipendiada. Son dramáticas también las condiciones en que terminó de

escribirla, cuando era presa de diversas enfermedades, incluida la sordera, que lo llevarían a la muerte en 1791. La correspondencia con Luis de Gueco, Comisario Real en Bolonia, primero, y luego, con el ministro Porlier, da cuenta de la tragedia vivida por Juan de Velasco en sus últimos años, mientras escribía su monumental obra, bajo las exigencias de terminarla provenientes de España y la promesa de una ayuda monetaria que nunca llegó. Prueba de ello es lo que escribe a Gueco en marzo de 1789, cuando había terminado y enviado el segundo tomo de su obra:

*El haberme atareado por concluir la segunda parte, me ha costado el quedar inhábil de los ojos, por una pertinaz fluxión, que no ha querido ceder por más que han hecho los médicos, quienes me han prohibido leer, escribir, y aun rezar el oficio divino.*

No obstante ello, el escritor logra sobreponerse a sus males y escribe la tercera parte que envía a Porlier el 29 de julio de ese mismo año. El 15 de septiembre Porlier le escribe ratificando la aprobación de la obra, que debía implicar su publicación inmediata, y le anuncia el envío de «la debida compensación que le acredite la Real gratitud». Ni una ni otra promesas se cumplieron. Cabe

entonces imaginar a Velasco, quien habría perdido ya mucho antes la esperanza de regresar a su tierra natal, recordándola en sus últimos trágicos días, luego de haber escrito sobre ella y consolidado el mito fundador de su identidad histórica. Habría recordado también, seguramente, las terribles circunstancias del viaje iniciado en Popayán: las peripecias del largo trayecto hacia Cartagena de Indias —desde el 17 de agosto al 30 de octubre de 1767—, la penosa navegación a la isla de Cuba en el bergantín «Juan Nepomuceno» —del 9 al 28 de noviembre—, las difíciles circunstancias de su permanencia en La Habana en la prisión llamada eufemísticamente Palacio de Oquendo —del 3 al 24 de diciembre—, el peligroso y también tedioso viaje a través del Atlántico que duraría 97 días, las distintas incidencias y complicaciones previas a su llegada final a Faenza el 24 de octubre de 1768. Es muy posible entonces que en sus últimos días haya participado del mismo estado de ánimo que otro de sus colegas de destierro, el jesuita Joaquín Ayllón, literato y filósofo, que había expresado en carta enviada en 1782:

*...negra tristeza y melancolía, en que tan desterrada se ha sentido mi alma ya son dieciséis años de vivir distante, un mundo por medio, de mi patria y arrancado de los míos, que siempre están atra-*

*yendo hacia ellos mi corazón, con la más amorosa violencia. Si hubiese podido, ahora pudiese huir de Roma a Quito, no me detendría un momento...*

Ayllón reflejaba en su carta los sentimientos de sus compañeros de exilio, incluido Velasco, sólo que éste lograba en su *Historia* transfigurar aquellos en algo eminentemente superior: la concepción de una patria llamada a dirigir sus propios destinos, sustentándose en un mito fundador y en una historia que legitimaban el afán, entonces en marcha, por la autonomía, la independencia y su ingreso en la modernidad.

**JUAN BAUTISTA AGUIRRE.** Nacido en Daule en 1725, había alcanzado en Quito justa fama como catedrático de filosofía y física y como orador sagrado. Paralelamente, aunque desconocida en gran parte por sus contemporáneos e incluso por la crítica literaria del siglo XIX, su obra poética puede ser considerada, a dos siglos y medio de distancia, entre lo mejor que produjo el movimiento barroco hispanoamericano de la época colonial.

Para Efraín Jara Idrovo, se trata del más importante poeta de nuestra etapa colonial. «Aguirre —dice— sacó a la poesía quiteña de su indigencia deprimente y la proyectó más allá de las fronteras de la Au-

diencia, haciéndola codearse y con ventaja, con la de los otros poetas representativos del prosaico siglo XVIII hispanoamericano... Si exceptuamos al jesuita guatemalteco Rafael Landívar, autor del extenso poema en latín *Rusticatio Mexicana*, no hay lírico hispanoamericano que sobrepase en el siglo XVIII al jesuita quiteño en relieve y significación». Cabe subrayar, sin embargo, que esta apreciación es formulada en perspectiva histórica, a la luz de lo que ahora conocemos sobre la obra poética de Aguirre.

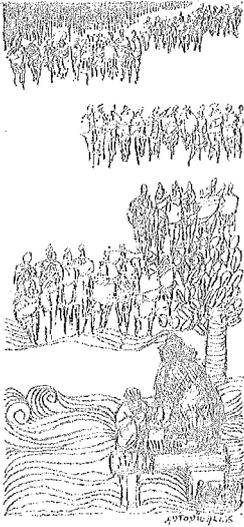
La orden del destierro lo sorprendió en la capital de la Audiencia y junto con otros 77 jesuitas se embarcó en Guayaquil, rumbo a Panamá, el 3 de octubre de 1767. Las circunstancias de su viaje a Europa son similares a las de Juan de Velasco y de todos los expulsados, es decir, extremadamente penosas, habida cuenta del rigor de la orden de Carlos III, cumplida con especial celo por las autoridades coloniales, y de las dificultades propias de la época.

Pareciera que el exilio de Juan Bautista Aguirre hubiese sido menos penoso que el de Juan de Velasco y otros emigrados. Su erudición y su don de gentes le harían objeto de gran consideración por parte de sus colegas y de las autoridades eclesiásticas italianas de las ciudades donde le tocó residir en distintas etapas: Rávena, Ferrara, Tívoli, Roma. En Rávena fue superior del

convento jesuita de dicha ciudad, antes de que el Papa Clemente XIV ordenara la disolución de la orden. En Ferrara ejerció las funciones de rector del colegio y de examinador sinodal. En Roma, donde vivió por cinco años, fue muy apreciado por muchos de los propios cardenales por sus conocimientos teológicos y filosóficos. Debido a problemas de salud pasó a residir en Tívoli y allí, entre otros amigos, lo fue del cardenal Gregorio Barnaba Chiaramonti, futuro papa Pío VII.

En esta ciudad escribió un Tratado Polémico Dogmático, que debe reposar en algún archivo italiano. Posteriormente, enfermo y de todas maneras con escasos recursos, murió en Tívoli el 15 de julio de 1786, a los 61 años de edad.

El exilio tuvo dos efectos importantes en su obra. Por un lado, el desconocimiento en torno a la verdadera significación de su poesía, circunstancia que habría de persistir por algo más de un siglo. Críticos como Espejo y Juan León Mera, que no conocieran sino fragmentos aislados de la misma, insistirían en que Aguirre no había hecho más que reiterar la retórica culterana propia del barroco. Lo ubicarían además como un poeta simplemente «jocosos», en virtud de las décimas irónicas compuestas para satirizar a los quiteños. Detrás de sus juicios estaba, indudablemente, la aspiración a una



renovación neoclásica, que Espejo propugnaba y que Mera, decenios más tarde, señala como deseable para el desarrollo de la literatura ecuatoriana:

*...no quiso (Aguirre) abandonar las doctrinas de la vacilante escuela (el gongorismo), sino más bien sostenerlas con el ejemplo. ¡Mal pecado que no acertamos a perdonar!... ¡Oh que bello habría sido ver precedida la magnífica figura del cantor de Bolívar por la hermosa y veneranda del restaurador de nuestras letras! Aguirre hubiera brillado como un lucero luminoso en la noche de la colonia, de la manera como Olmedo brilla como el sol en la mañana de la libertad.*

No podían dejar de reconocer sus potencialidades artísticas, pero tampoco les era posible conocer más de la obra del poeta, puesto que ésta había quedado oculta al partir Aguirre al exilio. Se habría necesitado que el crítico argentino Juan

María Gutiérrez rescatara una buena parte de aquella, que Gonzalo Zaldumbide la difundiera en el Ecuador y en América ya bien avanzado el siglo XX y que Julián S. Bravo descubriera otros manuscritos, casi ya por 1960, para que el lector moderno conociera la trascendencia de este gran poeta que hiciera florecer, aún en clave barroca, una obra considerada hoy entre lo más importante de la literatura hispana colonial.

Por otro lado, la poesía de Aguirre quedó circunscrita a su etapa quiteña, es decir, hasta 1767, fecha de su partida obligada a Europa. Todo indica que en el destierro no volvió a escribir poesía, pese a que Zaldumbide, tanto como Efraín Jara Idrovo, sugieren la posibilidad de que Aguirre pudo seguir haciéndola. No existen, sin embargo, testimonios de que así sucediera y no consta ningún poema suyo en la recopilación hecha por Juan de Velasco conocida como el *Ocioso de Faenza*, colección que precisamente recoge, entre otras, las piezas poéticas escritas por algunos de sus compañeros de destierro. Es como si el exilio hubiera cercenado su vena lírica y dejado sobrevivir solamente al teólogo y al filósofo, lo que constituye un verdadero enigma para nuestra literatura.

Rodríguez Castelo, en su monumental *Literatura en la Audiencia de Quito Siglo XVIII* formula una hipótesis fascinante y bastante

plausible. Luego de trazar un paralelo entre la elaboración de la poesía de Aguirre, culminación de la lírica del período barroco quiteño, y la coetánea construcción de la iglesia de la Compañía, cumbre de la arquitectura colonial hispanoamericana, se refiere a lo que habría significado el violento traspaso del poeta a tan lejanas y extrañas tierras:

*En él culmina —dice— uno como natural y vivo movimiento del período jesuitico hacia lo barroco. Con un atraso de casi un siglo —cosa que lo torna aun más perturbador y fascinante— florece en Quito un barroco libre, fresco, sutil, encajado en su voluptuosidad formal. Y, al mismo tiempo que se remataba el labrado de la fachada de la iglesia de la Compañía, el padre Aguirre labraba sus versos. Violentamente tronchado ese desarrollo natural, los de Loyola se vertían arrojados a una Italia neoclásica. A su destierro de la tierra patria, de la vida religiosa —cuando la Orden fue extinguida— y de la lengua, ha de añadirse el de la estética. Tan brutales rompimientos de la continuidad vital y cultural fueron sin duda causas de que la voz lírica de Aguirre se silenciase. Su obra quedó quiteña y como un monumento —el último— al barroco quiteño.*

Si parética fue la frustración de Juan de Velasco que no pudo ver publicada su obra capital cuando aún vivía, no menos debió ser el desarraigo experimentado por Aguirre, sin patria poética donde ejercer su indudable talento lírico.

Las convulsas vicisitudes políticas del período republicano, a partir de 1830, fueron causa de distintos exilios, algunos de ellos definitivos.

JUAN MONTALVO. Implacable censor de las dictaduras de García Moreno y de Ignacio de Veintimilla, hubo de vivir varias veces lejos de la tierra natal, manteniéndose gracias a los auxilios de amigos y partidarios. Su primer viaje a Europa lo realizó bastante joven, con motivo de haber sido designado Adjunto Civil a la Embajada en Roma. Más tarde, sobrevino el verdadero exilio, ya en Ipiales, ya en París, en cuyo curso, imposibilitado de volver a la patria, reflexionó amargamente sobre la condición del desterrado, sea ésta asumida por decisión propia u obligada por la imposición del poder.

Esa reflexión fue sentida y exaltada, si tomamos en cuenta que, sin haber sido aún un desterrado, contando apenas con la experiencia del distanciamiento momentáneo

que significó el haber cumplido por tres años (1858-1860) su misión diplomática en Europa, ésta fue suficiente para que escribiera *Los proscritos*, ensayo donde evoca y excrta tal condición, la que sufre el emigrado, cualquiera que sea la causa del extrañamiento. Este ensayo aparecía en mayo de 1866, en el número 3 de *El cosmopolita*.

Pueden leerse allí estas palabras premonitorias de sus propios exilios posteriores:

*La nostalgia es una horrible enfermedad, y á ella están sujetos principalmente los hijos de las montañas: así los escoceses son los que más echan de menos los patrios lares, los suizos no pueden vivir fuera de sus comarcas: el monte Blanco, el Sion, la Jung Frau son personas para ellos: los quieren á conversan, viven juntos, y cuando los altibajos de la suerte les separan de ellos á pesar suyo, tanto suspiran por la naturaleza como por los individuos más queridos. ¿Qué sucederá pues con los hijos de los Andes, los habitantes del Ecuador, el país más elevado y montuoso del mundo? En donde quiera que se hallen serán víctimas de la nostalgia. Sólo el que ha padecido este mal puede saber, aunque no alcance á decir, lo que ello es. Los que ven indiferentes la suerte de los desterrados, acuérdense de Prometeo devorado constantemente por un buitre y sin morir jamás:*

*las entrañas chorrean sangre, el corazón está perforado en mil partes, una llaga horripilante tiene siempre el pecho vivo por adentro... La nostalgia consiste en un amor indecible por la patria y un profundo disgusto del país en que se está: es una opresión del corazón que no se alcanza á ponderar, una inquietud que no deja una hora de sosiego, un deseo de llorar á gritos al mismo tiempo que eso es imposible... El deseo vivo, ardiente es otro suplicio; la esperanza constante y no cumplida, otro suplicio, el suplicio de las hijas de Danao condenadas á acarrear agua en un harnero; parécete que ya cumplen su tarea, que terminan su desgracia, y vuelven á la obra, y sigue su martirio. (El cosmopolita, Tomo primero, Casa Editorial Garnier Hermanos, París, 1923, pgs. 232-233).*

Vivas aparecen en estos párrafos algunas de las características del estilo montalvino: la exaltación romántica, las alusiones mitológicas y cultistas, la frase impetuosa. Hay quienes acusaron a Montalvo de ser un expatriado voluntario: es posible, pero ello no habrá amenguado un ápice la amargura del exilio, la que indudablemente sería más atroz cuando en su estadía final en París, próximo ya a la muerte, comprendería que no tornaría a ver la tierra amada y añorada.

Hacia 1887 era evidente que Montalvo no regresaría al Ecuador. Y el destierro se le volvía insuportable. Añoraba el clima de su Ambato natal. Para agosto de 1888 la enfermedad de que sufría se había agudizado y, sin embargo, a pesar de que hubiera podido lograrlo, no claudicó en pedir auxilios al gobierno ecuatoriano de entonces, al que combatía. Finalmente, el 17 de enero de 1889 falleció, no sin antes haberse vestido de negro y con frac para recibir a la muerte, «el acto más serio de un hombre», diría a su amigo Agustín L. Yerovi, y disponer que se adornara su ataúd con un ramo de claveles, extraña figuración que tal vez le recordaba el paisaje luminoso de la serranía ecuatoriana.

**FEDERICO PROAÑO.** El gran periodista y polígrafo liberal, sufrió exilios aún más largos y, finalmente, no pudo regresar a la patria, pues le sorprendió la muerte en Guatemala, en 1894, cuando contaba cuarenta y seis años de edad. La oposición política a García Moreno, ejercida con otros jóvenes intelectuales como Miguel Valverde, particularmente con los escritos que aparecen en el periódico *La Nueva Era*, que Proaño dirige en Guayaquil, causa su primer destierro. Proaño y Valverde son expulsados al Perú, en febrero de 1875, y sólo lo logran llegar a Lima en el mes de julio,

al cabo de un viaje azaroso y lleno de dificultades por la región amazónica.

La muerte de García Moreno les permite regresar en el mes de octubre. Sin embargo, la instauración de la dictadura de Veintimilla en 1876, y pese a un ligero apoyo inicial, obliga nuevamente a Proaño a pasar a la oposición, que se hará ostensible a través de los artículos satíricos que publica en el periódico *The Times*, fundado por él. La publicación de un artículo de Montalvo, bajo la responsabilidad de Proaño, da como resultado que se lo expulse nuevamente del país, iniciando así su segundo período de exiliado. Va primero al Perú y, luego, a Panamá, bajo los auspicios de Alfaro.

Allí reedita *The Times*. Más tarde emigra a Costa Rica, país donde se incorpora a la actividad periodística e intelectual, al punto de que se lo considera ligado al proceso que consolidará una verdadera literatura nacional en ese país, a fines del XIX. De Costa Rica pasa a El Salvador, en 1879, donde

**¿Qué sucederá con los hijos de los Andes, los habitantes del Ecuador, el país más elevado y montuoso del mundo? En donde quiera que se hallen serán víctimas de la nostalgia.**

que significó el haber cumplido por tres años (1858-1860) su misión diplomática en Europa, ésta fue suficiente para que escribiera *Los proscritos*, ensayo donde evoca y execra tal condición, la que sufre el emigrado, cualquiera que sea la causa del extrañamiento. Este ensayo aparecía en mayo de 1866, en el número 3 de *El cosmopolita*.

Pueden leerse allí estas palabras premonitorias de sus propios exilios posteriores:

*La nostalgia es una horrible enfermedad, y á ella están sujetos principalmente los hijos de las montañas: así los escoceses son los que más echan de menos los patrios lares, los suizos no pueden vivir fuera de sus comarcas: el monte Blanco, el Sion, la Jung Frau son personas para ellos: los quieren, conversan, viven juntos, y cuando los altibajos de la suerte les separan de ellos á pesar suyo, tanto suspiran por la naturaleza como por los individuos más queridos. ¿Qué sucederá pues con los hijos de los Andes, los habitantes del Ecuador, el país más elevado y montuoso del mundo? En donde quiera que se hallen serán víctimas de la nostalgia. Sólo el que ha padecido este mal puede saber, aunque no alcance á decir, lo que ello es. Los que ven indiferentes la suerte de los desterrados, acuérdense de Prometeo devorado constantemente por un buitre y sin morir jamás:*

*las entrañas chorrean sangre, el corazón está perforado en mil partes, una llaga horripilante tiene siempre el pecho vivo por adentro... La nostalgia consiste en un amor indecible por la patria y un profundo disgusto del país en que se está: es una opresión del corazón que no se alcanza a ponderar, una inquietud que no deja una hora de sosiego, un deseo de llorar á gritos al mismo tiempo que eso es imposible... El deseo vivo, ardiente es otro suplicio; la esperanza constante y no cumplida, otro suplicio, el suplicio de las hijas de Danao condenadas á acarrear agua en un harnero; parécete que ya cumplen su tarea, que terminan su desgracia, y vuelven á la obra, y sigue su martirio. (El cosmopolita, Tomo primero, Casa Editorial Garnier Hermanos, París, 1923, pgs. 232-233).*

Vivas aparecen en estos párrafos algunas de las características del estilo montalvino: la exaltación romántica, las alusiones mitológicas y cultistas, la frase impenitosa. Hay quienes acusaron a Montalvo de ser un expatriado voluntario: es posible, pero ello no habrá amenguado un ápice la amargura del exilio, la que indudablemente sería más atroz cuando en su estadía final en París, próximo ya a la muerte, comprendería que no tornaría a ver la tierra amada y añorada.

Hacia 1887 era evidente que Montalvo no regresaría al Ecuador. Y el destierro se le volvía insoportable. Añoraba el clima de su Ambato natal. Para agosto de 1888 la enfermedad de que sufría se había agudizado y, sin embargo, a pesar de que hubiera podido lograrlo, no claudicó en pedir auxilios al gobierno ecuatoriano de entonces, al que combatía. Finalmente, el 17 de enero de 1889 falleció, no sin antes haberse vestido de negro y con frac para recibir a la muerte, el acto más serio de un hombre, diría a su amigo Agustín L. Yerovi, y disponer que se adornara su ataúd con un ramo de claveles, extraña figuración que tal vez le recordaba el paisaje luminoso de la serranía ecuatoriana.

FEDERICO PROAÑO. El gran periodista y polígrafo liberal, sufrió exilios aún más largos y, finalmente, no pudo regresar a la patria, pues le sorprendió la muerte en Guatemala, en 1894, cuando contaba cuarenta y seis años de edad. La oposición política a García Moreno, ejercida con otros jóvenes intelectuales como Miguel Valverde, particularmente con los escritos que aparecen en el periódico *La Nueva Era*, que Proaño dirige en Guayaquil, causa su primer destierro. Proaño y Valverde son expulsados al Perú, en febrero de 1875, y sólo lo logran llegar a Lima en el mes de julio,

al cabo de un viaje azaroso y lleno de dificultades por la región amazónica.

La muerte de García Moreno les permite regresar en el mes de octubre. Sin embargo, la instauración de la dictadura de Veintimilla en 1876, y pese a un ligero apoyo inicial, obliga nuevamente a Proaño a pasar a la oposición, que se hará ostensible a través de los artículos satíricos que publica en el periódico *The Times*, fundado por él. La publicación de un artículo de Montalvo, bajo la responsabilidad de Proaño, da como resultado que se lo expulse nuevamente del país, iniciando así su segundo período de exiliado. Va primero al Perú y, luego, a Panamá, bajo los auspicios de Alfaro.

Allí recedita *The Times*. Más tarde emigra a Costa Rica, país donde se incorpora a la actividad periodística e intelectual, al punto de que se lo considera ligado al proceso que consolidará una verdadera literatura nacional en ese país, a fines del XIX. De Costa Rica pasa a El Salvador, en 1879, donde

**¿Qué sucederá con los hijos de los Andes, los habitantes del Ecuador, el país más elevado y montuoso del mundo? En donde quiera que se hallen serán víctimas de la nostalgia.**

...el  
significado  
de la  
ausencia  
y el  
extrañamiento  
y, por otro,  
la evocación  
constante  
de la  
patria  
lejana  
y perdida.

vuelve a publicar *The Times*, siempre como órgano difusor de los ideales liberales de la época, y otro periódico: *Diario del Comercio*.

En 1884, una vez consumada la caída del dictador Veintemilla, vuelve, pero por corto tiempo. Pronto, ese mismo año, regresará a El Salvador donde publica un libro con sus artículos literarios (*Artículos Literarios por Federico Proaño. Colección que no vale un pito, pero que se vende en cuatro reales*), obra que será elogiada por intelectuales de la época, incluido Rubén Darío. Allí, en El Salvador, dice Isaac J. Barrera, encontró el desterrado «puerto seguro, paz y tranquilidad; le amó una hermosa mujer que supo aprisionarlo entre sus brazos, sin permitirle ya el regreso a la Patria». En efecto, Proaño no acompañó

a Alfaro en la insurrección de 1884 por no separarse de la mujer amada (añade Barrera). Dicha tranquilidad no duró mucho. Casi enseguida, Proaño se verá obligado a abandonar El Salvador y a peregrinar de

uno a otro país centroamericano, debido a los avatares políticos en esa región, hasta que por fin llega a Guatemala, donde funda el periódico *Las Noticias* y es redactor principal del *Diario de Centro América*. En Quetzaltenango funda el *Diario de Occidente* y allí muere, el 22 de mayo de 1894.

A su muerte, escribió Manuel J. Calle:

*Destierro largo y penoso para Proaño, durante el cual apuró todas las amarguras de la pobreza; sufrió todos los insomnios de la nostalgia, los desmayos del más negro y profundo desconsuelo...*

*Puso su pluma al servicio de los pueblos de la América Latina; y sus luchas reñidas, su penoso trabajo, aun en países extraños le acarrearón persecuciones y martirios.*

*Siempre lidiando y siempre caído, la vida del proscrito fue una peregrinación por un camino de desengaños.*

*Hoy ha muerto: el sol que iluminó su cuna no bañará en luz su desconocido sepulcro.*

HONORATO VÁZQUEZ. Sufrió también los rigores del exilio bajo la dictadura de Veintemilla y dejó testimonio de ello en un libro de poemas, *Ecos del destierro*, donde no sólo reafirmó su condición de gran poeta que fuera revelada en el libro escrito junto con Miguel Moreno, *Sábados de Mayo*, importante muestra del romanticismo

ecuatoriano, sino que en el decir de la crítica Susana Aguinaga Zumárraga, inició «un nuevo movimiento literario». La misma especialista señala que en dicho libro: «Hay derroche de imágenes, riqueza de vocablos y música interior». No cabe duda que se trata de un libro fraguado en medio de la angustia de la emigración forzada, por lo que sus temas cruciales son, por un lado, una reflexión en el significado de la ausencia y el extrañamiento y, por otro, la evocación constante de la patria lejana y perdida. Tanto que, en su poema *Epístola a mis hermanas*, escrito en Lima en 1882, cuando tenía veintisiete años, pide a su familia le envíe un poco de arena del lecho del Tomebamba, rasgo que puede calificarse, asimismo, de típicamente romántico:

*¿Del Tomebamba la ribera amena  
Paseáis por aquellos saucedales  
Que de oro alfombran la brillante arena?  
Si vais allá do el río en dos raudales  
Reparte su caudal, y hacia la orilla  
Lo pliega en ondulancias desiguales.*

*Extendida la rósea manecilla,  
Recoged la que dejan mansamente  
En leves fajas fúlgica arenilla:  
Ponedla en vuestras cartas, do luciente,  
Al hallarla mis ojos, de mi río  
Imagine lloroso la corriente.*

Como Montalvo, como Federico Proaño, Vázquez se indigna ante las injusticias que sufre su país natal, pero, dice Aguinaga Zumárraga, «su personalidad profundamente serena, mente diáfana, corazón libre de odios y rencores, no le permiten sufrir desesperación ni venganza. Amante de la justicia y la paz, había roto con las arbitrariedades de Veintemilla; con valentía afronta el destierro».

## EN EL SIGLO XX

Con menos rigor que en el siglo XIX, escenario de una dilatada y sorda confrontación entre liberales y conservadores, el siglo XX verá también partir, más en largos periplos de autoexiliados que de desterrados, a algunos importantes escritores ecuatorianos, varios de los cuales darán a la luz, precisamente lejos de la patria, sus libros más significativos. Entre ellos, cabe citar a Jorge Carrera Andrade, Raúl Andrade, Alfredo Gangorena, César Dávila Andrade, Jorge Enrique Adoum, Francisco Tobar García.

**CARRERA ANDRADE.** Se alejó del país muy pronto, en plena juventud, llevado por un afán de universalismo, que es parte fundamental de su vasta obra, pero no dejó nunca de sentirse entrañablemente ecuatoriano y

andino (andícola, se llamaba a sí mismo), por lo que su poesía resulta evocativa del paisaje que le vio nacer, tanto en lo que atañe al Quito conventual que su infancia conociera, como a la desmesurada geografía de los Andes, y también a su historia y su leyenda, sobre las cuales escribió ensayos como *El camino del sol* y *Galería de místicos e insurgentes*. La poesía de Carrera Andrade no sólo que puede calificarse de evocativa, sino que además aparece atravesada de una profunda necesidad de reconocer míticamente la realidad matriz de la que deriva: el mundo andino. Esta necesidad se corresponde con las temáticas propias de la generación postmodernista y con su propia condición de autoexiliado que vuelve los ojos a la tierra propia y lejana con ojos inquisidores, hambrientos de verdad. Fue diplomático y representó al país varias veces, regresó esporádicamente y finalmente murió en Quito en 1977. Poco antes, en 1976, el crítico Galo René Pérez había dicho lo siguiente:

*Jorge Carrera Andrade, ese viajero incansable, que se describió como 'la libertad buscando patria, o como la patria andando hasta ser libre', se ha detenido al fin bajo su techo ecuatoriano. Al que jamás lo ha desamado. Porque desde lejos siempre volvió los ojos a la tierra. Su pluma, como prolongando los propios latidos del corazón, no dejó, en efecto, de estremecerse de añoranzas, que*

*se han quedado aleteando entre sus mejores páginas. Ya no más aires extranjeros para el poeta. Ya no más un pan saboreado, a veces amargamente, entre familias extrañas. Ya no más voces de lenguas ajenas en el trato cotidiano. Ya no más la compungida realidad de la ausencia, que ha hecho arder de lágrimas secretas el rostro de los desterrados... Nos alegramos que el destino le haya permitido no experimentar la desventura de ese otro viajero y cosmopolita, don Juan Montalvo, que tuvo que morir bajo el invierno inexorable de enero de una patria que no fue la suya.*

**ALFREDO GANGOTENA.** Participó del mismo afán telúrico que Carrera Andrade, pero inquirió en problemáticas más hondamente universales. Fue doblemente emigrante: extraño en Europa, puesto que le invadía, subterráneamente, la nostalgia de los Andes natales; extraño en América, habida cuenta de su adhesión existencial a la realidad cultural europea, particularmente francesa. *Ausencia*, libro publicado en Quito, está signado, dice Max Jacob, por la presencia de «un corazón cargado de nostalgia (el mal del país), mal que nos legó el gran poeta Ovidio a otros exiliados». Y Bruno Sáenz señala: «no sólo la lengua adoptada por Gangotena revela su condición de expatriado cultural: el simbolismo

tardeo, el surrealismo, la óptica científica vivificada por la conciencia existencial...». Y añade: «La situación de Gangotena se inserta en una tradición francesa, la de los 'transplantados', ya se llamen Milosz, Supervielle, Ionesco o Beckett».

La adscripción ambivalente a estas dos patrias: la andina y la europea, la lengua francesa y la lengua materna, hace de Gangotena el más profundo exiliado de todos nuestros poetas, situación existencial que le impule, entre otros factores, a ahondar, buscar sería la palabra, en algunos de los grandes temas de la condición humana. Alguien que ha estudiado el proceso (Renata Pélitez) lo describe así, a propósito de lo que significó el retorno a la patria de este poeta que había comenzado a escribir en París en francés:

*En toda vuelta a casa, la escisión se apodera del viajero: incapaz y sin ánimo de despojarse de lo acuñado en otras tierras — que la poesía y la memoria preservan — se carga en cambio de presagios que anticipan, ya sea un afortunado reencuentro o un desgarrador extrañamiento con el lugar de origen. Para Alfredo Gangotena (Julio, 1904-1944) el regreso a Ecuador supuso lo segundo... La publicación de *Absence* (1932) — su segundo poemario luego de *Orogánie* (1928) — evidencia un*

*giro determinante en el poeta: la voluntad de exorcizar y comunicar su condición de paria, para lo cual incluye dos poemas en español, a más de los quince en francés que componen el libro. (Revista *Letras del Ecuador* N° 185, pg. 33).*

De este modo, en Gangotena se aúnan todas las grandes líneas que marcan la condición del desterrado: exilio interior, exilio real, el aislamiento, la soledad, la desolación y la conciencia de una redención que late, subterránea, en una poesía a la par existencial y mística, marcada por un anhelo permanente de luz, antítesis de las tinieblas.

**RAÚL ANDRADE.** Vivió también muchos años fuera del país, pero nunca dejó de estar ligado al proceso político y cultural ecuatoriano, aún estando lejos. Su ensayo *Teoría del destierro*, escrito con consumado arte, como era su estilo, constituye una transposición de su propia experiencia a la condición general del exilio. Tras comprobar que la concepción romántica de la partida («partir es morir un poco») se troca en necesidad existencial en la época contemporánea, Andrade afirma, más allá del dolor y la conciencia de estar fuera del terruño, la posibilidad de un destierro fecundo, del que el exiliado puede volver purificado,

aunque físicamente no lo logre, como en el caso de Juan Montalvo que analiza con una mezcla de clarividencia y nostalgia. «El destierro —afirma—, es el único camino de la certeza, la sola verídica manera de descubrir la lejanía. Desde su límite de niebla regresa el desterrado a su hora exacta y se tiende a descansar, bajo ese cielo familiar que no se parece a ningún otro cielo del mundo...». En el mismo orden de cosas, Andrade alude a otro tipo de destierro: aquel que tiene que ver con el pasado en su condición de territorio irrecuperable. En este sentido recuerda fundamentalmente a Stefan Zweig quien en *El mundo de ayer* evocó el mundo anterior a la I Guerra Mundial contrastándolo con la nueva realidad propia del siglo XX: en el fondo, se trataba también de explorar las distintas dimensiones de la nostalgia y de la memoria.

Varios de los mejores ensayos de Raúl Andrade parecieran tener como materia subyacente el tema del destierro y la lejanía, materia que conoció muy tempranamente bajo las experiencias de la muerte, en su caso el de su abuela materna, o del extrañamiento obligado de su padre por razones políticas. Este tema se torna recurrente en trabajos como *El perfil de la quimera*; *Rosalía de Castro, sirena de la nostalgia*; *Charlot, parábola y hazaña de la desventura*.

En *Retablo de una generación decapitada* —fue él quien bautizó así a nuestra generación de poetas modernistas— trazó las líneas maestras por las cuales se puede explicar lo que en realidad fue otra forma de exilio: poetas de casi enfermedad sensibilidad, orfebres del verso refinado y perfecto, los decapitados —Arturo Borja, Humberto Fierro, Ernesto Noboa y Caamaño, Medardo Angel Silva— se sintieron desterrados en su propio país, ausentes de lo que era la materia primigenia de su arte: una Europa medieval, de sueños y fantasmagorías que eran como la contrapartida a la brutal realidad que les había tocado vivir, su contrametafora, y que pagaron trágicamente con la muerte.

**CÉSAR DÁVILA ANDRADE.** Poeta y narrador que padeció en profundidad, tanto en su vida, cuanto en lo mejor de su obra, la angustia y la pasión de la poesía, fue un autoexiliado en sucesivas etapas. Poeta de fuerte raigambre telúrica y social, pero urgido a la vez por los grandes interrogantes de la condición humana, hubo de abandonar tempranamente Cuenca, su ciudad natal y, luego el país, a principios de la década de los cincuenta. Entonces se radicó en Caracas donde se suicidó el 2 de mayo de 1967, a los cuarenta y nueve años de edad. Dejaba atrás una obra vasta y múltiple y la leyenda de un creador que, más que

de su país, fue un exiliado en la tierra. No en vano un tema siempre latente en su obra es el relativo al mal, como fuente de incesante subversión metafísica y símbolo o casi mitología de la lucha del hombre por redimirse y purificarse. Con fuertes reminiscencias de Blake, su poema *Meditación en el día del exilio* lo demuestra:

Sólo el Infierno puede hacer  
 verdaderos mártires,  
 porque la salvación es el peor  
 de los descaros  
 en nuestra Época;  
 porque dura precisamente  
 el tiempo que se necesita  
 para preparar un nuevo  
 Universo de Condenados.

Si: el Infierno es un lugar  
 lquebrado hasta lo infinito.  
 Perro y caballo se alimentan siempre  
 del camino más corto entre dos puntos.  
 Busca Tú la Poesía.  
 ¿recuerdas? —Nadie podía salir  
 del paisaje natural sin perder  
 todo su vello  
 como el oso arrancado al útero de la osa.  
 Impaisajados, dormimos cien  
 años consecutivos  
 en el pueblo caliente de la mara de arena.

¡Y tú, Poesía sola, hecha de mente, de  
 ladrillo y de persona!

Permaneces pura  
 hasta cuando te inclinas  
 sobre el plato de azafrán de las posadas.  
 Como ese grillo insalvable,  
 cantas con todo lo que te ha sido dado  
 en una sola noche de amor  
 y estallas al amanecer, con la última

!cuerda  
 del viento en la boca.  
 Y Tú, distinguiendo siempre:  
 Agua, Tierra, Fuego, Eter.

Hasta que ese día de Corpus Christi, miré  
 la batea de sangre a los pies del cadáver  
 (el cadáver  
 en posición fetal). Si: el cuerpo se  
 mantiene

sin nacer jamás, y soles nos dirigen,  
 pero las auroras están a ambos lados  
 y el Hombre, bacabajo, sobre la estera  
 lo petate,

entre cuatro velas:  
 Fuego,  
 Eter,  
 Agua,  
 Tierra.

Y las estrellas muriendo de púa como  
 labejas. ¡Esa bala!

*No era mortaja ni toalla sino país de  
 lbeno puro, florido.  
 El éter duerme en los baños, en los  
 lastilleros,  
 en los calvarios;  
 el Fuego, lanzado al voleo cae en la tierra,  
 color de uña y rosario de los muertos.  
 ¡Y tú, exiliado!  
 ¡Mano de Cristo en el cortocircuito de la  
 laraña!*

JORGE ENRIQUE ADOUM. Había vivido ya antes en Chile y viajado a China; partió al exterior, en misión encomendada por el Ministerio de Educación, el 21 de enero de 1963. Creía que volvería seis meses más tarde. Su regreso definitivo demoró 24 años, dictadura militar de por medio y, luego, una suerte de autoexilio prolongado en Europa. Cabe indicar, sin embargo, que su obra poética, anterior a esta larga temporada europea, o la producida en su curso, está atravesada por una preocupación o pasión persistente por la tierra que lo vio nacer, por la patria más vasta que es Nuestra América (aquella de la que habló Martí) y, por ello mismo, marcada por la condición de la ausencia y el destierro, cuando éstos aparecieron como realidad incontestable. Ya en *Ecuador amargo*, libro publicado en 1949, parece hacerse a sí mismo la primordial advertencia: *¡quiere decir que nunca escaparemos*

*a la patria, quiere decir que siempre volveré a su costal como a la única mujer en donde he estado transcurriendo?* Pero es sobre todo en *Yo me fui con tu nombre por la tierra* (1964) donde estos temas sustentan, sin ser obvios, el sentido general del proceso poético. Este título preside también un capítulo de su libro autobiográfico *De cerca y de memoria*, lo que desvela la clave desplazada en el libro de 1964. El hecho de titular con la frase *Regreso cuando llovía* (poema de *Ecuador amargo*), otro capítulo de dicha autobiografía, resulta también sintomático. La clave reaparece incluso en ciertos momentos de extrema experimentación formal como en el poema *Good-bye Lola* (de *Prepoemas en post-español*):

*indianamente estoico estoy como  
 desterrado descielado también  
 acostumbrándome a este mal malo  
 de la tos de la memoria  
 mismamente sin por qué  
 yéndome  
 como quien no quiere la cosa*

FRANCISCO TOBAR GARCÍA. Dramaturgo, relatista, pero sobre todo enorme poeta, se autoexilió en cambio, de 1970 a 1987, como una forma de protesta contra la vacuidad y mezquindad de la clase en cuyo seno nació, y a la cual en diversos momentos hubo de referirse, sustituyendo

las significaciones, como «la ciudad maldita». Quizá fue sólo el desenlace de una situación que exigía urgente la necesidad de expatriarse. Sin embargo, no cabe duda que, a la distancia, su imaginación siguió centrada en la ciudad y su paisaje entrañables. *Los quiteños*, conjunto de relatos publicado en 1981, si bien retrata sin piedad a sus personajes, trasluce la nostalgia del emigrado, transfigurada en una visión destituada a recuperar en la dimensión utópica del texto la sensación de la patria temporalmente perdida.

El exilio, la emigración, el autodesierto, han sido el marco y muchas veces, también, el *pre-texto* para la aparición de obras de especial significación en el desenvolvimiento de la literatura ecuatoriana. Ello no ha sido más que la reiteración, en nuestro país, de una constante verificable en todas las literaturas. El doloroso fenómeno de la emigración que vivimos en estos comienzos de siglo parece ya reflejarse en textos que emergen, tanto en el interior del país, cuanto en el seno de la diáspora. Pero esto es ya otra historia. 卍

## Bibliografía

- *Historia de las Literaturas del Ecuador*, Tomos I, II y III, Corporación Editora Nacional, Quito.
- *Literatura en la Audiencia de Quito Siglo XVIII*, Tomos I y II, Hernán Rodríguez Castelo, Casa de la Cultura Ecuatoriana-Núcleo de Tungurahua, Ambato, diciembre 2002.
- *Vida y escritos del R.P. Juan de Velasco, S.J.*, Leonidas Batallas, Prensa Católica, Quito, 1924.
- *Juan de Velasco, Historiador, Biólogo y Naturalista*, Celín Astudillo Espinosa, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1978.
- *Españoles fuera de España*, Gregorio Marañón, Colección Austral, Espasa-Calpe S.A., Madrid, 1961, pgs.9-15.
- *Historias del País de Quito*, Jorge Núñez, Eskelettra Editorial, Quito, 1999, pgs.151-152.
- *Índice de la Narrativa Ecuatoriana*, Editora Nacional, Quito, 1992.
- *Poesía viva del Ecuador —siglo XX—*, Jorge Enrique Adoum, Grijalbo, Quito, 1990.
- *Letras del Ecuador*, No. 185, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, agosto 2003.
- *El perfil de la quimera*, Raúl Andrade, Ed. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quitol, 1977.
- *Historia de la Literatura Ecuatoriana*, Isaac J. Barrera, Editorial Libresa, 1979.
- *De cerca y de memoria*, Jorge Enrique Adoum, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2002.

## EXTRAÑAMIENTO Y LITERATURA

### Modesto Ponce Maldonado

Después de leer *La ignorancia*, la novela de Milan Kundera que trata sobre el exilio, pensé que esa obra pudo haberse titulado *El olvido*. No trata de los que se fueron; trata de los que volvieron después de veinte años de ausencia. Y cuenta aquello que podrían encontrar, si alguna vez vuelven, muchos ecuatorianos que se fueron con la ilusión de decir en el futuro a quien aman un «ven tú también», o con la promesa, inútil e incierta, del «volveré», y que están indudablemente ignorantes —de allí el título de la obra de Kundera— de lo que les espera afuera o de lo que encontrarían a su regreso. No puede ser de otra manera: se marchan, no porque son libres, sino porque están desesperados y no tienen lugar ni asidero.

Para efectos de este comentario, se han escogido dos novelas como referentes literarios: *El muelle* de Alfredo Pareja Diezcanseco y *La dama es una trampa* de Galo Galarza, más tres relatos cortos de Eliécer Cárdenas, Raúl Pères Torres y Jorge Velasco Mackenzie. No me referiré a las obras escritas «desde fuera» sobre diversos temas, por ejemplo, *Papá murió hoy* de Telmo Herrera, *Pares o nones* de Francisco Tobar,

*La luna nómada* y *El desterrado* de Leonardo Valencia o *De que nada se sabe* de Alfredo Noriega, escritores que se fueron en circunstancias normales, ni tampoco a textos sobre vida del migrante en el exterior, entre los cuales se encuentra *El vendedor de sueños* (Alfaguara) de Ernesto Quiñónez, un joven de origen ecuatoriano que nació e hizo su vida en EE.UU. y que, inclusive, escribió originalmente en inglés.

Alfredo Pareja Diezcanseco escribió *El muelle* en 1933, su primera novela, prologada por Benjamín Carrión, como una respuesta del recordado escritor a la crisis que sobrevino al auge cacaotero y al dominio de reducidos grupos económicos que eran dueños y beneficiarios de la riqueza exportable, de los principales bancos y hasta de la impresión de los billetes —no hemos cambiado mucho en ochenta años—, crisis a la cual se añadió la llamada «gran depresión» de los EE.UU. en los treinta.

Y en 1996, Galo Galarza presenta *La dama es una trampa*, más que como obra narrativa, como un «relato testimonio», en realidad un *collage*, o un encolado como al parecer debe decirse, de situaciones relacionadas con el exilio; esa «trampa

abierta —como escribe al propio Galarza— ante los ojos exorbitados de la deses- peración, o sea del subdesarrollo», un ca- liloscopio lacerante, una catarata de infeli- cidades. «En la guerra sólo mueren los pobres, los mismos que se mueren de hambre en la paz», se escribe en alguna página. Y, en otra se dice: «Para qué quie- te que regrese a un país que ni siquiera sa- be si existe».

Son reveladores los tres relatos cortos: *Aeropuerto*, del guayaquileño Velasco Mac- kenzie; *Las lagunas son los ojos de la tierra* del cañarejo Cárdenas; y *USA que te usa* de Pérez Torres. Y aún más reveladores porque fueron escritos desde las tres ciuda- des principales del país, desde donde la gente, día a día, se despide desde una ven- tanilla de avión, de otros que también le- vantán brazos de adioses tras las mallas de alambres que cercan las terminales aéreas. Unos y otros, atenzados entre el «tal vez» y el «nunca más».

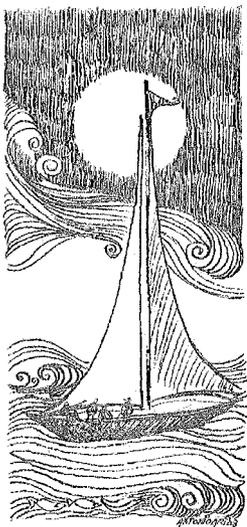
Paraja se sitúa en la crisis. Galarza, sesen- ta años más tarde, suma a la crisis la duda sobre si la nación existe. Un arco extenso de tiempo, sí, pero un arco cuyos extremos se tocan y hace que nos preguntemos: ¿Cuán- to hemos avanzado? La crisis de los veinte y tantos fue desatada por los dueños de la nación de ese entonces. ¿Quién o quiénes han desatado la crisis actual, en esta época

neoliberal, globalizadora y dolarizada? ¿Quiénes deciden por el país? Basta un ejem- plo: de los últimos seis presi- dentes de la República, hay cinco «apoderados», agentes del verdadero Poder que está en otro sitio —quiero decir que no han gobernado, que no han sido «mandatarios» ni estadistas, uno de ellos ade- más un gran reculador— y el sexto fue un charlatán pa- tanesco. ¿Y qué de los parti- dos progresistas, de los socia- lismos? No existen ya... To- dos sentimos una sensación de desplome, de pozo sin fondo, de desquiciamiento general. Y, lo que es peor, po- cos, muy pocos dicen algo —ya ni siquiera se grita—, y entre ellos están los indíge- nas, algunos intelectuales.

Las fuerzas de «opinión» —y uso un término que no me gusta— no opi- nan nada. Callan y esperan que el mundo se caiga. En realidad callamos todos, mien- tras somos burlados y aplastados.

¿Y por qué estos comentarios? Confie- so que me es totalmente imposible ha- blar de Literatura y callar sobre la Vida.

**Para qué quiere que regrese a un país que ni siquiera sabe si existe.**



El desarrollo de la novela ha ido paralelo generalmente a la historia y al destino de las naciones y de los pueblos. Y aunque su evolución ha sido impresionante, especialmente a partir del siglo XX, con medios de expresión, uso de puntos de vista y técnicas renovadas, es indudable que este género sigue y seguirá tratando de explicar al hombre y al mundo. La novela permanecerá mientras el hombre exista. Bastaría un simple repaso de países y épocas, nombres y obras, estilos y formas, o la mención, en vía de ejemplo, de la literatura latinoamericana con su riqueza y exuberancia. «La dicha y el drama de la novela residen —se ha dicho— en el hecho de que la realidad es inagotable».

### ¿Y NUESTRA NOVELA?

José de la Cuadra —y estamos conmemorando los cien años de su nacimiento—,

en un lúcido ensayo publicado en 1933, nos hablaba de que la narrativa ecuatoriana, «nació romántica y entrañablemente insincera», de modo que no había «tenido tiempo bastante para exhibir la totalidad de los personajes que se le ofrecían espontáneamente». Añade que poco a poco «los tipos propios del medio comenzaron a invadir el campo de la letrística», de modo que «si bien abundan personajes ecuatorianos en busca de autor, los autores ecuatorianos no buscan ya el personaje extranjero... el descastamiento literario hácese más raro cada vez». No podía ser de otra manera: allí estaba la generación de los treinta escribiendo su literatura social, la del indio y la del montubio, a la que se sumará la generación de los sesenta con la *novelística del cambio* y de la *revolución*. Pero, ¿qué diría De la Cuadra de estar vivo, qué sucedió con los noventa?

No es que se haya dejado de escribir: «el Ecuador escribe», decía un eslogan, aunque se lea poco como se quejaba alguna vez Abdón Ubidia. Hay cuentistas. Hay poetas. Hay buenas novelas, pero no son muchas. Y quizá sería mejor decirlo de otra manera: se siente un excesivo silencio, espacios vacíos, la impresión de textos en espera, de personajes que aguardan; de lenguajes por descubrir y universos por levantar; de libros que, acaso, estén ya escritos en

muchas mentes, pero no hallan el cauce, el derrotero, la forma de salir adelante.

¿Estamos, entonces, sin escribirnos?

Porque el tema de la migración en la literatura —y podría haber sido cualquier otro tema— me ha llevado a estas reflexiones. Y he pensado específicamente en la novela, pues sólo la novela crea o describe universos, desarrolla vidas, y porque, por lo menos por el momento —esta afirmación puede ser discutible— tal vez sea la novela, por el poder que encierra, la que *tiene* que decir qué somos, dónde estamos, adonde vamos. Porque así como el historiador, el sociólogo, el antropólogo, el investigador y el ensayista cuentan o describen, con los datos de la realidad, de los hechos o de la ciencia; su versión de las cosas, el escritor, con la palabra, con la imaginación, con la ficción, cuenta la suya con su lenguaje y su tono propios. Pero unos y otros se encuentran en el mismo mundo, se cruzan por la calle, cargan los mismos pesos, soportan iguales incertidumbres y se hacen las mismas preguntas. Y es la novela la que puede convertirse en la relatora heráldica de la historia, como sostiene José Saramago, autodefinido como «un ensayista que escribe novelas»; y es también por eso que se ha llegado a mencionar una «soledad de la novela», porque aunque sea un acto de creación individual —Auster

dice que la habitación donde crea el escritor su obra «no es la representación de la soledad, sino su misma sustancia»— nace o puede nacer también de las colectividades y vuelve a ellas como texto impreso, sin perjuicio, por cierto, de todas y cada una de las innumerables expresiones creativas. Quiero decir, en suma, que el peso de «lo nuestro» es demasiado fuerte y es difícil que un escritor pueda sustraerse —scría un contrasentido— de esta realidad. Menciono, como ejemplos, únicamente por tratarse de la últimas lecturas, *Río de sombras* de Jorge Velasco Mackenzie, una novela de y sobre Guayaquil publicada por Alfaguara, que presenta a la ciudad como una *sombra*, sin contarla, como hija del manglar y del agua, sólo referida por sus dioses y héroes perennizados en estatuas y monumentos; y *Vientos de agosto* de Carlos Arcos Cabrera, publicada por Planeta. Ambas deberían leerse. A Velasco Mackenzie, porque su invalorable caudal literario y el lenguaje que crea en la obra lo avalan; a Arcos Cabrera, porque en ésta, su segunda obra —él es sociólogo— ha pintado un universo que abarca casi todo el siglo pasado.

No sostengo de ningún modo que los escritores vivos, cuyas obras tienen espesor y dimensión, se han escabullido de esa realidad lacerante del último cuarto de siglo o están ciegos sobre lo que nos rodea.

El problema es otro y nos compromete a todos, escribamos o no. El problema se encuentra en que casi no hay nación, que ya no somos, que no nos reflejamos en nada. Y tal vez hemos perdido el lenguaje, no porque no tenemos qué decir ni cómo decirlo, sino porque —pienso— no nos sentimos capaces de digerirlo todo, organizarlo de alguna manera, o no sabemos por dónde empezar: hay demasiadas cosas y no acertamos en tomar la punta del ovillo o al toro por los cuernos. Vivimos aplastados, enmudecidos. Este es un buen punto para la discusión, para el debate. Y no encuentro —repito— otra manera de enfrentar la situación literariamente sino desde el universo de la novela. No solamente en cuanto la novela puede «contar» o «narrar», sino por aquello que puede provocar, incitar y sugerir. Una buena obra que dice únicamente lo que el texto narra en realidad dirá poco. Tiene que ir mucho más allá, volar con sus propias alas, obrar el milagro de que los lectores sientan que también las alas les empezaron a crecer. La novela no cambia al mundo, sólo lo interpreta, pero sí es capaz de cambiar en alguna manera a la gente...

#### LAS OBRAS ESCOGIDAS

Si decimos, como en un comienzo, que con la migración comienza el olvido, no

hemos dicho todo. Tampoco si hablamos de la desesperanza, de la pobreza, del fracaso del país, del fracaso de los modelos, de nuestro propio fracaso generacional, del silencio, de la impotencia...

El verdadero drama del migrante está en la ruptura del amor. Es el amor que se quiebra en pedazos con la migración. El amor a lo suyo y a los suyos; el amor a una vida vivida; el amor a una ciudad, a un pueblo, a un paisaje, a un tipo de rostros, a un idioma, a una manera de decir las cosas, a una música, a un clima, a cierto tipo de comidas, a una forma de vida... Es inimaginable la profundidad, la dimensión de la ruptura, de la desolación. Pensemos nada más que en la migración interna, descrita en obras como *El éxodo de Yangana* del inolvidable y recién desaparecido Ángel Felicísimo Rojas, en *A la Costa* de Luis A. Martínez, o en *Huairapamushcas* de Jorge Ycaza, y recordemos lo que estas obras nos contaron.

Allí está Juan Hidrovo, el protagonista de *El muelle* de Pareja Diezcanseco, yendo y viniendo en un barco mercante, o quedándose en New York, «la ciudad prometedora», por meses, defendiéndose con las uñas, mientras su mujer, María del Socorro, hace lo propio de lavandera o muchacha de mano, hasta que es despedida y la única garantía de contar con una entrada en otro trabajo es abrirle la puerta a la

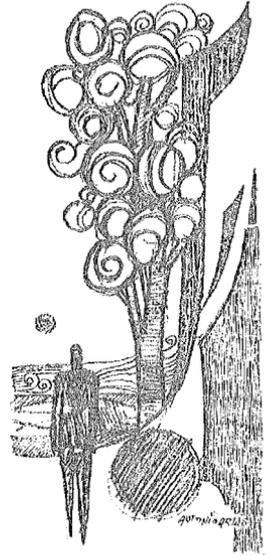
noche al nuevo señor de la casa, un financista, un empresario. «Hidrovo tenía miedo y quería gritarlo», se escribe. Hasta que vuelve con unos pocos ahorros, encuentra un trabajo, María del Socorro quiere dormir únicamente con su marido y es el propio financista que, en venganza, hace pedir a Hidrovo y lo hunde.

Allí están las pinceladas de Galo Galarza, contándonos en apretados textos, punzantes e irónicos, lo que sucede allá y lo que queda aquí, la llamada «cama caliente», cómo nos ven y nos tratan afuera, la explotación al «latino» en USA o al «sudaca» en Europa, las crisis de identidad, «el miedo al regreso, a lo desconocido o a lo conocidísimo», la nostalgia, la soledad, sobre todo la soledad, mientras se pinta al hombre más rico del Ecuador, sin que sea necesario decir su nombre (hasta publicaron su biografía una vez muerto, pero nadie escribirá la historia de cómo en realidad hizo la plata), o se imagina al señor Presidente reuniendo al gabinete para anunciar las diez medidas que solucionarían la crisis.

Y también tenemos a los personajes de los relatos cortos. A la Alejandra de Velasco Mackenzie, lista para tomar el vuelo a Estados Unidos, a la cual únicamente le falta olvidarse ese momento del español y que los ojos se le vuelvan azules y el pelo rubio. Al «manuel», cuyo nombre el autor

Pérez Torres lo pone con minúscula, como una cosa que es, que obtiene un trabajo de diez horas ininterrumpidas de diez de la noche a ocho de la mañana frente a una máquina que no para. Al Miguel de Eliécer Cárdenas que se resiste a dejar su casa y familia, levantada junto a una laguna que se traga vidas con frecuencia —¿símbolo del país?— y, al fin, tiene que marcharse.

Los tres relatos lo dicen todo: los sueños del «sueño americano»: cómo no va a ser una ilusión si siendo el 6% del mundo consumen el 50%; cómo no va a ser un anhelo si para que todos vivamos como se vive en Miami necesitamos los recursos naturales de diez planetas tierras; cómo no va a ser un sueño si 500 personas, todas usamericanas, tienen la misma renta anual que 3.800 millones de seres humanos. Igual que los sueños de la vida en España o en Italia, explotados, desprotegidos, humillados y mal vistos por su color o su forma de hablar. Todos y cada



uno rompiendo y haciendo trizas el Amor (y ahora lo escribo con mayúscula)...

### OTRAS MANIFESTACIONES

Vale la pena una expresa mención al documental cinematográfico *Problemas personales*, excelente producción de Lisandra Rivera y Manolo Sarmiento exhibida en el cine 81/2, una visión profundamente humana y muy bien realizada de los migrantes ecuatorianos en España, con los propios protagonistas de los hechos presentados. Uno de ellos quisiera todas las noches dormir abrazado, sólo abrazado, de una mujer...

Juan Martín Cueva produjo también *Marineros*, un documental fílmico sobre quienes se embarcan en busca de una nueva vida. Y, hace algunos años, lo hizo igualmente Mónica Vásquez con *Mujeres*. Conozco que Pablo Barriga ha escrito *Relatos breves* (Edit. El Conejo) y que Santiago Arguello *Cuesta Arriba* (C.C.E). Ambos tocan estos temas.

Viviana Cordero, hace algunos meses, en la obra de teatro *Tres*, con la actuación de Tori Rodríguez presentó tres historias de migrantes (se trató de monólogos) que abandonan el país por diversos motivos: una secretaria ministerial involucrada en actos de corrupción, una empleada

doméstica y un travesti. Una pieza que valió la pena verla.

La novela de Jaime Marchán *Destino a Estambul*, aunque trata de un periodista sin trabajo que se embarca en la bodega de un barco con destino a New York para terminar en Estambul, no toca el tema: es una obra en la cual el protagonista es víctima de una confabulación de traficantes de droga que le consiguen, para ocultar el tráfico ilegal, un empleo de inspector portuario del banano exportado desde Ecuador, posición que le permite hacer amistad con el cónsul ecuatoriano, un dipsómano, y con su esposa insatisfecha. La obra, de estilo ágil, tiene el fondo de esa ciudad única y un final feliz donde los malos van a prisión y el protagonista recupera a su amada turca.

### ALGUNAS PÍLDORAS

#### A MODO DE CONCLUSIÓN

Los migrantes no tienen derecho a la «seguridad jurídica» que reclaman los inversionistas ni a las «reglas claras» que exige el intercambio comercial. Los migrantes carecen del respeto y las garantías que piden los capitales que se mueven internacionalmente. Los migrantes no son bien recibidos y las trabas se multiplican, mientras en un mundo «globalizado» las

mercaderías viajan sin problema. Los migrantes están sosteniendo la dolarización: después del petróleo es el rubro con mayores ingresos. Después de terminar «la crisis», buena parte de los ingresos va a los comerciantes; casi nada a la inversión: ahorro, educación, capacitación, microempresas. El Ecuador es un buen exportador de pobres. Muchos empresarios, para poder competir, están trasladando sus fábricas a Perú o a Colombia y despiden a los obreros, que son candidatos a nuevos migrantes. Otros las cierran porque los costos no les permiten continuar y se dedican a exportar de Corea o de China o planifican irse a vivir en Miami (hasta los pudientes quieren irse). Trabajadores peruanos (la migración al revés) están llegando hasta las provincias centrales para desplazar a los ecuatorianos: cobran menos pero con lo que obtienen compran más cosas en su país. Hasta las trabajadoras sexuales peruanas cobran menos en Machala. Campesinos colombianos que huyen de la violencia, del Plan Colombia y de las fumigaciones ingresan al Ecuador (otra forma de migración al revés), mientras que como burros cabizbajos y orejotas, de frentes reducidísimas, nos unimos a la guerra civil colombiana, cuyo origen remoto está, no en la guerrilla ni en el narcotráfico que no existían, sino en el

forzado desplazamiento de campesinos empujados por los cafetaleros y en la guerra entre liberales y conservadores. Pocos conocen que hay muchos niños muertos a causa de las fumigaciones en Colombia: son datos que se ocultan. Medítese en lo que acaba de conocerse de la guerra sucia en el Perú: 70.000 muertos de lado y lado. Las crisis las causan los de arriba, no los de abajo. No obstante, el canciller de una lujosa universidad privada que escribe en un diario quiteño recomendó a los pobres que emigren para que los que se quedan puedan ser «libres y ricos». La misma universidad que en los programas de su *Escuela de Gobierno* proclama que «la necesidad no genera derecho». ¿Y la necesidad de vivir, de comer, de educarse, de trabajar, hasta de morir? ¿Qué dirán ante esta teoría los profesores de la Facultad de Jurisprudencia y de Filosofía del Derecho de la misma universidad?

Pero aquí, señoras y señores, no pasa nada...

Ante nuestro silencio, ante nuestra mudéz, la novela también tiene la palabra... 📖

## ESCRITORES DEL EXILIO

Rocío Durán Barba

Corría un año de aquellos. Y si era domingo o jueves, no tiene importancia alguna. «Ese día se desnudó el camino. Partí. Sabía que jamás retornaría». Lo que fue el inicio de una novela marcó mi existencia. Me sumé a los escritores que viven fuera del país.

Para unos, la expatriación es consecuencia del anhelo del viaje, del gran viaje. Se trata, generalmente, de espíritus rebeldes e inquietos que se han lanzado a recorrer los continentes. Sedientos de otros horizontes, culturas, lenguas y posibilidades. Ansiosos de conocer, captar, analizar distintas realidades. Realizar travesías impensables. Descubrir, redescubrir el mundo.

Desgraciadamente, no pocas veces esta aventura se tras-troca en revés. La sociedad en la que se inserta un individuo es ajena. Suele tapizarse de tristezas, añoranzas, mil preguntas. Es del caso traer a la memoria a Neruda cuando interroga al Wilkamayu, o Heredia a las cataratas del Niágara. El Wilkamayu puede agitarse, levantarse. Ser palabra. Las cataratas son capaces de responder. Las dos escenas tienen el

mismo sentido: la magia y necesidad del diálogo en ambientes forjados por soledades y silencios abismales.

Para los que el distanciamiento se impone por motivos puntuales, la situación puede ser similar a la de un expulsado político. Una buena idea tenemos en el intercambio epistolar de «los poetas solos de Manhattan». Lejos de Cuba. Hundidos en una ciudad opresora. Bajo el peso abrumador del ruido de trenes, motores, sirenas... de una locura que induciría al suicidio. Florit, Iz-naga, Hughes se lamentan:

*Aquí todos andamos solos y perdidos  
todos desconocidos*

El exilio puede revelarse como tragedia. Es, a menudo, el caso del que ha abandonado todo y anhela repatriarse. Volver como persona diferente o como la que era. Y que, o se estrella con la imposibilidad. Imposibilidad de regresar, de realizar lo que había previsto. O, al retornar, tropieza con el desencuentro. El mañana escapa al cálculo. Todo cambia. Cambiamos. Somos intensamente lo que fuimos, y somos distintos.

Cuántos escritos revelan este drama. Así *El sur* de Borges, donde la tortura y fin de la existencia del protagonista se dan, justamente, con el regreso al país natal, el individuo muere dos veces. Había sucumbido en el



exilio. Y vuelve a desaparecer en el espacio físico de donde salió dejando sus despojos.

También hay de los que, por razones profesionales, se trasladan a vivir en el exterior periódicamente —estudiosos universitarios y diplomáticos. Se trata de intérpretes de hechos, sociedades y paisajes. Sus plumas dejan testimonios, reflexiones con serenidad o dolor, con voz de salterio o de poeta a la distancia. Otro exilio. Así confiesa Filoreo Samaniego:

*El mar, pero el mar bíblico, trató de impedir el corte de mi vida. Golpeó al barco y a la dársena y dejó un muelle con sal de llanto y de ola, peces temblorosos y otros habitantes expatriados.*

Otros, nacen como escritores en el aislamiento. En lejanías que terminan convirtiéndose en raíz. Sus páginas tienen más de observación y declaración. A veces, de extranjerismo. Hay quienes se expresan en otro idioma. Pertenecen a un plano en que se yuxtaponen dos, tres, cuatro horizontes. Ninguno. La gente, los lugares, la cultura propia y la ajena se confunden. Se repite la imposibilidad del retorno ante lo irreconciliable: caras anónimas, nidos inexistentes, pasos borrados. A la obsesión de la búsqueda de sí mismo, se añade el tormento de reconocerse extranjero en su país de origen.

Transformado en europeo exclama Alfredo Gangotena:

*¡Oh Tierra, yo me anuncio a ti!  
Y mi palabra vindicativa y cargada de  
La savia de la adormidera, te mácula y  
/te dice:  
Yo te aborrezco así: solemnemente.*

Llegamos, entonces, al problema de la identidad. Hay quienes sostienen que no existe. El expatriado resulta sentirse siempre incómodo. En su país de origen es forastero. En el exterior, dos veces forastero.

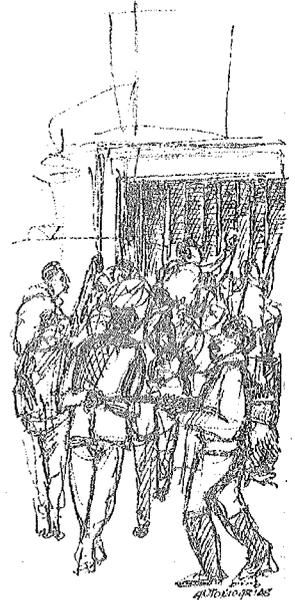
La identidad, ¿no existe? Para mí, sí. Existe. Nunca ha dejado de ser clara, nítida, concreta. En mi tierra nunca me he sentido extranjera. Y nuestra lengua es mi tesoro.

Y, ¿mi apartamiento?

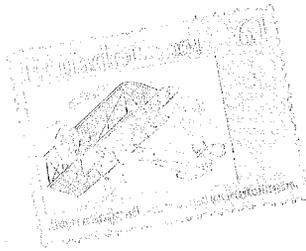
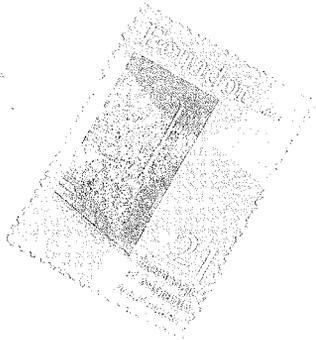
En mi caso, es que un día la vida me propuso al oído: «Toma el camino». Ante mí apareció obstinado, irreductible, recto. Tendido hacia el infinito. Y no es que lo acepté cual condena ni me sometí al destino, ni siquiera obedecí. Escuché. Y cuando en un eco se repitió la

**El exilio  
puede  
revelarse  
como  
tragedia.**

idea ya había emprendido el viaje. Con él fui distancia en la distancia. Viento sobre el mar. Nieve en los inviernos. Arena en desiertos infranqueables. Me alejé. Y desde el otro lado del océano contemplé mi país, lo analicé e interpreté. Comprendí el perfil de sus empinaduras y casitas balanceantes ante el caer amable de noches iguales en medio de un solsticio inalterable. Y debo confesar que, hasta ahora, he sido feliz tendiendo el pie con un itinerario sin término, salpicado de luces y guías despiertas, por senderos insólitos, marcado de arcos iris solitarios y faros extranjeros, titilantes. 🍷



Ecuador - 1981 10



# DE DÍAS VACÍOS Y NAUFRAGIOS

Antología de cuento y poesía ecuatoriana  
sobre el exilio

JUAN MADRID • RAÚL ALBA • ANTONIO  
BARRERA • GUSTAVO BARRERA • IVÁN  
CARRERA • JUAN BORDABUENA • RAFAEL  
ARANDA • GUILLERMO BARRERA • JORGE  
IBARRA • ANTONIO BARRERA • VICTORIA  
IBARRA • RAFAEL BARRERA • MIGUEL BARRERA  
BARRERA • ANTONIO BARRERA • JUAN  
CARRERA • ANTONIO • GUSTAVO BARRERA  
BARRERA • MIGUEL BARRERA • JUAN  
BARRERA • ANTONIO BARRERA • IVÁN BARRERA  
• RAÚL BARRERA • JUAN BARRERA • JUAN  
BARRERA • JUAN BARRERA • JUAN BARRERA  
• ANTONIO BARRERA • JUAN BARRERA

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio



- ¿Qué habrá sentido el hombre que descubrió la brújula?
- ¿Habrá creído que se acabaron todas sus zozobras y derribos?
- ¿Habrá imantado el ingrato corazón?
- ¿Habrá renunciado a la duda en favor de la certeza?
- ¿Nunca más habrá mirado las estrellas?

IVÁN ÉGUEZ

Navego sin rumbo  
desnudo  
sin pasado  
no me importa si este bote no existe  
si en realidad estoy en un parque  
una gruta  
un hospicio  
un circo

ALEX RON



*El exilio, en esta antología de textos de creadores ecuatorianos, es tomado no sólo dentro de la acepción de desplazamiento físico involuntario debido a razones políticas, sino como toda situación anormal en la que un ser humano ha sido desplazado voluntaria o involuntariamente, y se genera un desarraigo con su condición humana anterior creándose un conflicto al que llamamos exilio.*

*Para esta antología he considerado aquellos textos que nos pueden dar una idea global de los diferentes tipos de exilio, pero no es una recopilación de obras de exiliados ilustres —el lector no encontrará, por ejemplo, ningún texto de Juan Montalvo, Federico Proaño, Honorato Vázquez, Juan Bautista Aguirre, Juan de Velasco, entre otros.*

*Abre esta selección de poesía César Dávila Andrade con la obra de inmensa carga emocional Espacio me has vencido, del quichu fuera permanente autoexiliado y se suicidaría en Caracas en 1967. Le sigue Jorge Carrera Andrade quien asume el destierro en la propia urbe —o quizás en otras, en todas las urbes—. Raúl Arias reflexiona desafiante sobre el naufragio urbano, sobre el destierro como marginación o automarginación.*

*En Algo así como humano, de Antonio Preciado, el exiliado no es sólo el desplazado físicamente, sino también el marginado social; el poeta hace un retrato exacto de la situación de un relegado para quien revertir su condición es ya imposible.*

*Le sigue un poema conciso de Iván Oñate donde se narra la gestación de la pérdida, proceso que inevitablemente arroja a los personajes al exilio.*

*El poema de Jaime Rodríguez Palacios En el tren de la noche, es el retrato de aquel que está lejos, separado de los suyos, y los evoca para acentuar su distancia, para reconocerse en lo desconocido.*

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

*Certeza, de Aleyda Quevedo, es una reflexión sobre el autoexilio como opción; en apenas seis versos se condensa la pérdida inevitable que acompaña todo éxodo.*

*Weekends, de Iván Carvajal, parece capturar la perpetua búsqueda y el inevitable desencuentro, desencuentro que nos arroja a un exilio mucho más difícil de salvar y que, con probabilidad, sintetiza la pérdida de toda una generación cuando el llamado "socialismo real" se desplomó en Europa.*

*El desvelo y las noticias, de Jorge Enrique Adoum, es un franco y hermoso poema, donde el amor se convierte en el hilo conductual que nos muestra el destierro y la espera en una Latinoamérica lacerada por el éxodo de miles de seres humanos por causas políticas. Humberto Vinueza titula su poema Jorge Enrique Adoum y sintetiza la situación del destierro y la espera que éste implica; vierte —en una suerte de poemario que fluye constantemente hacia el lector— toda una vida y una época.*

*Manuela Sáenz no puede retornar a Quito por orden del presidente Rocafuerte, de Julio Pazos, gira sobre la gran exiliada, retratada aquí en toda su magnitud de manera que su figura se imprime con fuerza entre el mito y la tragedia.*

*Como una serie de imágenes de video clip, Miguel Donoso Pareja nos remite a la sensación del exilio, a su inaprensible angustia, en su poema XXVI de su libro «Última canción del exiliado». Y en Huida, de Alfonso Espinosa, la tremenda carga emocional dibuja un personaje dispuesto a abandonarse sin rumbo a su exilio — a su autoexilio.*

*Aproximación a Robinson Crusoe de Edwin Madrid, fábula del naufragio que vuelve a la civilización y no puede encontrarse, condenado para siempre a ser un exiliado que, aunque físicamente ha vuelto, no puede hacerlo en su imaginario, y cierra la sección de poesía Con quien contar, de Eduardo Barrera, donde el abandono aparece como otra forma de exilio, como el inicio de un destierro donde el orden anterior se ha quebrado dando paso a uno nuevo, caótico, incomprensible.*

*La selección de cuentos se abre con un breve relato de Valdimiro Rivas, donde dos exiliados protagonizan una simetría hasta que la suerte se burlará de ellos.*

*lo raro fue que el polvo de la sequía ya había estado metido bien adentro, de Huilo Ruales, nos enfrenta a unos personajes que han sido abandonados a su suerte debido al éxodo masivo de todo un pueblo a causa de la sequía. Sigue la pequeña viñeta de Francisco Tobar Madrid, de «El ocio incesante», Tobar, quien fuera un autoexiliado perenne, parece afirmar en ella su vocación por el autodesdierro. Luego le sigue Ellos que antes se miraban en el agua, ahora no se reconocen en el espejo, de Iván Egúez, texto metáfora, donde bajo el tema del circo el autoexilio se convierte en un sacrificio necesario.*

De días vacíos y naufragios  
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

Poesía

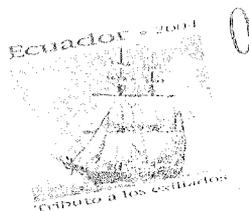
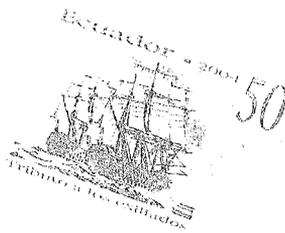
*Siguen dos relatos sobre estudiantes, casualmente los dos tienen como escenario París. De aquellos larcs, de aquestos cielos, de Raúl Pérez Torres, es un inmenso equívoco el amor de la francesa Simone por Martín, un estudiante ecuatoriano. Se basa en su creencia secreta de que él es un exiliado producto de las convulsiones que agitan a Latinoamérica; con el tiempo será ella misma la que se transforme en exiliada cuando acompañe a Martín a su tierra. Y Sobre miedos y sismos, de Filoteo Samaniego, nos viñetea las vicisitudes de un estudiante en París.*

*El desertor, de Pedro Jorge Vena, recoge, en lo que parece casi un testimonio, el encuentro con un autodesplazado del conflicto colombiano que, por su creencia en la violencia como única salida, ha escogido el exilio.*

*Juego de solitario y final, de Raúl Vallejo, es la búsqueda de la abyección, la caída hacia el abismo, el autoexilio en la degradación.*

*Finalmente, en El pasado empezaba a desdibujarse, de Francisco Proaño Arandí, la vejez y la segregación son parte del mismo proceso donde su protagonista se ve sitiada y condenada a un exilio en su propia casa, en su propia ciudad, metáfora de la modernidad del siglo XX, tema y pretexto de esta breve antología. ■*

Ernesto Proaño Vinuesa  
marzo de 2004\*



\* En las Notas Biográficas de esta antología el lector notará que no hay mayores datos sobre Eduardo Barceta pues ha sido imposible encontrarlos.

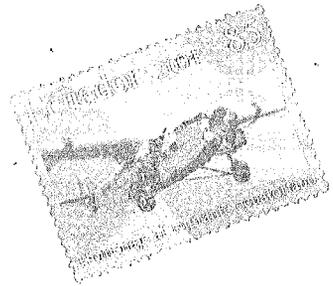
I  
POESÍA

ESPACIO ME HAS VENCIDO

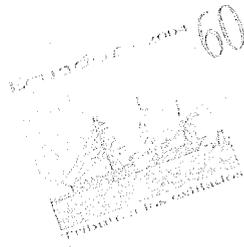
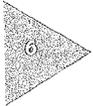
de «Espacio me has vencido», 1947

CÉSAR DÁVILA ANDRADE

Espacio, me has vencido. Ya sufro tu distancia.  
Tu cercanía pesa sobre mi corazón.  
Me abres el vago cofre de los astros perdidos  
y hallo en ellos el nombre de todo lo que amé.  
Espacio, me has vencido. Tus torrentes oscuros  
brillan al ser abiertos por la profundidad,  
y mientras se desfloran tus capas ilusorias  
conozco que estás hecho de futuro sin fin.  
Amo tu infinita soledad simultánea,  
tu presencia invisible que huye su propio límite,  
tu memoria en esferas de gaseosa constancia,  
tu vacío colmado por la ausencia de Dios.  
Ahora voy hacia ti, sin mi cadáver.  
Llevo mi origen de profunda altura  
bajo el que, extraño, padeció mi cuerpo.  
Dejo en el fondo de los bellos días  
mis sienes con sus rosas de delirio,  
mi lengua de escorpiones sumergidos,  
mis ojos hechos para ver la nada.  
Dejo la puerta en que vivió mi ausencia,  
mi voz perdida en un abril de estrellas  
y una hoja de amor, sobre mi mesa.  
Espacio, me has vencido. Muero en tu eterna vida.



En ti mato mi alma para vivir en todos.  
Olvidaré la prisa en tu veloz firmeza  
y el olvido, en tu abismo que unifica las cosas.  
Adiós claras estatuas de blancos ojos tristes.  
Navíos en que el cielo, su alto azul infinito  
volcaba dulcemente como sobre azucenas.  
Adiós canción antigua en la aldea de junio,  
tardes en las que todos, con los ojos cerrados  
viajaban silenciosos hacia un país de incienso.  
Adiós, Luis Van Beethoven, pecho despedazado  
por las anclas del fuego de la música eterna.  
Muchachas, las mi amigas. Muchachas extranjeras.  
Dulces niñas de Francia. Tiernas mujeres de ámbar.  
Os dejo. La distancia me entreabre sus cristales.  
Desde el fondo de mi alma me llama una carreta  
que baja hasta la sombra de mi memoria en calma.  
Allí quedará ella con sus frutos extraños  
para que un niño ciego pueda encontrar mis pasos...  
Espacio, me has vencido. Muero en tu inmensa vida.  
En ti muere mi canto, para que en todos cante.  
Espacio, me has vencido...]]



## EL HOMBRE PLANETARIO (FRAGMENTOS)

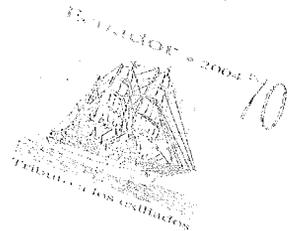
de «Hombre Planetario», 1959

JORGE CARRERA ANDRADE

*Vivimos en el medio de un gran Océano de aire*  
Los sabios geofísicos

### I

Salgo a la calle como cada día.  
Fantasma entre las casas me pregunto  
el color de la hora, el rostro incierto  
del azul que me mira  
hasta arder en su fuego más recóndito.  
La ciudad me cautiva, red de piedra.  
Las calles me persiguen,  
se congregan en torno  
de las plazas de sol, grandes tambores  
fornados con la piel  
de cordero del cielo.  
¿Soy ese hombre que mira desde el puente  
los relumbres del río  
vitrina de las nubes?  
Fui Ulises, Parsifal,  
Hamlet y Segismundo y muchos otros  
antes de ser el personaje adusto  
con un gabán de viento que atraviesa  
el teatro de la calle.



II

Camino, mas no avanzo.  
Mis pasos me conducen a la nada  
por una calle, tumba de hojas secas  
o sucesión de puertas condenadas.  
¿Soy esa sombra sola  
que aparece de pronto sobre el vidrio  
de los escaparates?  
¿O aquel hombre que pasa  
y que entra siempre por la misma puerta?  
Me reconozco en todos, pero nunca  
me encuentro en donde estoy. No voy conmigo  
sino muy pocas voces, a escondidas.  
Me busco casi siempre sin hallarme  
y mis monedas cuento a medianoche.  
¿Malbaraté el caudal de mi existencia?  
¿Dilapidé mi oro? Nada importa:  
Se pasa sin pagar al fin del viaje  
la invisible frontera.

III

Lunes, puntual obrero, me visitas  
con tu faz de domingo ya difunto  
pero en verdad más martes que otro día.  
El miércoles y el jueves son gemelos  
perdidos en el fondo de ese túnel  
con un rumor de ruedas y vajilla,



con pasos y con lluvia  
que conduce hasta el viernes, puerta falsa  
por donde llega el sábado  
cómplice disfrazado de domingo,  
inspector de las cuentas semanales  
de caminos y jardines,  
siempre dispuesto a levantarse tarde,  
a recoger el sol sobre una silla  
y a cerrar una puerta hacia el pasado.

IV

¿Soy sólo un rostro, un nombre  
un mecanismo oscuro y misterioso  
que responde a la planta y al lucero?  
Yo sé que este armatoste de cal viva  
con ropaje de polvo  
que marca mi presencia entre los hombres  
me acompaña de paso, ya que un día  
irá a habitar vacío  
de mi bajo la tierra.  
¿Qué mueve al mecanismo transitorio?  
Soy sólo un visitante  
y creo ser el dueño de casa de mi cuerpo,  
nocturna madriguera iluminada  
por un fulgor eterno. ■

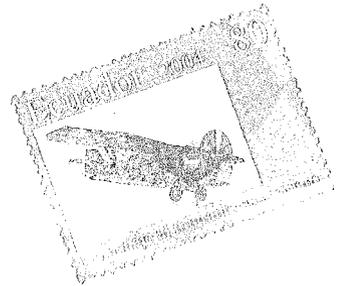
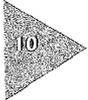


(POETA EN BICICLETA)

de «Trinofobias», 1988

RAUL ARIAS

Vagabundos,  
sosteneos y hablad quietos en la luna.  
Voy a echar lágrimas como  
la tierra lanza sus pájaros  
para que picoteen a sus propios hermanos.  
He pisado tantas veces estas calles  
que quiero salirme de mis canillas  
y dedos sucios.  
Corro con un timbre bajo la lengua,  
me escondo debajo de los automóviles,  
compro y vendo lotería,  
río como un loco,  
me persiguen los días,  
hijos abortados del viento.  
Salid un momento a la boca del lobo.  
contad los cristos que a cada instante  
nacen,  
morid con el mundo apretado en las alas.  
Seréis eternos  
como la arena y todos sus camellos,  
como el mar y todos sus naufragios. ☐

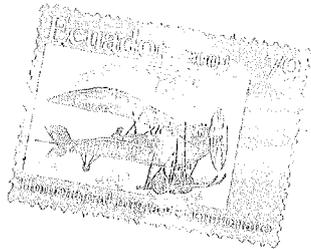


## ALGO ASÍ COMO HUMANO

de «Tal como somos», 1969

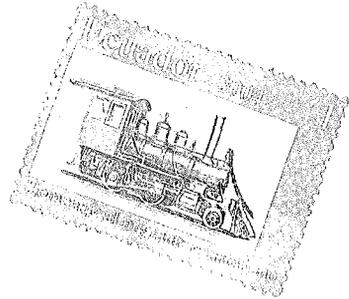
ANTONIO PRECIADO

Cuando le hicieron sitio,  
ya fue tarde,  
porque le había crecido otro cabello  
y tenía en la lengua otra palabra.  
También le habían crecido las uñas  
y los dientes,  
y, como es hombre,  
le había salido punta en la esperanza.  
Desde entonces se vive solitario  
y ahueca con las uñas su morada,  
se entretiene tejiendo  
un látigo terrible con su barba,  
cantando ese murmullo indescifrable,  
mascando roca,  
vigilando el alba,  
o atrapando luciérnagas,  
luciérnagas,  
para hacerse un farol como la luna  
y un faro para hormigas extraviadas,  
cortando escamas de hojas,  
para peces,  
o parchando el tonel para sus lágrimas.  
Cuando le hicieron sitio, ya fue tarde...



Dicen que por las noches  
se desata la piel  
y que la cuelga  
de la caña de azúcar de la entrada,  
bebe un poco de hiel de sus panales  
y se acuesta en el aire  
con su viejo brasero como almohada,  
que duerme a ojos abiertos  
y que sueña  
qué sueñan los que sueñan,  
y de mañana,  
al minuto del sol,  
cierra los ojos,  
empieza su canción,  
y se levanta. □

12



Ecuador 1904



Tributo a los  
españoles 170

## LA GUERRA. V.

de «Anatomía del vacío», 1988

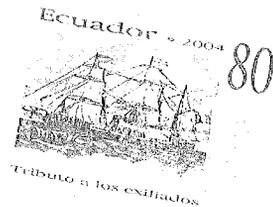
IVÁN OÑATE

Todo era tan negro  
y tan absurdo, que hasta el debido amor  
perdió camino  
en otros vértigos, en otras  
soledades.

Y en el fondo de los cuerpos  
donde hundía mis brazos, nunca di  
con su rayo. Sólo las huellas,  
las sobras  
de un combate  
donde quedaban las vidas  
extenuadas, tristes,  
preguntadas a besos, a insatisfechas torturas  
que llamábamos caricias. Sólo eso.

Y en el repetido velamen  
de cada día y de cada  
lecho  
un mar nos sitiaba  
con sus aguas muertas. Sin norte,

sin sur, sin viento,  
sin un adonde. ■



De días vacíos y naufragios  
Autología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio  
Poesía

## EN EL TREN DESOLADO DE LA NOCHE

de «Diario del exiliado», 1990

JAIME RODRÍGUEZ PALACIOS

Entre gente  
extraña,  
indiferente,  
que hasta a veces  
me miento  
conocerla.  
Cuando  
el tren  
desolado  
de la noche  
atraviesa  
los desiertos  
de la alucinación,  
pienso en ti.  
Y busco.  
En vano busco  
los cometas  
febiles  
de tus ojos  
en la sábana  
de una hora boreal,  
compungida,  
densa



De días vacíos y naufragios  
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio  
Poesía

y cándida.  
En medio  
de esos miedos  
me pregunto  
por ti,  
por mí,  
por nuestra hija  
y sus vértebras  
distantes  
de alegría....  
¡Y soy  
cada vez más  
como los pasajeros  
del tren desolado  
de la noche:  
un desconocido  
sin rostro,  
sin voz,  
sin estaciones! ☐



## CERTEZA

de «Espacio vacío», 2001

ALEYDA QUEVEDO

Un día me levantaré  
con la furiosa convicción  
de alejarme de las montañas

Una siempre está jugando  
con los dados de la fatalidad  
no deja de apostar lo que ama. ■



WEEKENDS (FRAGMENTOS)

de «Del avatar 1970-1980», 1998

IVÁN CARVAJAL

*A la memoria de José Voloch, «desaparecido».  
A Clara, Alicia y Henry, de quienes perdí el rastro.*

I

Hacia el sur la legión de pájaros  
escapándose de ese placer  
nuestro de seguirlos  
de incitarlos

los 5

íbamos

turnándonos en los remos y al timón  
navegantes antiguos

hacia qué desconocidos

parajes

hacia dónde

tras los pájaros

sin brújula

huidizos.

IV

Los 5

navegantes de improviso e imprevistos

De días vacíos y naufragios  
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio  
Poesía

Enrique el enhiesto  
arrastrando en su anzuelo  
putrefacciones del río  
que yo sueño tiradas  
a los pies de Clara  
mientras cae Alicia en el sinsentido  
José: la Revolución autentifica  
mantiene su firmeza  
el río pasa desde el día a la noche  
la noche traga de una bocanada  
la pipa

la barca  
los bogas

el río.

V

Al sur las aguas frías  
el vasto arrenal de la playa  
desierto

los 5

navegantes antiguos  
explorando

implorando

dispuestos a naufragar  
hacia el anochecer



De días vacíos y naufragios  
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio  
Poesía

a los 5  
de qué nos servía  
tomar sitio en aquel viejo muelle  
deshabitado  
arrojar palitos a las aguas  
preguntándonos su rumbo  
hacia dónde yacía la Ciudad  
sus voces  
su prodigiosa  
su fatigosa aparición  
los 5  
de antiguo  
agregados a la falta de historia  
del vacío paraje. □

(Buenos Aires, 1971 - Quito, 1977)



## EL DESVELO Y LAS NOTICIAS

de «Ecuador amargo», 1949

JORGE ENRIQUE ADOUM

En mitad de la noche despierto  
y me levanto como para vestirme,  
como para llorar o para ver si duermes  
lateral y desnuda.

Pero es cierto:

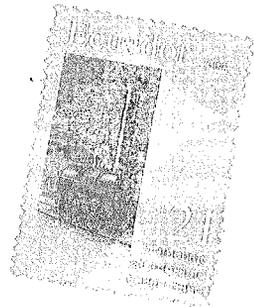
ya no tengo tu voz saliendo  
debajo de mi boca, ya no tropiezo  
con tus tristes zapatos las mañanas,  
ya sólo yo, yo solamente y solitario  
en los almuerzos y en el hambre,  
visitante extranjero de costumbres  
que se me habían ido como una  
edad yo nuevamente familiar y ajeno.

Pequeña lastimada, tú  
desempleada, tú compañera,  
todo el día en los climas de la ira:  
en cada sábana me hiere todavía  
tu cadera, y me duelen  
él, ellos, los compañeros  
buscados, los espesos escondidos,  
los cadáveres compañeros. Cómo  
no iban a dolerme si hay tanta



agua entre los dos, tantas distancias  
que no puedo sobornar, pasaportes,  
gobiernos que nos odian, y sobre todo  
esta pobreza guardiana,  
portera, tutelar.

Cuando en la lluvia, cuando  
en mi taza de café me quedo,  
cuando en mi ropa, y el sueño  
a ti sola te circunda,  
y no sé nada de ti, como  
si nunca hubiérate esperado  
en una esquina o una cama,  
y me preguntan «¿qué sabes  
de tu compañera?», callo,  
pienso en velorios, en trenes  
que no paran hasta el norte,  
ya me parece sombras, ya  
me parece lloro, ya cuchillos  
en los que Pepe, Antonio, Angélica  
o Elías o cualquier hermano  
me escribiera: «Tu compañera  
fue herida ayer. Tu compañera  
fue asesinada el lunes. Fue desterrada  
al sur tu compañera, a las islas  
que el mar rechaza de la costa.  
No está tu compañera».



► ¿No está mi compañera? ¿Y todo  
porque tenía la costumbre  
de vivir, porque acostumbra  
defenderles el vientre a las mujeres,  
los huesos a los trabajadores  
y a los niños sus tinteros?  
Todo porque vas, madrugada  
a madrugada, a las paredes  
de la ciudad, dejando allí  
tu porción de patria y voluntad,  
tu nombre fácil, tu nombre  
Rojas, hasta abajo  
del pueblo.

Y entonces no pregunto  
a nadie por ti, ni a ti,  
ni al corazón con su ronca  
campana intermitente. Pero odio  
adherido, como una araña húmeda,  
a la pared del alma: ya no por sucias  
mariposas mi temblor y mi asco:  
es por los escuadrones, por la aritmética  
de su formación para el destrozo;  
ya no a las hinchadas cucarachas  
alineadas mi puntapié de naufragos:  
pero a la dentadura policia,  
pero al próximo cadáver, necesario,  
presidencial, agrietado, escogido



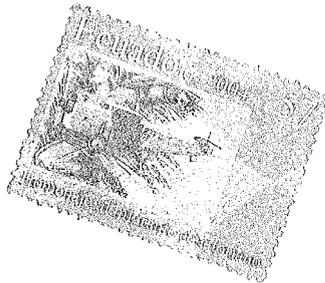
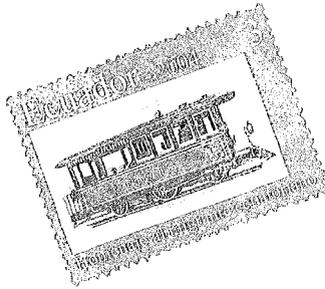
entre sus desventurados almirantes.  
Y te espero.

En estos meses largos,  
del 1° al 30, y aun más, al 31,  
cada tarde busco tu carta  
que no llega, como el sueño  
a veces, busco trabajo, busco  
una pieza, miro el mar  
con su pobre vecindario de alas  
y de mástiles, pregunto:  
cuánto cuestan las cosas  
que nos faltan: una hamaca,  
diez minutos sin zozobra,  
un plato nada más y dos cucharas,  
y esa venganza que me golpea adentro  
como te golpearía el hijo a estas horas.  
En mi cama suelo pensar: yo reconozco  
que es vegetal tu resistencia, y tu destreza  
para entrar en mí, definitivamente  
como en tu dormitorio.

Pero de pronto,  
otra vez tengo miedo y me levanto,  
y otra vez el odio gotea al esqueleto  
su ácido común, recibo a tientas  
la noticia, indago por tu cuerpo  
que antes estaba dentro de tu nombre.  
Y no está, como Joaquín (sólo sus botas



debajo de su cama, sólo su saco  
esperándolo cuatro meses en la puerta).  
Como él, sigues siendo una noticia  
no confirmada aun por el encuentro  
y la esperada, ah separada,  
ah la que templó mi verso  
y mi cerveza, la que alabé en mi canto  
de esponsal y de vieja batalla comenzada. ■



JORGE ENRIQUE ADOUM:

de «Poeta tu palabra», 1988

HUMBERTO VINUEZA

*con angustia imploramos un punto de apoyo,  
nosotros que, a veces, resultamos muy jóvenes para lo que es viejo, y demasiado  
viejos para lo que jamás fue. Nosotros que sólo somos justos cuando, pese a  
todo elogiamos, porque, ¡ah! somos la rama frágil y el duro hierro y la dulzura del  
peligro madurando.*

Rainer María Rilke

*en dirección final a la ciudad rudimentaria avanzo mientras dure lo que existe  
para siempre.*

Dylan Thomas

*palabra: que seas almendra sin cáscara.*

Jorge Carrera Andrade

A esta hora, estarás enrollando la postal definitiva de París;  
barrer, asear la morgue íntima.

Anuncias que vuelves, que vas  
a volver a tu Itaca de celofán andino.

(¿No fue a Ovidio a quien con el auxilio de los dioses mercenarios  
le cayó en la cabeza toda la tortuga del exilio?).

Al lugar que nacieron vuelven todos,  
de bruces o de perfil, a marchas forzadas,

o por la vía directa del sueño.  
Proletauro vuelves  
a tu subpolis de crepé tropical,  
con las manos metidas dentro de tu corazón  
si la vida llenó de infartos la maleta.

Hacia el Sur.

Puede uno volver por puras ganas de humus,  
ganas paleolíticas de acariciar  
el árbol que te enseñó cómo agitar banderas;  
en neblina o en cascadas al primer amor  
que posees sin necesidad de la memoria,  
blando musgo donde juraste nunca ser cadáver.  
Vuelves nítido al laberinto del monte  
en pausados socavones; orejudo al manantial  
con tu afluencia de nube, en cuyo cuenco  
de tanto volver, sigues volviendo, vuelves  
conejo, pez, chupaflor, puntual a la gotera.  
La rueca de tu alguien, acaso, al fin termine  
la seda para el horizonte, el brocado del alba  
que hartó confundiste rasgándolo  
en otros atardeceres amanecidos al revés.  
Vuelves —en El Salvador suelen lanzarte  
desde el helicóptero como tortuga; pero,  
al margen del plafond, no es intimidación—,  
digo, recuerdo como si fueras yo

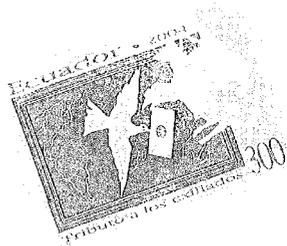
el que volvieras, yo volvía de Moscú  
y me reconociste desde ti,  
bajo los fogonazos pirotécnicos de París,  
cuando Francia era una fiesta de los Beatles  
y Europa una plañidra con Charles Aznavour;  
y te dije, a mí, poeta remendón  
me ensañaste a escribir humilde,  
evangélicamente en participios futuros,  
a columbrar el adjetivo en un pajar  
y su cola de saurio sustantivo.

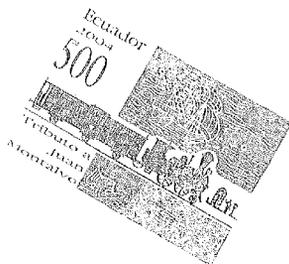
(Los evangelios se escriben en la clandestinidad  
política o para la mujer prohibida).  
Que las ocupaciones nocturnas rezuman su sal,  
su ágora independiente de las palabras;  
el dorado levanta incensario en otra orilla.  
Y me dijiste, sacándote los lentes, frente a la Opera,  
limpiándolos con ese país recién planchado,  
con el que se doblan y redoblan también las autobiografías:  
en la poesía, ninguna virtud prohija didáctica de respaldo.  
Aviva esplendor al puninoide que te aflige  
cercado por la cueva de vaho en donde nace  
y la provincia de una mar irreal.

El bello animal del sueño pudiera  
devenir incunable embalsamado por desuso.

Vuelves. Al Sur. Vuelves  
con tus cuadernos de la tierra.  
Nuevamente la cimbra de la aorta marca el Sur.  
Qué cerca y qué lejano estás de la certidumbre  
soasada junto a la chamiza del amanecer.

Mira tu zona dulce; tu esqueleto de cereal,  
la cordillera coronada con tu bulbo raquídeo.  
Este es el poblador, barro nunca libre.  
Sin retorno empedró caminos  
hacia la dirección amenazada del ayllu.  
Aprisionó en su seño nieve golpeada;  
llenó el vacío con su andamio; construyó  
ciudades con arquitectura de palomar  
para sostener la tierra desde el cielo, tortolerío,  
golondrinaje, campanarios volantes vocingleros.  
El granito perecible cinceló y aquende junto  
pulíóse él mismo, sobreviviéndolo. Alucinado  
talló madera antes de cambiar de oficio;  
metales fundió y a todos transformó en preciosos.  
Aró la tierra y el mar. Pastoreó trasquiló, trilló, hiló;  
urdió en obrajes lo que resta del cromosoma;  
todo el tiempo hiló. Dio  
elasticidad al punto,  
horizonte a la línea,  
peso al final de la parábola,  
piel al tejado,





nervio al alero,  
corazón al tapial,  
código amoroso a la lluvia;  
con la vista de los astros, baile al trote,  
música al río sordo de sí mismo,  
que encadena a un árbol solitario, volcanes  
y páramos en cadencias de rebaños deshaciéndose;  
torbellinos y tumbos de rondadores suspendidos  
en el precipicio, substancia de vocales.  
Churos y chirimías que limpian el silencio de /amenazas.  
Bocinas con eco de cielo cernido, de dunas  
transmigrantes que bailan, jadean, suben  
hacia la intimidad cicatrizada del firmamento,  
y bajan en quenás roedoras de huesos, girando  
en el viento aullido de lobo, salto de puma.

Bombos a profundidad de palpitación  
de lagunas encarrujadas por las garzas  
y lagos remendados con solilunas llenas,  
que en las noches a pique cambian de lugar  
como la memoria de un brujo.  
Guitarra del tamaño de pregunta embarazada.  
Y hay tempestad de marimbas en un pambil  
cuando el mar está lleno de aguardiente.

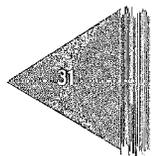
Vuelves. Al presentido presente vuelves,  
sinóptico, entrañable.

Yo iba entonces a la guerra,  
con mi humanismo en borrador  
a pasarlo a limpio en la balacera.  
A ti te declaraban otra, fría,  
por tu exilio crónico, que diz que es un estado  
sospechoso de conciencia. Que por supuesto,  
en la endemia del destierro cualquier patria es buena  
y que européando quedarse; asiando, africanando  
y americanándose por correspondencia (o por falta de ella)  
es demasiado mundo viendo pasar en el Sena  
para no más de llegar a ser lo que se ha sido.  
Y que las heridas se curan in situ con la propia lengua,  
como las fieras. Que sobran las epístolas abiertas,  
pidiendo disculpas, post mortem, al Che,  
por tener tus pies planos. Y que la toma  
del poder está en aquella esquina,  
exactamente a la vuelta viniendo desde la Historia,  
entre la calle imaginada y la avenida del sueño  
donde, por más señas, ahora lo sabemos,  
trasciende un albañal rebosante de aguas políticas.

A filo de boca de ocarina, vuelves.  
En hoja de capulí, violín de viento.  
Hacia el Sur, agua viva más allá  
del océano lagrimal siempre puesto a prueba,  
en que se diluyen todas las formas de Norte  
en esta única de Sur. La memoria

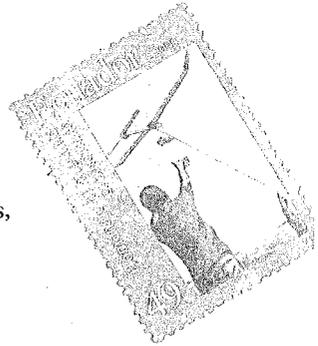
recobra el alcohol de sus mieles maceradas,  
y recrea su desove alterno,  
como un pez que viajara en medio de la lluvia,  
un lagarto que se alimentara de pingullos; otro,  
y otro pálpito a caballo con alas de cóndor.

Todo sería, apenas, huella de caracol.  
Europa fósil, si no volvieras;  
cartas de marear sobre el estrés de irrealidades;  
brújula extraviada, pasmada pólvora;  
cándida rosa enredada entre misiles en cruz;  
sicoanálisis, sobre divanes, interpretando  
el arcano subconsciente de Marx.  
Vienes al Sur que jamás lo encontrarás baldío,  
bello-vellón-sueño aún hilado en huso.  
Sur mestizo en una transición de barro y nube,  
—aquí aprendiste a ver,  
pegando la oreja a la tierra,  
si las cosechas serán o no duraderas—  
sostenido sobre fallas geológicas y económicas  
y cosmogónicas; purezas y rudezas y pavesas  
y audacias raciales, poluciones culturales;  
estertores estentóreos civilizadores  
en el vórtice de la irrefrenable perfección.  
Ya no decimos dios;  
historia, decimos,  
aunque tiene, mientras tanto, el mismo perfume.



El tiempo no se estanca, pero parece;  
parece la noción de grandeza de orientes y occidentes.  
Vuelves al Sur —en tu avatar  
ya lo hiciste desmemoriado polinesio—  
donde hay más que territorio en su humus,  
más que semillas en sus bodas y en sus frutos;  
en sus idiomas, más que teoremas musicales.  
Vuelves al des-sur, preguntando  
si huyó de aquí contigo,  
o si éste es aquel que conociste naciendo.

Se nos vino la premura,  
balde al fondo del pozo en pleno estiaje.  
A un cuerpo de distancia, en esta víspera,  
más acá del hollín de París que tiene muchos siglos,  
el pasado emerge inmaculado, no se sabe  
si del trapiche o de la tintorería.  
A Madame Chaudrón le dirás, le estas diciendo:  
cuántos años sin agua. Se puede vivir sin detergente,  
nunca sin estética. Se aprende, con la calidad  
del sin embargo, adjudícasele a traición encantos  
imponderables a la bisutería de la vida.  
No es fácil ser feliz: primero no nos dejan  
y, quién sabe, será también la falta de costumbre  
o tal vez haya que aprender, pero cómo. No es manía,  
no exhalo tufo filosófico, soy  
un modesto científico de la honestidad



y por tanto, reclamo el zarpazo de tercermundo  
que me asiste, haciendo cotopaxis con mi llanto  
en la noche atroz del hemisferio.  
Sólo el pasado parece eterno.  
Es como las películas mexicanas;  
a cada rato se cortan y se cortan  
y se termina convencido de que así  
de infalible en el corte es el pasado.  
En la secuencia más prometedora  
aparecen retazos de Tarzán o del Gordo y el Flaco.  
Como en los filmes argentinos: no se atina  
a saber si ríen o lloran los personajes.  
Como un filme de los Beatles: colgado de la guindola  
desde el puente, cantas desnudo,  
«el domingo es el día más aburrido  
y ahora sólo es Miércoles». Hay westerns  
que proyectan el the end, luego,  
la pantalla se queda en blanco, o la muchacha,  
la tiburona que en el final de serie anterior  
copulaba contigo, invariable, en el mismo océano  
cien veces, de pronto, desconocida en otra guerra  
estalla con una olvidada esquirla de patria,  
y te quedas Chaplin con el fusil al hombro  
de un hemisferio a otro, cavando la zanja con tus pasos.  
El pasado es lo que más se (nos) transforma.

Dónde, diantre, están las putas llaves de la ciudad  
para devolverlas al Alcalde de París.

Vuelves con la mente imantada de frenética lucidez  
por el amor a la ciudad que jamás la encontrarás vacía.  
Sólo aquí el amanecer tiene el latir  
de neuronas excitadas por límites y laxitudes.  
Ciudad-sed-umbilical de armonías de genes,  
de finitud en la ráfaga secreta, atada  
a la pata trasera de un ninacuro  
borracho de antiguas leches,  
de lluvias doradas y aladas cojeras,  
de lágrima serpentina y dulce.  
Ellas, las cúpulas, colman de ubre  
a nombres y sombreros; de necesidad total  
al ansia de vuelo con todo este planeta.

Ciudad:

¿qué más pulidas historias?  
¿Qué más piedra filososal?  
¿Qué más bisagra del vértigo?  
Por ella el poeta asume su debilidad  
fajado en fagias, en vorágines y viaja  
ataviado de agrícolas cenefas;  
de alfarero liberado de sus moldes;  
de minero sin sueño, leyendo al alba  
su salud en los bofes de un cuy.

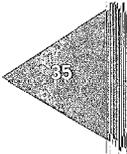
A la hora simultánea vuelves,  
en que al compatriota del dolor,  
en una sala de torturas cuelgan de tu corazón.

La misma hora que el Presidente y su Gabinete  
encuentran el modo de vender o comprar este país.

Un país, de distintas formas, puede ser vendido  
las veces que convenga al comprador  
y las veces que convenga al que lo vende.  
Tú, que aún estás en Europa, dile,  
da diciendo a Eliot, que no el mes  
sino la cruel, la crudelísima estación  
es la sequía política. Mas, la sangre,  
no el llanto, tiene ahora la palabra.  
Es la hora en que la imaginación se amamanta  
de temeridades y cautelas y sobresaltos.

El enemigo no duerme,  
ni deja dormir a su enemigo.

Llega pronto  
que ya  
te esperamos  
con tus poemas abiertos. ■



MANUELA SÁENZ  
NO PUEDE RETORNAR A QUITO  
POR ORDEN DEL PRESIDENTE ROCAFUERTE  
de «Mujeres», 1988  
JULIO PAZOS BARRERA

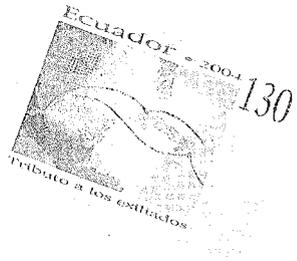
Porque has dicho que el paisaje conserva las palabras,  
los gestos,  
las miradas que necesitaron horizonte,  
te digo que ella está aquí.

Reviso las casas de Guaranda;  
oigo en sus calles  
esfumadas cabalgaduras.

Me acerco al zaguán;  
al fondo caen hojas  
mientras vuelve la luz que busco.

Las habitaciones se esconden detrás de las barandas.  
Hay un poyo a la izquierda.  
Queda mi cabeza de arpa sin mano,  
arrimada al tapial.

Te digo que llega la señora Sáenz.  
La veo con sus horas detenidas

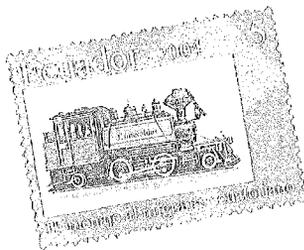


los vados del Magdalena,  
en la celda del castillo de San Felipe,  
en la bruma de Jamaica;  
no oigo sus palabras  
pero sé que hay un nombre  
girando en el lado interior de los labios.

La encuentro en alguna parte del laberinto.  
En la oscuridad su pasión se ilumina,  
intensidad  
que delirante merodea sobre el charco del tiempo.  
Un soldado entrega el papel.  
Ella lee.

Puedo ver que en su mano  
el papel es un tandacuchi inmóvil.  
La señora Sáenz mira la sombra  
que hace el hombre en la pared encalada.

No pasará de Guaranda  
debido a su carácter,  
debido a su pasado;  
quien dejó ir su pasión  
como un perro salvaje  
por los huacos de la cordillera  
no puede entrar a la república.



Los arrieros toman trago para provocarse la ilusión del vuelo.  
Cada hombre es un monte, baja el rocío por los declives de su  
/poncho.

Huelen a tierra las bayetas de las mujeres  
como si estuvieran vestidas de mirlos.

Llega un soldado y le presenta la orden de Rocafuerte,  
el rostro de la señora Sáenz no se contrae  
pero siento que en ella se retuerce un muerto distante  
que derrama furoros de ansiedad  
y un río de ceniza.

Te digo que está aquí,  
con la misma diafanidad del alba de octubre  
que nos encuentra repitiendo  
la ceremonia del paisaje y el sueño,  
en esta ceremonia que termina  
en una hilera de palabras,  
engañosamente perdurables,  
pero que salpican la tinta negra  
de una rotunda mortaja.

La señora Sáenz no pasará de Guaranda  
dice la orden del Presidente Rocafuerte.  
Veo que ella pone su mano en la sien  
como si descubriera algo que tenía confundido,  
como si en ese instante recordara

que su pasión está en San Pedro Alejandrino  
revoloteando sobre ese cuerpo frío para siempre.

Allí, junto al cholán que en octubre  
desborda sus flores amarillas,  
el mensajero lee la orden de Rocafuerte  
mientras ella siente la mano del abatimiento estrujándola.  
Nada dice, pues lo suyo está muerto  
y un enorme escombros le interrumpe el camino  
dejándole al otro lado del abismo.

He resuelto limpiar el espacio  
para que la fuerza de la señora  
nos empape las manos con su poderoso aceite.

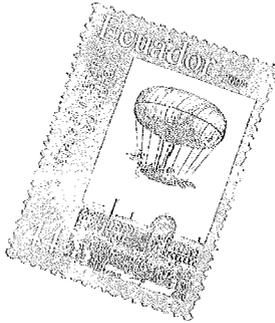
Ungida por el dolor se marcha en la madrugada.  
Después, listados de zarcillo sacha  
y de violáceas alverjillas  
pinta el sol en esas laderas.  
Grandes pavas de niebla se desprenden  
de las alturas de Chimbo;  
son las formaciones que se desbarrancan  
cuando el viento saca sus espuelas.

Queda a sus espaldas el Chimborazo  
protestando con su llanto de fríos circones.

De días vacíos y naufragios  
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio  
Poesía

Ella ahora es una hojita de col  
que siento en las manos;  
es un espejo que se diluye en los ojos;  
es la maigua rosa que cuelga del viejo cedro.

Es cierto que la conocí en Lima, Bogotá y Quito,  
pero también sé  
que aquí, en esta vereda de Balsapamba  
ella es una isla reclamada desde el mar;  
la espuma dice en palabras de sueño,  
en palabras que ruedan sobre las aristas de los días:  
la otra orilla de la pasión es Paita. ☒



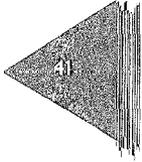
De días vacíos y naufragios  
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio  
Poesía

XXVI

de «Última canción del exiliado», 1994

MIGUEL DONOSO PAREJA

Toda expiación es útil, cada puerto,  
la muchacha en la morgue,  
el sacrificio,  
el pubis color vino de la inglesa,  
las ojeras azules, el enano  
el viaje aquí, las noches de Walpurgis.  
Le dio la mano al otro,  
vio su tumba.  
Estaba acostumbrándose al exilio. ■



## HUIDA

de «Partes del desierto», 2002

ALFONSO ESPINOSA

(la salvación no existe más allá de alguna piel ajena  
que arrancamos a tirones para poseer como si  
fuera propia y carcomer como si fuese odiada y  
recorrer como si hiciese un puente con las  
cosas)

el deseo afila nuestras manos de cristal  
más allá del desierto sólo está el desierto

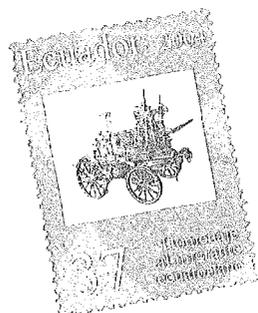
no tengo nada que decirte  
espero tu piel sin prisa

ni dolor  
ni placer

desde antes de los nombres  
desde antes de las cosas que crearon esos nombres  
nostalgia de tu piel innostrada  
ya innostrable

el eco de tu voz llega preñado de ansiedades

más allá del desierto solo está tu nombre







hacia adentro  
hacia siempre luz de bromo

dios resucita en las crisálidas del sueño  
su fractura borrará los recuerdos aprendidos  
laus deo  
laus dei

la vida de alguna manera debe ser la búsqueda de esos  
ojos abiertos hacia las cosas

«por esos sus ojos abiertos en la tierra veré en los tuyos  
lágrimas un día»

una mirada fría  
un reloj  
el péndulo que determina el movimiento de las cosas  
las voces que se callan cuando algo nos descubre la  
palabra

nos observan en cien modos desde los resquicios de las  
cantaras  
ojos infinitos en las cosas que miramos desde el filo de  
las horas  
la mariposa grita nuestros nombres en la arista

otra vez la angustia de las cosas  
perdida la niñez la memoria  
hachas de fuego las estelas

es la muerte  
no es la muerte

penélope fragile

siempre la vida nueva sobre la vida seca  
y nuestra vida que nos corre por adentro  
que se seca sobre nuestra prisa por llegar a algún lugar  
desconocido

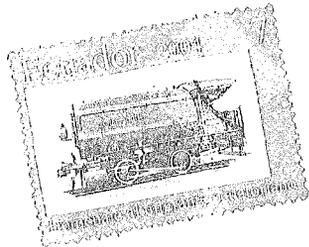
más allá del desierto sólo el mediodía  
quizá el olvido

no es la muerte  
es la muerte

si la luna mengua percibimos nieblas de lo visto dentro  
de la infancia

el dolor de la ceguera de la carne amada  
la muerte bajo el haz de luz  
la voz del mar y las sirenas  
un rumor de fractura  
una rueda que aprisiona  
una fragancia

al mediodía  
buscar el uno que fuimos  
el otro que somos



De días vacíos y naufragios  
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio  
Poesía

molto fragile  
más allá sólo una tumba

la luz revienta y astillas de greda marcan la carne  
las trizas del espejo juegan con los hilos que tenemos  
de memoria

no vuela más  
no vuelve más  
la mariposa al envés de la luz no vuelve nunca

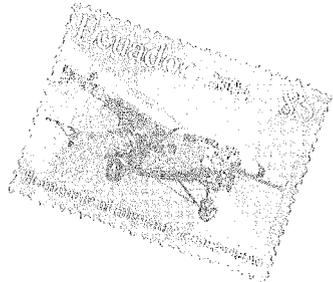
el rostro fragile

dios descansa  
laus deo  
laus dei

piel de ángel tras el vidrio opaco  
piel que ronda al rito de otras voces  
ninguna salvación  
mediodía  
en el vientre atormentado una serpiente reptaba cada  
vez más hacia adentro

el cuento del desierto que no cesa

las formas no cumplidas se despeñan  
lo pasado nos invade desde todas las lucernas



De días vacíos y naufragios  
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio  
Poesía

yerto en la cruz de la mañana nuestro rostro vuelve al  
polvo

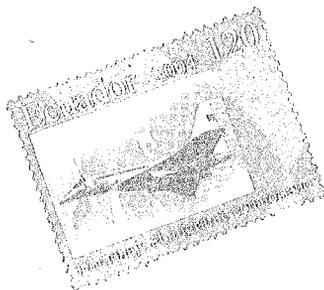
pretérito fragile  
un aroma como tu ausencia en las dunas

más grande la añoranza de tu voz que para mí callaste  
y de la forma de tu cintura bajo el peso de la luz  
en otra sombra que me da respiro te recuerdo con los  
ojos abiertos como mares  
y la palabra que no llegó nunca  
y tu silencio que talló a fuego todos mis rostros

más allá del desierto sólo está mi rostro

(la salvación no existe más allá de la piel ajena que  
arrancamos a tirones para poseer como si fuera  
propia y carcomer como si fuese odiada y  
recorrer como si hiciese un puente con las  
cosas) 

(Noviembre 1996-abril 2002)



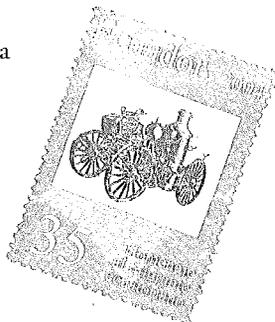
## APROXIMACIÓN A ROBINSON CRUSOE

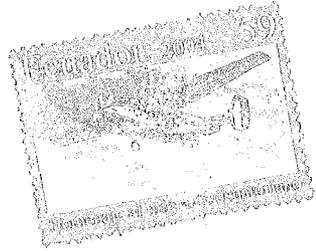
de «¡Oh! muerte de pequeños senos de oro», 1987

EDWIN MADRID

Robinson Crusoe

logra salir de la isla  
guiado por un delfín  
que lo deposita en la orilla  
de una gran ciudad  
donde muchos viernes  
trajinaban como un miércoles cualquiera.  
al pisar pavimento  
mira anonadado la selva gris  
con árboles  
que rascan el vientre a las nubes  
y miles de ventanas  
por donde ingresan  
musas con minifalda.  
cuando cruza  
de una vereda a otra  
tropicza  
con tortugas multicolores  
que le pitan enfurecidas.  
no comprende  
para qué sirve  
la fauna de utensilios  
colocada tras las vidrieras



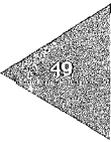


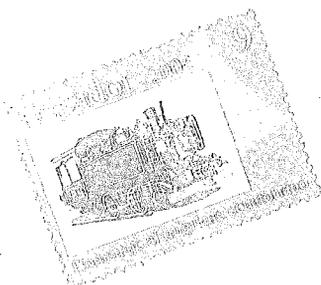
ni esas pantallas  
en las que aparecen  
22 sujetos raros  
persiguiendo una pelota.

en la isla  
sólo poseía  
el canto de las sirenas  
una piedra de moler una hamaca y siete biblias.  
al caer la noche  
se ve obligado  
a dormir en los portales  
(porque ante todo  
están en el centro de la ciudad  
y le protegerán del frío  
y las posibles fieras nocturnas).

en la mañana  
con su soga al hombro  
graba en un piedra del atrio:  
«llegué a esta ciudad el 30 de octubre de 1986»  
y va a cargar canastos  
de sur a norte

luego  
debido a que elaboro  
su propia morada  
sin una sola escuadra  
se ofrece como maistro  
en grandes proyectos





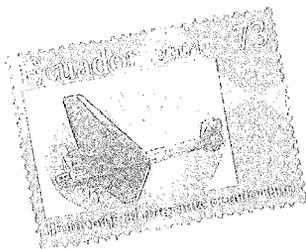
decepcionado  
porque la construcción  
    está llena de arquitectos  
        deambula por las avenidas  
hasta que sus tripas le rechinan  
                                  entonces rompe una vitrina  
y saca un animal más sabroso que los de la isla  
    pero ni bien lo saboreaba  
cuando un escuadrón de uniformes  
    lo mete en un peugeot de luces rojas.  
en el interrogatorio  
    les cuenta su historia  
        y cada vez que juraba  
                                  ser robison crusoe  
recibía descargas eléctricas  
    en las alpargatas o el sombrero  
        para que se culpe de rodaloiv  
                                  y otros delitos.  
los doce años de encierro  
    se convierten en la huella  
        del pie humano  
                                  que una tarde encontró en su playa  
por eso cuando es puesto en libertad  
    cree que está en el mar  
        y empieza a correr  
para refugiarse en su portal  
    donde día a día sueña que algún momento abandonará esta isla ■

## CON QUIÉN CONTAR

de «El tren de los cangrejos», 1990

EDUARDO BARRERA

Abandonados al final de la carretera,  
no al principio;  
la función no cuenta con ellos,  
no tienen hijos;  
se hicieron hombres antes de que termine la noche;  
están al final entre sí mismos,  
a la busca de caricias  
que no sean el rocío del estero.  
Se entregaron a la ruta:  
conocen Europa, África en invierno,  
el Támesis, el Mapocho, la Quinta Avenida,  
llevan la vida abriendo tornos,  
el enrejado de los techos.  
Tienen de bufanda el otro yo  
y el reverso del espejo lastimado;  
son autoabastecibles, comprensivos,  
se bajan de los parques,  
las enredaderas y los postres;  
transitan las ferias, los almacenes,  
lo que huele a descuento;  
no tienen mujer encinta  
ni voces al otro lado de la línea  
trampas salvadas



De días vacíos y naufragios  
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio  
Poesía

certezas en peligro.  
Dejan la solemnidad de los confesionarios,  
no sobreviven.  
Nadie se hace de un abandonado,  
nadie rebusca. ▣



## III CUENTO

### En el laberinto

de «Los bienes», 1981

VLADIMIRO RIVAS

Abd-el-Kamir y Ben Sayan se conocieron en París, donde residían desde 1959 y trabajaban clandestinamente por el Frente de Liberación Nacional. Lograda al fin la independencia de Argelia, debieron esperar el dinero para volver a su patria.

Abd-el-Kamir era un hombre culto, un intelectual: leía el árabe, el francés y hablaba casi todos los dialectos bereberes. Ben Sayan era el hombre de acción puro, ágil, decidido, analfabeto.

Un día entre los días, Abd-el-Kamir robó de un supermercado una antología de poesía argelina contemporánea, uno de cuyos traductores al francés era él. Descubierta por los dependientes, perdió el control de sí mismo, echó a correr por los corredores de la enorme tienda y, aunque podía salir a la calle y escapar, no lo hizo porque se sintió atado a una oscura obligación que le dictaba la sangre. Corría el hombre entre la multitud, atropellando vestidos y personas, derribando enlatados y botellas, desesperado, acezante, buscando la razón de su demora, demorándose en los corredores, libro en mano, trazando en su carrera un confuso laberinto. Perdido en un mundo extraño que iba volviéndose familiar y en una situación absurda que iba volviéndose lógica, decidió al fin buscar la salida y escapar, pero en el umbral fue detenido por los policías franceses y muerto a garrotazos.

Una semana dubitó, presa de ira y frustración, el analfabeto Ben Sayan. Al cabo de ella, fue al supermercado. Robó un libro y echó a correr entre los muros del laberinto. No esperaba a sus victimarios: al final del corredor le esperaba una inmensa vidriera, cuatro pisos sobre la calle. Acuchilló a un guardián y se arrojó sobre el vidrio, despedazándolo con su cuerpo y, al caer, pensó con felicidad que su amigo y él eran las dos caras de un único destino que ahora se cumplía. ■

## lo raro fue que el polvo de la sequía ya había estado metido bien adentro

de «Fetiche y Fantoche», 1993

### HUILO RUALES

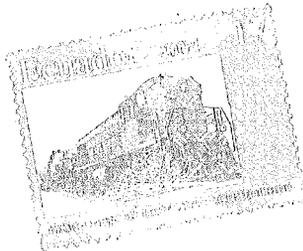
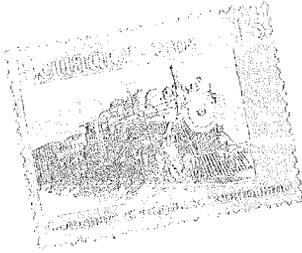
porque el campo ya estaba verde. los pollos gordos. el agua bullanguera. los platos a los años repletos. pero por ahí que la familia padilla se ha ido. que los manosalvas también. que los dos gemelos ortega. el ernesto alvear y su mujer. don baldomero don salas don ruales don bucheli y sus nueve hijas con los maridos y los hijos. Y la hija del fotógrafo que estaba con la barriga grandota. entonces el pueblo se quedó vacío. hasta las nuevas viejas chuchumecas ya no parecieron más. don telésforo sembrado como siempre en la silla mecedora de la botica decía con los ojos carnosos y medio allorados: lo peor es la ingratitud. dicen que los hijos les acarrear a otras tierras por miedo a la sequía. mentira. maricones los viejos. los viejos somos tierra de esta tierra. esto es lo que se llama la puñalada por la espalda decía empinando la botella de mallorca. aunque nos volvamos polvo hay que quedarse. así hablaba don telésforo el boticario. con el señor rosero el fotógrafo. el fotógrafo que se quedó solo también. aunque él decía empinando la misma botella que se quedaba no tanto por amor a esa tierra que no era suya sino para fotografiar el fin del mundo. con el tarzán o hasta conmigo hablaba. hasta sin nadie. pobre don telésforo. resentido hablaba solo. o con los tres o cuatro que quedábamos. hasta con la chela mientras le preparaba el menjurje para el ojo. poniendo el emplasto en la calavera de la chela. en el ojo malo de la chela. agradecido con la pobre chela por haberse quedado le hablaba como papá. ingratos. maricones. haberse ido. haberse hecho polvo. haber dejado al pueblo abandonado. haberte abandonado chelita. don telésforo tembleque de tan viejo. el pobre creyendo que la gente se fue porque quiso. por miedo al polvo. a la sequía. a la muerte. hasta yo creía eso. que se fueron. que se hicieron polvo. mentira. mejor dicho la sequía sí mató gente. pero también la chela metió mano. la pobre chela con el ojo lloroso. con un mal de ojo feo mordíéndole por adentro del ojo. se había hecho rencorosa. bruja. vengativa. o sea se hizo

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Cuento

dios. desde antes mismo. desde bien antes que la sequía se acabe. como quien dice la chela fue que le hizo más larga de la cuenta a la sequía. la chela, calladita. fue vengándose de uno en uno. hasta de los que le odiaban. hasta de los que le querían. porque le odiaban. porque no le salvaron a tiempo. porque le olvidaron. yo no le entendía bien pero ella me fue contando poquito a poquito desde esa noche que se me acercó sonreída como tonta. ■



## Madrid

de «El ocio incesante», 1994

FRANCISCO TOBAR

Dice Mónica que nada debe sorprendernos, pues somos, al fin y al cabo, hermanos de madre y padre.

—Si ato los cabos, resulta verdad —y me divierto.

Mas ella se fastidia: que nada tomo en serio, y luego ella misma cae en el vicio criticado, se ríe hasta dolerle el estómago, y hablamos, hablamos, ya de la madre lejana, a quien la viéramos siempre encerrada en una urna, ya del padre fumador que se saca los calzones con manchas amarillas de nicotina, de la vieja cocinera que tanta rabia causó a los padres con sus licencias y excesos.

—¿De qué no hemos hablado esta tarde?

—Mira, ñaño: yo no sentía un gran afecto por Hoselle, quizás por celos, pero este segundo capítulo de tu vida resulta grotesco. Yo creo que para ser chico es preciso haber tenido educación y fortuna. La gente pobre puede llegar con facilidad a la desverguenza. La gente rica nace en la mentira, y con los años y desengaños, se considera virtuosa.

Recapitular nuestras vidas, sentado a la mesa de ese restaurante junto a El Retiro, es una receta sencilla para prolongar el bueno y largo día, o dibujar el futuro. El parque se vuelve más hermoso a esta hora, y es otoño, el orecer inseguro de las hojas y la poesía popular al pie de las estatuas viejas, los callejones desiertos y los seres humanos que comienzan a desnudar emociones hasta el extremo de parecer ramas inútiles, sombras. De repente ella me sugiere, hosca:

—No mires hacia allá.

La curiosidad es la nodriza de los diplomáticos.

—Es Merton, el más hábil de los diplomáticos, el único que merecería el calificativo oportuno de don Manuel: conspicuo, y habla tres o cuatro lenguas sin hablar de cómo la gente se hace lenguas sobre su comportamiento.

El camarero, en tanto, ha preguntado si «los señores» tomarán postre, y ella ha respondido irónica que la «señora» prefiere brandy y que el plural sobra. El

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Cuento

hombre retrocede. No es un camarero vulgar: su diligencia lo demuestra, pues no se contenta con informar, sino que parece un seductor profesional.

—Si no es molestia —lo detiene mi hermana cuando ya se alejado unos metros—, preferiría ahora un chinchón seco.

Una nueva reverencia indica que Mónica ha sido comprendida. Y recuerda a don Manuel el día en que yo le anunciara mi decisión por ecuatorianizarme:

—No lo digo por ironía. Hasta me divierte y escandalizo a gente si les cuento que «mi hermano es ecuatoriano y diplomático, mientras yo sirvo a Venezuela en la misma profesión».

—Es un día vacío —se me antoja.

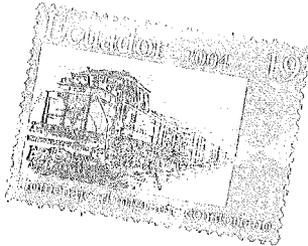
—Probablemente en nuestra profesión, los días vacíos son muchedumbre. Por lo menos ahora no puedo quejarme porque estoy nuevamente leyendo a Madariaga, su libro sobre Bolívar.

—Que tanto «estima» don Manuel.

Cómplices, los dos hermanos reímos ocultamente. El camarero, en una lejanía discreta, debe preguntarse qué relación existe entre nosotros.

—¿Le sucede algo más, ñaño?

—A veces siento que nada de lo que decimos tiene importancia real. Somos fantasmas que vamos de ciudad en ciudad, y nadie nos conoce. Mucho más real es ese señor, al frente, que hace ruido al tomar la sopa. Puede ser grosero, pero nadie lo puede privar de su realidad. ■



## Ellos que antes se miraban en el agua, ahora no se reconocen en el espejo

de «El triple salto», 1981

IVÁN ÉGÜEZ

*¡Qué poco entendía el público!*

*¡Qué poco entendía cualquiera, cuando se trataba del destino!*

*Ser payaso era ser un peón del destino.*

*La vida en la arena del circo era una pantomima hecha de caídas, bofetadas, puntapiés, un interminable dar y esquivar patadas. ¡Y era mediante esta vergonzosa rigolade que se conquistaba el favor del público! ¡El querido payaso! Su privilegio consistía en recrear los errores, las locuras, las estupideces, todos los malentendidos que plagan a la humanidad.*

*Ser la ineptia misma: algo que hasta el último zoquete podía representar. No entender, cuando todo está claro como el agua; no pescar ni jota aunque le repitan mil veces el truco; andar a tientas, como un ciego, cuando todos los letreros están indicando la dirección debida; insistir en abrir la puerta que no corresponde, aunque tenga un enorme cartel que diga ¡Peligro!; estrellarse de cabeza contra el espejo, en vez de rodearlo; meter el ojo en el cañón de una escopeta cargada.*

*La gente nunca se cansa de estas absurdidades, pues durante milenios los seres humanos han recorrido todos los caminos equivocados y durante milenios todas sus búsquedas e indagaciones no han hecho sino meterlos en un cul-de-sac.*

*(La sonrisa al pie de la escala, de Henry Miller)*

Aún sonaban los aplausos bajo la carpa cuando Pitillín decidió aquello. En un camerino de más allá, la bella Gladiolito se quitaba de los pómulos el maquillaje de azafrán con que solía balancear el peso de sus cachetes y se bajaba las medias de fantasía con el esmero de quien enrolla una hoja de tabaco sobre los muslos, todo ante la mirada luminosa del mago Vani, su imprevisible amor.

Esa tarde, después de la función, el dúctil Palaccino se había acercado a Pitillín para comunicarle oficialmente que su mujer andaba enamorada de otro. Eran las reglas del circo: los enamorados debían participar desde el comienzo su

idilio al más viejo de los cirqueros; éste guardaba en secreto la cuita, la seguía sin pestañear como a los voladores del trapecio, la escudriñaba como al sombrero del mago, la sopesaba como a la vara de los equilibristas y, si era del caso, si era algo que ameritaba y no un mero acaramelamiento, consultaba con todos los de la *troupe* para saber qué pensaba cada uno sobre el secreto que les confiaba. Si no había oposición, se acercaba al agraviado para hacerle saber lo que ya todos sabían.

Así procedió con el payaso: le condujo a la desolada y oscura pista, le guió como a un ciego hasta el pretil de la orquesta que él, Pitillín, cómicamente, dirigía; encendió el reflector del centro, se colocó bajo su haz con corbata de lazo y chaqueta rutilante, tomó el arpa sobre su hombro, hizo una venia y desapareció de un salto en las tinieblas. Luego alumbró el anillo de la pista, tomó el corno emplumado y empezó a entonar "Pagliacci" de Leoncavallo, caminando lentamente alrededor de la pista de aserrín como dándole tiempo para que él entienda y decida.

Según lo establecido, a Pitillín le quedaban dos alternativas: aceptar la ópera y santas paces, en cuyo caso todos los camaradas volatineros ofrecían una velada de gala en honor del suicida; o no aceptarla, en cuyo caso los amantes tenían que abandonar el circo, castigo equivalente a la pena capital.

Después del ritual aviso, Pitillín decidió escribir aquella carta para siempre. Así lo hizo saber a Chaparrón, el acólito de sus payasadas, cuando éste —preocupado por la eufórica melancolía que acababa de demostrar su colega al quedarse solo en la pista, improvisando un recital de risas y lamentos para nadie en las tinieblas— entró al camerino a entablar un diálogo propio de payasos:

- ¿Y qué le acontece a mi señor, el Gran Pitillín?
- No se dice acontece, Chaparrón, se dice acongojode.
- Éstá bien, entonces ¿qué le acongojode a mi señor?
- Que su vecino, el Mago, está enamorado de una viuda.
- ¿Y qué problema hay en que el Mago esté enamorado de una viuda?
- En que el marido no se muere todavía.
- ¿Y qué tiene que ver en todo esto mi señor?
- Que la viuda es la mujer de tu señor, y tu señor debería ser el muerto.

—¿O sea que el Mago hizo desaparecer a la mujer de mi señor?

—La echó unos polvos y la llevó a su castillo encantado, pero el señor Pitillín, como buen histrión que es, no va a actuar conforme a libreto ni conforme a lo establecido. Va a razonar su decisión en una carta.

—¡Hostia! —dijo Chaparrón—, con lo malo que es el correo...

—Te la entregaré a ti. Reúnelos en la pista y lécsela a todos, dijo Pitillín al tiempo que se quitaba la careta para escribirla.

Asimismo se hizo. Convocados a la pista, todos fueron tomando ubicación: Mudcsquina, la domadora, en la trompa de su elefante; Fidellius atrás de su antifaz; la Quísmica sobre sus combustiones; el Príncipe Igor en la silla del Empresario; Abadón, el tragaldabas en la jofaina de la comida de los leones; Chordelita en la cuerda floja; la Bubulina al borde del ataúd de Frankenstein; la Super Mérida en el trapecio; el resto, en círculo, sobre el aserrín.

A Gladiolito la conocí una tarde de lluvia torrencial, cuando la carpa era pobre y tenía goteras por los cuatro costales. En ese tiempo, a más de *clown*, yo era malabarista, funambulista y acrobatero. Estando en los malabares pedí tres damitas voluntarias para que me asistiesen en el número de los platos de porcelana, mientras yo corría de pila en pila animando el giro de éstos, evitando que decayeran, que se rompiera la vajilla. De pronto miré cómo una de las espontáneas —una niña casi— tomaba los platos de la mesa y los hacía girar sobre su índice con una habilidad y gracia increíbles, como si estuvieran atornillados. Luego tomó las cachiporras de marear, pidió música a Palaccino y se puso a ejecutar una serie notable de matomas arrancando nutridos aplausos del público. Empezó a venir todos los días a la carpa a la hora de los ensayos, a la hora de las funciones y a la hora de mis almuerzos. Después de un mes de amorosearla y darle de comer en mi mano como a pajarita, cuando ya terminábamos nuestra temporada en su ciudad, hube de raptarla para siempre, si no para mí, al menos para el circo; pues yo sabía que quien ha probado la pista y los aplausos, quien ha visto el asombro y la alegría en los niños y, sobre todo, ha visto la niñez en la cara de los viejos, ya no puede separarse nunca más del aserrín por más que éste a veces huele a tumba, a plato vacío, a húmedo jergón. Yo sabía cuál era el precio que cobraba el Empresario por admitirla: una hora de manoseo en su oficina tomándole

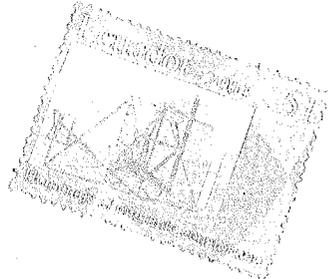
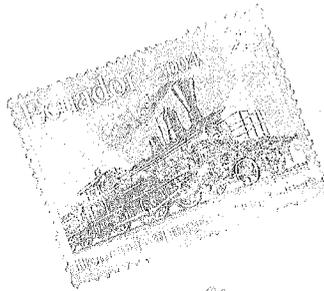
los datos y luego la noche entera en su camarote de negrero. Yo la tomé al otro día que él la había desflorado. Así comenzaron a pasar los años. Así comenzó la transhumancia nuestra por los pueblitos más infelices hasta las grandes capitales como aquella en la cual se incorporó Vani, el Mago, a nuestro elenco. Él era ya famoso por entonces entre el público, pero sobre todo entre los allegados, pues su verdadera magia consistía en encantar a quienes le conocían. Mientras más cerca de él alguien estaba, más encantos descubría. A veces era un abismo y a veces un cielo, pero siempre imprevisible, como bien decía Gladiolito. Yo noté la fascinación que ella sentía por él, pues cada día pasaba menos tiempo conmigo y, cuando estaba a mi lado, cada vez me hablaba más de él, de sus maravillas. Hasta que un día dejó de nombrarle. Entonces supe que ya algo había sucedido, supe que yo, pero sobre todo que nuestro amor estaba, sí no perdido, al menos comido como las uñas de un león anciano, agujercado como una carpa pobre. Cuando traté de recuperarla, de retenerla, ya fue demasiado tarde. Ella no sólo que era quien le asistía a él en sus números de magia, quien le pasaba los bártulos de fascinar, quien recogía los interminables pañuelos, paraguas y conejos que salían de su sombrero de terciopelo, quien levitaba como una nube, como una santa en medias de corista, sino que era, además, la primera en aplaudirle y agradecerle, porque a esas alturas Vani creaba para ella, se renovaba para ella, y de mago silencioso había pasado a ser el genio feliz fuera de la botella. Indudablemente, ya no éramos los mismos. Nosotros que antes nos mirábamos en el agua, ahora no nos reconocíamos en el espejo. Yo no sé qué sentí entonces. Quizás un amortiguamiento, una agonía inmóvil, un mea culpa paralizante y lastimero que me conducía a martirizarme, a acusarme de haberla descuidado en los ensayos, a recriminarme por haberla aburrido con las mismas maromas y pantominas, por haberla hecho girar alrededor de mi vida con la monotonía con que giraban los platillos sobre las mesas todos los días y todas las funciones. Y por qué no decirlo, por haberla tratado como a una reina, pero a mi manera, olvidando que la vida siempre guarda sus pliegues impredecibles. Empecé a quererla entonces desde la angustia, desde la espina en el corazón, como Oteló atrás de las cortinas. Cada palabra, cada gesto, cada silencio suyos eran balanceados, desmenuzados y filtrados por el tamiz de la duda, de esa duda cobarde que no busca comprobación

## De días vacíos y naufragios

Autología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Cuento

sino desvanecimiento de las pruebas, de esa duda que corroe pero no sentencia, que le tiene a uno como a Chordelita siempre en la cuerda floja. Entonces creo haber caído en un marasmo, haber caminado con una venda en los ojos para no ver lo que todos veían. Hasta ahora que vino Palaccino, el batuta de la orquesta, a pasar un corno por mis narices, a decirme en silencio lo que todo el mundo, incluso mi corazón, sabía a voces. Mientras él rondaba la pista, yo he admitido que en el amor no hay culpables sino hacedores y he dicho que, si bien se posa donde uno menos lo piensa, se queda donde más lo calientan. y aquello de que es una planta que crece con el halago es la verdad más verdadera. La mueca que asoma en mi risa de payaso es por saber que ella está enamorada de él, pero también de sus trucos; mas ¿quién soy yo para negarle a la muy puta, muy débil o muy santa, ser feliz con él? Yo no soy el Domador para domesticarla. Soy el payaso, el que sobra; por lo tanto me voy para siempre de esta carpa a bordonear el mundo por los siglos de los siglos, con este drama minúsculo del tamaño de la humanidad entera. ■



## De aquellos lares, de aquestos cielos

de «Un saco de alacranes», 1989

RAÚL PÉREZ TORRES

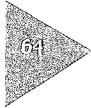
Todo ha acabado —piensa Martín mientras se pone sobre los hombros el gabán con un imperceptible gesto de fracaso. Toma luego lo poco de ron que queda en el vaso, prende un cigarrillo y sale del café.

Diez años atrás, en París, en la biblioteca de la Sorbona, ese mismo gesto había impresionado a Simone y avivado la llama de su curiosidad por este estudiante latino, cuyos ojos serenos y misteriosos se parecían a los del Che Guevara, aquel héroe lejano recién muerto y ya mitologizado entre las parisinas hippies que llevaban su efigie colgada del trasero, como un símbolo sexual desaparecido en no sé qué montañas de Bolivia.

Simone confundió entonces la melancolía y el mutismo del muchacho con un sufrimiento desgarrado por el exilio, y creyó adivinar en el rostro magro de Martín, una nostalgia por aquellos combates épicos que se daban en una Latinoamérica apenas imaginada por ella con la ayuda de los reportajes de *Le Monde* o *Le Figaro*. Decidió acercarse lo más pronto a ese rostro aindiado y mítico que le traería el olor de las nuevas noticias que conmovían al mundo, y le persiguió incansable por las aulas de la Universidad, por los cine clubes en los que se metía el estudiante a ver una y otra vez las películas de Buster Keaton con el secreto afán de huir de esa ciudad agresiva y violenta, y se aparecía franca a sus ojos huidizos, sugestiva, sentándose frente a él, sonriéndole delicadamente, dejándole entrever sus encantos europeos, sus ojos de un azul intenso, sus cabellos rubios y lacios, sus hermosas piernas, sus pechos apenas perceptibles por el latido de la blusa, hasta que el estudiante reparó en ella con el mismo aturdimiento y la misma sorpresa desvaída que siente el que ha estado mucho tiempo en un cuarto oscuro y de golpe sale al sol. Así nació el amor, como el primer restallar de las piedras. Ya luego, todo fue caminar por aquellas calles y recovecos repletos de historia, recordando a Baudelaire y a Rimbaud, a Modigliani y a Utrillo. Martín, arrastrado de la mano por esta súbita cicerone dorada, volvía a conocer vivamente todo

aquello que le engeguació en los libros, y más aún caminaban por las noches, alargando el tiempo, alegres, tomados de las manos, cuchicheándose su amor, tratando de cruzar todos los puentes que encontraban a lo largo del Sena, yendo del puente *Mirabeau* hasta el *des Invalides*, cansados pero felices bajaban por la *Concorde* hacia el *Jardin des Tuilleries*, se metían al *Louvre* a visitar a Van Gogh y seguían luego por el puente *au Change* hasta el Barrio Latino donde se extasiaban mirando el ángel de la guarda, para nuevamente buscar el *boulevard de Clichy*, la placita, recogiendo los pasos del viejo Miller que había tenido por allí su ratonera en los tiempos en que posaba desnudo por unos cuantos francos. Se amaron en las esquinas, en las aceras sembradas de cagada de perro y de palomas, en los cafetines llenos de putas, chulos y maricones que a veces le agradían por no sé qué apariencia árabe, en los zaguanes del metro donde pululaban los latinos con ojos desorbitados por el hambre, la insulina o el ácido, pálidos, desencajados con sus guitarras y sus charangos y sus sombreros donde a veces caían unos cuantos centavos que luego se lo rifarían en un pedazo de queso y una botella de vino estrellado, y se amaron en el metro mientras ese dinosaurio moderno, queapestaba a desdicha y locura, les llevaba y les traía *Odeon-Montparnasse*, *Montparnasse-Odeon*, y se amaron en las camas chirriantes de magros hoteles, en la sordidez del hotel de la *rue de Chalon*, en los baños públicos, en la niebla de la *Boite Sebastopol*, junto al Sena donde se acumulaba la porquería de la ciudad, bajo el Sena donde Oliveira encontró a la *clochard*, en la bruma gris de los *Campos Eliseos*, en las canciones gangosas de la Piaf que no se arrepentía de nada. Desmitificadores y desmitificados, sorprendidos de ser en la desnudez la misma algarabía de huesos y de sangre.

Por la boca carnosa de Simone, por su pubis de seda aprendió el estudiante los gestos de la libertad, y de golpe le nació algo como la dicha, algo que no se atrevía a creer cuando solo, en su cuarto de la *rue Lagar*, pasaba revista a los acontecimientos del día. Día maravilloso pensaba, y luego decaía como si la precaria felicidad de su espíritu fuera a romper el encanto. Maravilloso día se decía Martín, maravillosa voz, maravillosa carne, y convocaba a los espíritus de los chasquis para que llevaran a su madre, anclada lejos, un poco de esa felicidad que increíblemente se parecía a la desdicha.



## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Cuento

Se dedicó con más fuerza al estudio de las ciencias sociales, con la esperanza de acaparar el conocimiento para entregárselo poco a poco a aquella nueva diosa de los acontecimientos. Vislumbró ídolos caídos de su pueblo, esperanzas falseadas, utopías rotas, y se sintió confundido, estafador, estafado.

Tiró entonces sus pantalones de un casimir marchito y se confundió en los jeans que lo igualaban a todos los jóvenes del mundo.

Del brazo de Simone se lanzó a la conquista de los cafés cuyas mesas añosas tenían las huellas de Sartre y Eluard y de Pound y de Hemingway, y embobado con el candil que llevaba de la mano, se decía: «París es una fiesta, verdad viejo querido, París es una fiesta».

El correr implacable de los meses le devolvió una nueva desazón que quiso explicarla inventándose toda clase de argumentos, recurrió a los celos con aquel afán escondido, sórdido, de no aceptar la felicidad, y la acechó y la injurió y la humilló, buscando en esa humillación el agua turbia donde lavarse de un rencor ajeno y lejano, tan lejano y ajeno como la culpa del nacimiento, dando desesperados cabezazos al vacío, negándose ese espacio donde ella caminaba con la elasticidad de una gacela, para luego regresar babcante al rincón de su axila donde se quedaba dormido y como reconciliado con el desconsuelo. Era los días en que —no sabía por qué razón— le volvía una y otra vez la imagen de aquel supuesto tupamaro que paraba en el *Beaudourg* y que mostraba a las muchachas boquiabiertas su trofeo de guerra, una enorme cicatriz en el pecho, para luego llevarse a la cama.

A partir de entonces, y sin poder satisfacer ninguna expectativa, esgrimió el arma de la prepotencia, mientras Simone se dejaba estar con una serena sofisticación que hacía más deleznable los aspavientos del estudiante.

Alguna vez, luego de una borrachera interminable que le hizo ver dioses infieles saliendo por los botones de su colchón, se despertó lleno de angustia, hurgó bajo la cama, tras la cómoda, despatarró los cajones, hasta que dio con un manajo de cartas húmedas, marchitas por la distancia y por la inutilidad del mensaje, con una postal amarillenta donde bajo un cielo gris se asentaba una pequeña pirámide con cuatro bloques de piedra a los lados. Accró la postal a los ojos y miró la placa en el centro, adivinó su leyenda: «Mitad del mundo», la

Cuento

besó y volvió a ponerla en el sobre con esa mezquindad que tiene el que se es-  
pía a sí mismo.

Esa noche decidió el regreso. Se lo planteó nerviosamente a Simone pensando que quizás ella lo retendría, se mostraría reacia a su partida, pero Simone lo aceptó como lo más natural del mundo. Entonces el hombre se sintió ofuscado y herido hasta que ella dijo: «unos meses más, unos meses menos, luego nos iremos juntos». Esta frase había caído como una caricia en la —momentos antes— atormentada cabeza de Martín y a duras penas pudo soportar con una tranquilidad fingida esa cascada de palabras que le lavó entero y lo hizo sentirse como que acababa de nacer. Fue entonces a su cuarto de la *rue Lagar* y escribió muchas cartas a su madre, a sus parientes, a sus amigos, dándoles la buena nueva, extendiéndose en el retrato de Simone, hablando de su inteligencia y belleza como si acabara de descubrirlas, como si también él, apenas estuviera conociéndola en la grafía de su escritura feliz. Al rato se quedó dormido con la pluma en la mano y soñó en calles de honor, en carros alegóricos, en trompetas y aplausos y se vio poderoso recorriendo el columpio de las avenidas de su tierra natal, abrazado de aquella mujer que sin querer había nacido diosa.

Corrieron los meses con aquel galopeo feliz de los caballos de raza, sin sentirlos, apenas perceptibles por los intervalos del deseo, por la progresiva blandura de los pechos, por las huellas hondas de la almohada, días en que al caer de las tardes los dos se quedaban como embobados frente a la ventana, durante horas, mirando el golpeteo de la lluvia persistente, sin tener que decirse, amodorrados en la costumbre, pensando quizá cada uno en sus mundos anteriores. Era como si una luz afelpada fuera oscureciendo el ambiente, ese fantasma doméstico instalado en el cuarto y que huía solamente cuando una mano equivocada por el sueño se posaba en la intimidad del otro y acariciaba repetitiva, de memoria, la piel que ahora tenía la textura del agua.

Pero otras veces renacía su alegría y restallaba con el fuego atávico de las primeras piedras, lo que aprovechaba Simone para hacer prevalecer su parecer de tan sutil manera que el hombre pensaba que salían de sus más profundas convicciones. Madame Bovary tejiendo el hilo de seda frente a un doctor Charles de imprevisible y violento mestizaje.

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía cenatoria sobre el exilio

### Cuento

Resolvieron entonces que había llegado el momento de partir juntos, de meter en la mochila las tres o cuatro notas de la sabiduría. Se llenaron de afanes, de promesas nuevas, tratando Martín de que ese nudo milagroso no se desatara, queriendo llenar con portentos volcánicos, con el recuento de exuberantes paisajes, aquellos vacíos de ausencia que se hicieron intermitentes en la Simone de los últimos días de París, como si la *saudade* le hubiera llegado antes de la partida.

El viaje, en todo caso, tuvo para Simone un atrayente aguijón de novedad, y al bajarse del avión se quedó mucho tiempo en éxtasis, al verse rodeada, aprisionada, por montañas enormes cuyas cimas le produjeron un escalofrío lleno de presentimientos.

Y el amor renació en la serranía y Martín se encargó de descifrarle el código escondido de las plazas, el encanto multiforme de las ferias, las iglesias, la sabiduría silenciosa de los indios, su comida sustantiva, los mitos que hacían más profundo, más rígido, aquel combate que se libraba desde hace siglos y que tenía el mismo mutismo de los páramos. Y cambió también la indumentaria de Simone por el poncho de colores vivos, pensando secretamente y con dolor, que era como si estuviera regando una flor de plástico, o como aquella máquina de coser en la mesa de operaciones (de la que se habló tanto allá, en las noches parisinas bajo el effluvio de Lautreamont). Y miró poco después cómo la sorpresa primera de sus allegados, esa admiración fanática frente a la divina pieza europea, se fue poco a poco transformando en envidia, luego en expectativa laxa, para finalmente aceptarlo con el decaimiento gris de lo ya conocido.

Y el hombre también comenzó a sentir cansancio de aquella docencia monótona, de aquellos celos incongruentes, y languideció de respuestas frente a la siempre ávida imaginación de Simone que suplió la presencia de Martín con una entrega total hacia la investigación y el estudio.

Para ese entonces, los silencios de la noche se habían hecho cada vez más prolongados y las rencillas violentas y diarias se confundían en la incipiente lengua castellana de la francesita. Descubrió entonces que podía caminar sola, a pesar del acoso inmisericorde, pegajoso, ruin, de las miradas que parecían vagar por sí solas, esconderse, atravesarse, deslizarse, prenderse, a su paso, y aprendió a soporiar, a capear con gesto fino, el velo de la maledicencia andina que parecía cubrir

las casas de una obscura melancolía. Y empezó aquel duro aprendizaje que meses más tarde le confirmarían los vericuetos extraños de su poder.

Cuando Simone llegó a la casa, muy entrada la noche, al abrir la puerta divisó opaco, pálido, el rostro triangular y barbado de Martín, un rostro que desde hace meses no conocía el sol: «creo que se ha postrado» pensó y dejó los libros en la mesita tratando de no llamar la atención de aquellos ojos abiertos en la penumbra del cuarto y cuya mirada se obstinaba en descubrir el paisaje monótono del techo.

Avanzó en puntillas hacia el baño, pero una voz gelatinosa y hueca le paró en seco:

—Así que ya has llegado —dijo.

—Hola —dijo Simone, dándole el tono más afectuoso a la palabra.

—Bueno pues, si estás aquí, sírveme entonces un vaso de ron.

*Simone miró la botella, estaba casi vacía.*

—No crees que es suficiente —dijo con miedo.

—Eso a ti no te importa —dijo el hombre— dando a su voz el mismo color de su mirada.

Simone sirvió lo que quedaba y fue al baño. «Se ha postrado» pensó y es por mi culpa. Con desmadecado rito se sacó la blusa, la falda, las medias largas y transparentes y miró en el espejo aquella figura esbelta, delicada, aquel vientre terso y palpitante que aún reclamaba la mano ciega del amor. Hizo un gesto de despecho a su gemela del azogue que le contestó al unísono, como solidarizándose con aquel pensamiento impreso, aún no formado, que obscurecía más la sordidez del ambiente.

Se puso su negligée, quizá ya de inútil transparencia y se mojó los labios y los pómulos con agua fría, tratando de perder el tiempo o quizá ganarlo en esa pequeña tregua que le deparaba su intimidad, frágil tregua que se rompería apenas abriera la puerta. Se demoró aún más lavándose los dientes y escrutándose con maligna complacencia las oscuras y pequeñas arrugas que empezaban a aparecer a los lados de los ojos, se aplicó la crema esotérica, cuyo brillo, al entrar nuevamente al cuarto, fulguró como un espejismo.

Cuento

Martín ahora la miraba sosteniendo con obstinación el vaso, tratando de que su mirada y el vaso se convirtieran en aquel precario mensaje de rencor que desde hace tres meses revoloteaba como mariposa negra en el pequeño cuarto sin ventanas. Simone rehuyó la mirada, levantó apenas las cobijas de aquel campo de combate e introdujo suavemente sus caderas, sus piernas, tratando de no tocar aquel bloque de hielo que huiría al primer contacto. Tomó del velador su cuaderno de apuntes y empezó a escribir.

—Apaga la luz —dijo el hombre transfigurado.

—No puedo —dijo Simone— debo preparar la conferencia de mañana.

—Tú nunca escribirás nada bueno —dijo el hombre— apaga la luz.

Simone se volvió y enfrentó su mirada:

—No voy a apagarla, no puedo quedar mal esta vez.

—Quedarás mal si escribes —contestó el hombre con voz dura —¿De dónde te ha salido este nuevo amor por la ciencia?

—De ti, tú me has enseñado todo, yo solamente estoy tratando de tomar la posta —dijo Simone adulzando la voz con esperanza—, no creo que lo haga tan mal, me acaban de dar otro contrato y debo prepararme. Si tú quisieras...

—Yo no quiero nada. Quiero dormir. Apaga la luz.

Simone se levantó, fue hacia el interruptor y lo apagó. Cien caballos encabritados la llevaron de regreso a la cama, cien caballos con los ojos vendados en la oscuridad total. Ahora ya no tuvo reparos en acostarse bruscamente a su lado, pero al rozar aquella pierna peluda se electrizó y se viró violentamente. Momentos después llegó el silencio apenas roto por el chisporroteo de un cigarrillo que se consumía aparentemente solo en el aire espeso, como un saltimbanqui de hilos escondidos.

Años atrás se habían conocido y enamorado en la Universidad de París, luego el hombre la transplantaría a estas regiones de América y ella quizá nunca pudo recuperarse de ese desarraigo, de esa imperceptible melancolía que en el sueño se transformaba en los barrios de *Montmartre* o en los *Campos Eliseos*. A veces Simone añoraba la ternura de las primeras épocas, el amor encontrado mientras recorrían las páginas de las ciencias sociales, la seducción que le producía su inteligencia brillante, esos celos infantiles, escondidos, de aquel Oteló andino cuyo

orgullo no le permitía manifestarse, y recordaba también, en las noches de pesadilla (que no eran pocas), el rostro velado de la madre del hombre, madre única de hijo único, cuya mirada convertía en araña las cosas que tocaba.

Fue afán del principio, la curiosidad de entrar en aquel espíritu diferente, orgulloso, moldeado en el mismo de la beatería provinciana, en el arrebujaamiento que producen las montañas, en el frío esencial de los páramos, en la vanidad y la machería del instinto. Simone se abandonó entonces a ese corcel que no reconocía más autoridad que sus espuelas, se dejó dominar pensando en la secreta sensualidad de lo novedoso, de lo folklórico, cosa nueva y deslumbrante para ella, dejó que la agite y la humille, y se fue imperceptiblemente enamorando de ese amor de riendas grotescas que consideraba la entrega como una debilidad. Comprendió entonces que lo que buscaba ese inca moderno era lavarse viejos rencores, viejas humillaciones, tan viejas como la historia de esta parte del mundo y le entró al juego hasta llegar a parecerse, hasta llegar a olvidarse de los *Campos Eliseos* y del *Boulevard de Clichy* suplantarlos por la cordillera andina o las lagunas de Ozogche.

La magia exuberante, la fuerza telúrica, habían agitado su sensibilidad lineal, su cotidiana inteligencia, su fría sensualidad.

Ahora la reminiscencia había llegado con dolor, con morosa resignación. Puesto que la huida, la vuelta a *La France* constituiría un nuevo fracaso, decidió entonces que el único camino para salvarse era la humillación y empezó a ser esa obscura segundona, cumplidora impasible de los mandatos de su señor; aquella guaricha trasplantada que cuidaba las cacerolas del combatiendo para en la noche entregarle la medalla dorada de su desnudez. Bebiendo de su savia había aprendido la lección y ahora se miraba en esta noche, fortalecida, auténtica, desafiante.

El amanecer encontró a Martín con los ojos abrazados, indómitos. Simone a su lado aún tenía la mueca cansada del que ha luchado con múltiples titanes. Al despertarse lo miró asombrada, acercó su mano a la frente del hombre, «estás con fiebre», le dijo.

—No es nada —dijo el hombre— alcánzame el ron.

—¿Qué pasa? ¡Por favor! ¿Qué pasa? —gritó Simone.

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Cuento

—No pasa nada —dijo el hombre— ni siquiera el maldito tiempo pasa.

—Si volvieras a escribir... si quisieras...

—Suficiente con una estúpida que lo haga, pásame el ron.

Simone se levantó, se dirigió al closet y sacó una maleta grande, empezó a llenarla desesperadamente con lo que encontraba:

—Me voy —dijo— no lo soporto más.

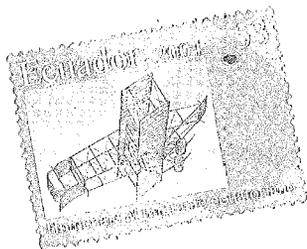
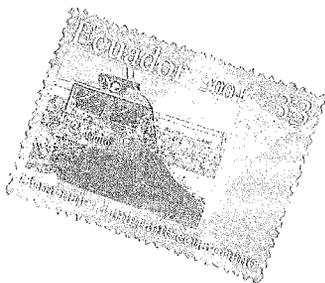
—Claro —dijo el hombre— ahora ya estás disparada. Y prendió un tabaco negro. Oía a sucio, a sudor, a soledad. Simone lo miró por última vez buscando inútilmente en aquel rostro algún gesto, algún ademán que le devolviera al tímido muchacho del *Café La Concorde* y finalmente se dirigió a la puerta.

El hombre se incorporó, la llamó con inubicable tono.

—¿Qu' est-ce que c' est? —dijo Simone con la mano en el picaporte.

—...nada... balbuceó el hombre volviendo a recostarse. Llévate los libros.

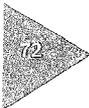
Cuando el eco del portazo dejó de sonar en sus oídos, el hombre se levantó trabajosamente y se puso a buscar el rencor, gratuito, misterioso, irreconocible, que yacía con su máscara escondida en la tela de araña tejida hace diez años por los dos.



## Sobre miedos y sismos (fragmento)

de «Sobre miedos y sismos», 1993

FILOTEO SAMANIEGO



Por ser tan cierto lo descrito tengo temor de que todo esto que relato pierda categoría y me veo obligado a no revelar las cosas, o a verlas de modo diferente. Así fueron y no hay remedio. Dañarlas, transformarlas, sería insensato. ¿Componerlas de otro modo, resolver el pasado volviéndolo fantasía o arbitrio y dar paso a juegos de mi propia especulación? Asimismo peligroso. Pero me animo al reto, trato de repetir lo sucedido, lo que me dijeron aquellos que fueron testigos; de mezclarlo con otra verdad, la mía, ausente al acontecer, y contar las cosas como las vi desde la enorme distancia de mi alejamiento, pues las noticias que recibía conformaban mi versión personal, y las sentí y viví de ese modo, como acontecía cuando el noticiero filmado entrega imágenes de algún hecho, en blanco y negro, y asisto y me siento presente en la medida de lo que he podido ver, o como cuando una carta me describe lo sucedido con lujo de detalles y yo la leo elaborando la versión de las cosas, para mí casi exactas, reales, claras.

Ahora intento relatar lo no vivido y prefiero la memoria de los recuentos escuchados, la suposición de lo que cada cual consideró como única noticia, como único testimonio. Soy, pues, cronista, relator de hechos y anécdotas, procuro ponerme el alma en el bolsillo, meterme en las vidas y en los problemas en los que no intervengo directamente, hacerlos míos y convencerme de que los he vivido. Estuve tan distante y me conmovieron tan profundamente las circunstancias, las noticias del drama lejano. Me hallaba, entonces, desesperado por recibir la primera noticia concreta, precedente no ya de agencias internacionales, sino de mensaje familiar, captando la onda del radio lejano con la dificultad de poder sintonizarla, buscando en el dial la sintonía de la emisora del país, a miles de kilómetros, cuando lograrla era cosa de milagro. Se podía escuchar Quito, desde París, en 25 ó 40 metros de la Onda Corta, con una diferencia de seis horas, a las doce de la noche la emisión de las seis de la tarde, a las tres de la mañana la de las nueve y a la mañana siguiente, universidad y sesiones de trabajo, biblioteca de

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Cuento

consulta a la que llegaba todavía lagañoso, mal desayunado, fatigado por la prisa de no perder el metro y terminar, en el trayecto, la lectura del capítulo señalado como lección, todavía ignorante del francés, tratando de que me dure hasta el fin del mes la beca de estudios insuficiente para otras cosas que no fuesen el alquiler del cuarto, el desayuno de propia invención, las comidas que sólo podía recibir en el restaurante universitario porque cualquier fantasía en otro lugar significaba una semana de angustia.

Solo, en mi cuarto, en la interminable soledad de mi exilio voluntario, decidido a estudiar en Francia, ajeno a las costumbres y a las expresiones, atónito ante el país y la ciudad deslumbrantes e imposibilitado de gozar de sus deslumbramientos, pequeño frente a las dimensiones desproporcionadamente grandes del mundo que se me oponía, del lujo y de la lujuria exhibidas en cada vitrina tentadora, pobre de datos sobre el lugar, carente de noticias actuales del país lejano, desconocedor todavía del visitado, vivía en la desazón de la total impotencia. Yo, provinciano, exótico, limitado, ganador de oportunidades fuera de mi alcance, situado allí, en el centro de una cultura avasalladora, incauto espectador de esplendores, me hallaba al borde de la desesperación, como sucede con tantos otros «aprendices de brujo» que reciben bolsas de estudios y se lanzan, por sus propios medios, a descubrir el mundo enorme existente fuera del pequeñito nuestro.

El país propio estaba tan a la medida de mi vida, era tan acorde con la intimidad a la que me pertenecía, montañas circundantes por todos lados y, de vez en cuando, algo de trópicos y mar, cárcel natural de la que no intentaba salir y en ella prologaba una monotonía amable, una esperanza de ir fuera algún día, sin mayor urgencia, un conformismo que parecía conveniente y aceptable, que no exigía mayores esfuerzos, que daba respuestas sencillas y soluciones fáciles. Sentí, por primera vez, aquello de la nostalgia; comprendía, por fin, la «saudade» portuguesa, la «morríña» gallega, y trataba de definir, en el diccionario y en la mente, el sentido exacto de la soledad, del mal del país, del alejamiento, del exilio.

Antes, durante mi adolescencia, niño mimado de la vida, no supe lo que se llama una angustia permanente, los problemas eran de otros, las tristezas de otros, la pobreza, de casi todos los demás, absurdo egoísmo de las juventudes

privilegiadas de nuestro continente, sin aprictos, todo pagado por papá, sólo unos pocos bien vestidos, bien alimentados, con vacaciones en la hacienda de la familia o en el apartamento de Salinas, yo entre ellos, ex-alumno del Doctor Borja, uniformado escolar con un terno mitad smoking, mitad frac y gorra de policía germano, ex-alumno del colegio jesuita, colegiales con cachuchas y birrete inconfundiblemente falangistas, copiados de las huestes de Franco y Primo de Rivera, como para que nos acostumbráramos a un futuro de fascismo permanente, llenos de cultura humanista implantada a cuenta gotas, de memorismo y versos recitados que constituían las únicas aproximaciones de Calderón, Shakespeare o Espronceda, o más recientemente de los poetas «decapitados», o del teatro de Benavente, siempre predestinados a futuros imposibles, presidentes de cualquier cosa aún cuando fuese de la república, alcaldes, obispos, jueces, banqueros, y todo para terminar sin ocupaciones definitivas, cosechadores de papas, chulqueros, gerentes de banco, empleados municipales o alcahuetes de todos los gobiernos, sin título y con sueldos de miseria.

Llegué, me tocó llegar, a París, a estudiar algo, a observar mucho. A duras penas la boca me dejaba otras alternativas que las del curso gratuito, la vivienda en la Ciudad Universitaria, rosas, no, una rosa, para cualquier nuevo intento de corteía o de conquista amorosa, libros de colecciones baratas o adquiridos en las estanterías de un vendedor de viejo y algún plato obligatorio del menú a precio reducido. Vivía al día, en efecto, con la mínima provisión de billetes de metro, bufanda y paletó para los inviernos, camisa nylon de lavado diario para todo el año. Levantarse, pasar el café en el filtroalcetín, tomar el metro, llegar con retardo a la facultad, copiar notas en francés con faltas de ortografía, pasar o no pasar exámenes, y en todo caso, siempre alrededor de la nota mínima, amar, por contacto de pupitres, a la estudiante vecina y acostarse, a lo mejor, con ella, tímidamente, ver el paso de las estaciones, sorprenderse con la primera caída de la nieve, con la floración primaveral de los castaños, con la canícula de julio, y patear las hojas secas de un septiembre otoñal, eran hechos y etapas que se prolongaban y repetían, tanta fue la duración de mi estadía en París.

Y amé esa ciudad no por lo que los diarios decían de ella, pues había otras cosas más dignas de considerar, por ejemplo lo que no decían los diarios, y no

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Cuento

podía ser de otra manera. Llegué a lo mínimo, a lo poro, a lo preciso, a lo esencial. Ir al museo me salía barato e iba a los moscos; recorrer los muelles del Sena estaba a mi alcance —y los recorría; mirar vitrinas y estanterías me excitaba sin costo adicional, y allí me quedaba por largos instantes; cruzar un jardín no me causaba gastos y en alguna banca del Parque de Luxemburgo, por allí, al amparo de la noche, la pequeña dependiente de una panadería me dejó hacerle el amor callada y clandestinamente, cuando los castaños soltaban sus primeros retoños desde sus muñones podados, raras visiones vegetales de un mundo en espera.

Todas éstas eran etapas de mi acontecer cotidiano lejos de la imagen de lujo y desbordes que solía darse de París. Mi lujuria obligadamente fue barata, sencilla, por ejemplo comer cartuchos de castañas calientes al filo del invierno, contarle a la camarera de turno mis tristezas y escuchar, a la vez, las suyas, caminar solo por las largas avenidas silbando el ritmo de mis pasos y entonando algún aire de la tierra que se me grababa en la memoria, de manera obsesionante, leer un libro, leer otro libro y retener de ellos alguna frase de especial hermosura:

«...El tiempo de un seno desnudo entre dos camisas...»

El cuarto en el que me alojé era mínimo, suficiente para el lecho, el velador, una mesa escritorio, ducha y retrete, y una ventana, que fue mi bien particular, pues dominaba el jardín de enfrente. Desde mi habitación, que daba sobre la calle principal de la ciudad universitaria, miraba cosas, muchas cosas: pasaban las princesas inglesas en visita de juerga a París, en Rolls-Royce descapotable, el sha de Irán con aire de chofer de taxi; Faruk, ya gordo de tanto exprimir a Egipto; Bao-Dai, entre uno y otro casino; el cardenal Roncalli, futuro Juan XXIII, papa de mayor cuantía, y hasta el exótico y vandálico dominicano Rubirosa, autor y ejecutor de hazañas sin nombre y sin ley en el mundillo de la post-guerra. Pasaban miles de desconocidos que, luego, serían primeros ministros, grandes pintores, grandes sinvergüenzas, científicos atómicos, guerrilleros y revolucionarios, asaltantes de barrio o maridos de riquísimas mujeres. Mi ventana era el mejor observatorio de las grandezas y miserias, y yo, tras de ella, me sentía testigo de

hechos aún no suscitados o de otros ya conocidos, cronista de un mundo aún no determinado, incompleto y en plena formación, estaba colgado sobre una historia que agrandaba mis ojos deslumbrados. En el fondo, aprovechaba la posición estratégica de mi balcón, pues, por ahí, abajo, se producían hechos y transitaban personajes en gestación y yo, en pijama o a medio vestir, los veía circular, sin inmutarme, sin que supiesen que trataba de escrutar su pasado y su futuro. Aunque tampoco ellos sabían que, tras de esa ventana, yo, su observador, situado en palco de primera, ejercía esas funciones porque me había ya consumido el último billete de metro, el último vale para el restaurante, y, desde entonces, hasta el fin más o menos próximo del mes, me era imposible programar, escapar y no me quedaba otro remedio que agotar la reserva de arroz y caminar los diez kilómetros que me separaban de las aulas universitarias. Sin embargo, me bastaban. Me arreglaba en todo como podía y el menú de las comidas variaba entre arroz con culos Maggi, arroz con alverjas, arroz con sardinas, arroz con pan, sopa de arroz, arroz con arroz. Este enorme capital de reservas se debía a los envíos que recibía del Ecuador, junto con unas libras de café, unas barras de chocolate. Era la categoría alimenticia del estudiante que aún portaba cartas de racionamiento, últimas supervivencias de la guerra pasada, y la mía llevaba la sigla J-3, ni mayor de 21 ni menor de 19, con derecho a leche que nunca encontré en las tiendas, a media palanqueta de buen pan francés, a medio kilo de margarina y medio queso *camembert* por mes. Sin embargo, vivíamos —no cabe decir sobrevivíamos—, y la necesidad constante de otras cosas inabordables tenía el don de hartarnos con lo que poseíamos. Éramos muchos, de todas las nacionalidades, el mexicano Moctezuma —nombre que le iba al pelo—, el polaco Radoszki, el gringo Williams, el danés de nombre imposible de pronunciar ya que exigía una musicalidad que nos era extraña, y tantos otros, todos candidatos a genios; y por supuesto, los amigos argentinos, el payador, el sicólogo, el gigoló, el rosarino, cada cual fraterno y desbordante.

—Yo soy amigo de Borges —Yo, ficha mayor de rugby —Yo, ayudante del doctor Konanz, candidato a premio Nóbel —Yo, el mejor amante latino. ■

## El desertor

de «La muerte siempre gana», 1995

PEDRO JORGE VERA

Apenas me habló, por el acento me di cuenta de su nacionalidad. Tras indicarle la dirección que me pedía, le pregunté:

—¿Colombiano, no?

—Eso mismo. Recién llegado...

Siempre curioso por la vida en otras tierras, quise armarle charla, pero él la eludió y se perdió rápidamente en el tumulto de la acera.

Volví a verlo en un supermercado, cuando introducía subrepticamente en el amplio bolsillo de la chaqueta una ornamental cajita de bombones. Al saberse descubierto, con la mirada y la sonrisa me solicitó complicidad, que se la ofrecí con un guiño. Se me acercó cuando salíamos del establecimiento, provisto él de una bolsa con dos enormes panes.

—Gracias —me dijo.

—No vale la pena. Pero... es peligroso.

Sonrió tristemente.

—Estoy acostumbrado al peligro.

Lo contemplé a mis anchas. De complexión mediana, debía andar por la cuarentena. Sus ropas hilachentas me delataban la pobreza que confirmaba su rostro raciturno. Dimos unos pasos en silencio y entablé conversación.

—¿Ha venido a quedarse?

Me miró largamente a los ojos, con ánimo inquisitivo.

Debí complacerle el examen.

—Hábleme de Colombia. ¿Cómo está la situación?

—Peor que aquí... mejor que aquí... Todo es la misma mierda.

—Pero la situación económica no es tan mala allá. Menos inflación, mayor producción...

Rió sarcásticamente con un desagradable sonido metálico.

—¿Usted también cree en esos cuentos? La balanza de pagos, el incremento de las exportaciones, la reserva monetaria... Lo que dicen los periódicos...

—Bueno, pero los números son los números...

¿Y usted cree que con números come la gente? Deles números a los gamines, a las putas, a los desocupados y seguirán igual muriéndose de hambre.

Me interesó su protesta airada.

—*Tomemos un café* —propuse.

Consumiendo nuestras tazas, como si el líquido hubiera roto las distancias, el coloquio se tornó más franco y espontáneo.

Me dijo llamarse Norberto Díaz, ser nativo de Buenaventura, haberse iniciado en los estudios de Medicina, «que los dejé cuando todo comenzó a apesarme». Quiso saber de mí y cuando le di someramente mi curriculum de joven rebelde, se le iluminó el rostro, ordenó la repetición de los cafés, sacó una cajetilla de Piel Roja, me convidó y cuando estuvimos exhalando humo, se explayó:

—Como me inspira confianza, si usted es un subversivo en ciernes, puedo hablarle a calzón quitado. —Fumó largamente, tosió y prosiguió—: Yo vengo de la guerrilla, del M-19, después de pelear arrechamente más de seis años. Hasta una herida tengo, aquí en el muslo...

Pareció querer alzarse el pantalón para mostrármela, pero no se atrevió.

—Fue cuando asaltamos la Corte y hubo esa balacera del carajo. De todos modos, tuve suerte porque no fue más que un rasguño.

Se interrumpió para sorber su café y yo pregunté:

—¿Y ahora? ¿Fugitivo?

—¡Qué va! —Hizo una pausa y otra vez me miró fijamente— No me avergüenza decírselo: más bien, desertor.

Debió notarme sorpresa y desilusión porque se apresuró a explicar:

—Deserto porque a mis compas les ha entrado la mariquera y quieren convertirse en partido para luchar por la democracia y todas esas vainas, para ir a las elecciones y hacerse diputados. Igualitos a los viejos liberales...

—Será porque no han logrado nada después de tantos años... Porque la guerrilla se ha vuelto obsoleta...

Cuento

¿Y qué cojones? ¿Acaso que nos fuimos al monte para conseguir cosas? Fuimos para destruir el aparato de pudrición que domina a Colombia desde antes de existir. Y esa pudrición también se llama democracia, también se llama libertad.

Exaltado, elevó la voz para despotricar contra su país. El pasado y el presente eran una farsa sangrienta armada por liberales y conservadores para exprimir a un pueblo aplastado pero no extinguido.

—Por eso se produjo el bogotazo. Cuando mataron a Jorge Eliécer, el Jefe, el único político decente que hemos tenido, la gente estalló porque sabía que era un hombre que jamás volvería a parir mujer alguna. Yo estaba recién nacido y mi padre sucumbió en la pelotera porque, asesinado Gaitán, había que pelear hasta la muerte. Pero mi madre, que también era gaitanista de rompe y raja, me crió en el culto al Jefe. Crecí respetándolo, venerándolo, adorándolo, diciéndome que aunque él nos faltaba, teníamos que serle leales y continuar su camino, luchando sin tregua con sus consignas: ¡A la carga! ¡Pueblo contra trincas! Esto quería decir que no se podía transar ni conciliar con las oligarquías, ni con la conservadora ni con la liberal, que habían venido almorzándose al pueblo durante más de un siglo. Por eso dejé la Medicina: lo que necesitaba el país era de urgencia y la terapéutica lenta de cataplasmas no servía para nada. Me uní, pues, al Movimiento 19 de Abril y allí me fajé hasta ahorita cuando los dirigentes se han dejado embaucar...

Militante de fusil al hombro, Norberto Díaz se había entregado al combate con pasión y disciplina. Junto a él, su mujer, una guerrillera infatigable («para ella son los chocolates que me vio empuñando, delira por los Peruggina»). Avances y retrocesos, victorias y derrotas, júbilos y aflicciones: fueron partícipes de toda la gama de sentimientos que depara una arremetida guiada por una bandera de locos.

—Locos como todos los santos, amigo, locos de atar, locos sin vuelta, locos sin remedio. Y de pronto salen a querer curarnos, como si esa locura fuera una enfermedad y no una religión como lo es. No fue el cansancio, no. Los verdaderos posesos no conocen la fatiga porque los domina Dios o el Diablo. Fue que los dirigentes, de tanto escuchar las cancioncitas que les cantaban los guitarreros del muladar, comenzaron a tararcarlas hasta que se les pegaron y cuando nos

Cuento

asesinaron a Pizarro, ya no clamaron venganza sino que ofrecieron perdón, y un buen día se ponen a bailar al son que les tocan: en lugar del bambuco revolucionario, el rock de la amistad y el contubernio con los asesinos de Jorge Eliécer.

—Participar en la vida democrática no equivale a contubernio...

—¡Sí lo es! Una democracia en que las elecciones son amañadas con propaganda y con plata por dos trincas que se turnan en el poder, no es democracia sino plutocracia camuflada. Nos alzamos en armas para terminar con esa falacia e instaurar una democracia verdadera. Y si aceptamos participar en la pantomima, a sabiendas de que lo es, somos cómplices del engaño y la mentira.

Me conmovió su iracundia. Sin embargo, le objeté:

—Cuando no es posible el cambio revolucionario (y más de cuarenta años de lucha armada en Colombia demuestran que por ahora no lo es), sólo quedan dos caminos: dormirse o aceptar las reglas del juego de la democracia representativa.

Después de golpear enérgicamente la mesa y proferir un carajo, se levantó de un salto y se marchó. Al observar que, en su arrebato, había olvidado los cigarrillos, quise devolvérselos pensando que le harían falta, pero cuando salí a buscarlo había desaparecido.

Su corajina me fue desagradable. Transcurrió algo así como un mes sin que volviera a toparme con el colombiano. Y una mañana se presenta en mi casa una mujercita esmirriada y pálida, que me habla titubeante:

—Me manda Norberto Díaz... ¿Se acuerda de él? Soy su compañera... Píde... que lo ayude...

—¿Qué le pasa?

—Está detenido... *Lo cogieron en la calle... Por indocumentado... Se nos venció la visa... Ha podido mandarme el recado de que lo busque a usted... A mí no me cogieron porque estaba en casa...*

La faena no me entusiasmba, pero no podía negarme tratándose de un hombre cuya fiera, aunque fastidiosa, tanto me conmoviera, menos aún al conocer a esta mujer, imagen viva de la penuria y el desamparo. Con mis escasos conocimientos de la maquinaria burocrática, hice cuanto pude para tratar de evitar la expulsión de la pareja, alegando hasta su condición de desertores de la guerrilla.

Todo inútil. Lo único que conseguí fue que se me permitiera ver a Díaz en la prisión.

Más reducido física y anímicamente, una sensación agónica se leía en sus ojos.

—Al menos vuelve usted a la patria —dije para reanimarlo.

Su sonrisa hostil fue un reproche a mis palabras.

—En el Ecuador siquiera era extranjero, no podía ni me sentía obligado a meterme en política. Aquí trataba de ignorar lo que pasa en Colombia. Pero allá... Me envenenaré minuto a minuto oliendo la porquería, viendo a mis camaradas transformados de guerrilleros implacables en diputados barrigones, en señorías ceremoniosas y charlatanas.

Quise calmar su furia.

Como son revolucionarios, lo seguirán siendo en el Parlamento...

Sonó su risa percuciente.

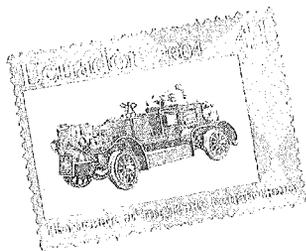
—La infamia es contagiosa, pasosa como dicen ustedes. ¿Qué revolución le puede quedar a un hombre circundado de piratas, menos que eso: alimañas, politiqueros de última ralca?

Quien con lobos se junta, a aullar se enseña...

—¿Qué piensa hacer, entonces?

—No lo sé. —Se interrumpió unos segundos, la torva mirada clavada en el suelo— Gritaré, robaré, mataré... Cualquiera cosa antes que prostituirme...

No encontré palabras para continuar el diálogo. Le estreché la mano y le palmé la espalda, a lo que él respondió firmemente. Salí de la celda con la sensación de que Norberto Díaz tenía trazado su destino mejor que yo el mío. Por lo menos, él sabía qué hacer con su vida: sacudirla u ofrendarla. ■



## Juego de solitario y final

de «Máscaras para un concierto», 1986

RAÚL VALLEJO

Llegué de la costa al anochecer. Había salido de allá a la media tarde, con la piel enrojecida y ardiente, pegajosa todavía por el agua de mar y arena en los zapatos; deseaba, para calmar el dolor de cabeza que sentía venir, llegar a mi departamento cuanto antes, pero el bus quedó atrapado más de dos horas en el embotellamiento de fin de semana. Me latían las sienes cada vez con mayor fuerza y el roce del cuello de la camisa con mi nuca era insoportable; no podía bajar a caminar por la carretera, ni siquiera moverme, y aunque por suerte pude conseguir una ventana, desde ahí sólo lograba contemplar a medias a la gente que viajaba en sus propios vehículos y circulaba a nuestro lado con algo más de fluidez y aparentando felicidad. Todavía estaba borracho y con los párpados entrecerrados veía pasar el lento desfile de los propietarios como figuras borrosas. Todos fingían alegría porque no se atreven a escarbar en sus vidas, porque ni siquiera se miran bien ante un espejo. Iban enfadados contra la Comisión de Tránsito, un niño de cabeza descomunada se hurgaba la nariz, cierto señor se rascaba con fruición en la entrepierna, cuatro jóvenes viajaban sobre una discoteca ambulante llena de humo, una muchacha en pantalones calientes y con unas piernas mordibles reía, como si estuviera sola en una isla desierta, de las estúpidas ocurrencias de su amigo conductor cuya lengua, seguramente, ya habría probado la secreta acidez de la risueña. La soledad me ha convertido en un fisgón del prójimo, actividad que, por otro lado, mitiga en algo mi aburrimiento. El sol de las cinco de la tarde parecía conspirar contra mi piel quemada y mi vecino de asiento no abandonaba su apesadumado cigarrillo negro; adelante, una mujer de aspecto vulgar insistía en pegarle a su chico, que berrecaba pidiendo teta, para que se callara de una vez por todas; atrás, dos jóvenes de pelo necio conversaban a gritos en medio de la música estridente de su enorme grabadora. El malestar se había extendido de las sienes a la coronilla y amenazaba con dominar toda la cabeza. No existe día que el dolor me abandone; en medio de su acoso, recuerdo a Alicia teatralmente vestida y

Cuento

sentada tras unas gafas enormes, con esa impaciencia que delata a las mujeres cuando andan detrás de una aventura. Antes de conocerla solía instalarme en el bar del *Palace* a esperar que se presentaran las oportunidades; generalmente pedía un *vodka tónico* con el que me acercaba a la mesa donde alguna mujer evidenciaba una cita fallida. Las mujeres despechadas son presa fácil, un poco estiradas al principio van cediendo ante la insistencia de uno hasta que, finalmente, como si echaran una funda de basura en mitad de la calle, acceden a meterse en las camas redondas de cualquiera de los moteles de la carretera; eso sí, pocas veces se llega a saber nuevamente de ellas, por lo general han dado nombres falsos y si de casualidad, lo que no es probable, las topamos acompañadas en algún otro sitio, ni siquiera nos miran; es cuando dan ganas de acercarnos al tipo y decirle, *tu mujer se acostó la otra tarde conmigo mientras estabas en tu oficina*. En todo caso, que finjan indiferencia no importa; ya logradas las mujeres dejaban de interesarme. A fin de cuentas, la vida es un juego que comienza y termina en la cama. Con Alicia fue distinto; desde el principio comprendí que era ese tipo de mujer que a uno lo hace sentir como si fuera un perfecto idiota. Al tiempo que iba llegando de la costa, la cabeza se me fue poniendo completamente pesada a tal punto que comencé a quejarme en voz baja y gutural por el dolor. Los demás pasajeros me han de haber visto con una mezcla de compasión y asco. Cuando llego a ese estado suelo apretar los párpados hasta sentir en mi cerebro una serie de esferas moradas en órbitas que parecen emerger del espacio y presiono tres dedos de cada mano contra mi rostro, ubicándolos sobre los pómulos, las cejas y en el centro de la frente hasta alejar, por unos instantes aunque sea, su intensidad. Si persiste, repito mentalmente las recomendaciones del instructivo del Vendedor Estrella: "Excelente presencia personal: use colonia en cantidades discretas, combata el mal aliento, ¿le gustaría hablar con una persona que despide malos olores?; conocimientos básicos de cultura general: lea con frecuencia buena literatura, *Selecciones*, por ejemplo, opine acerca de cualquier cosa en términos vagos, recuerde que lo importante no es lo que usted diga sino complacer al cliente, sea cortés en el trato personal; aprenda de memoria las cualidades del producto propio; usted tiene que estar convencido de que lo que vende es lo mejor; recomendaciones varias: entre otras, escuche al cliente aunque su charla le aburra". Pero ya ni

siquiera esto me sirve de alivio y tiendo a confundir deliberadamente las instrucciones: buena presencia en cantidades discretas, sea cortés con el mal aliento, evite los malos olores, *Selecciones*, por ejemplo, lo que resulta verdaderamente terrible para mí que soy un vendedor profesional de publicidad y en mis tarjetas de presentación está mi nombre en cursivas: *Héctor González*; y, abajo en minúsculas: *ejecutivo de ventas*. De todas maneras, eso tampoco importa; hace tres meses perdí el empleo y las tarjetas únicamente me sirven cuando quiero alardear en alguna cantina delante de tipos desconocidos a los que he invitado a beber, o cuando abordo a una dama, de evidente reputación dudosa, en el centro de la ciudad; y para el dolor de cabeza he encontrado un remedio transitorio pero eficaz: la bebida. Bebo con avidez; antes, cuando estaba solvente, whisky o vodka, ahora cualquier cosa, trópico, cristal; bebo hasta perder el sentido, como esta mañana que me quedé dormido en la playa después de haber pasado toda la noche acabando una botella de aguardiente y, en medio de mi delirio, siempre estaba presente Alicia, su negativa para acostarse conmigo la primera tarde y el compromiso de una nueva cita. Estoy sola en medio de la opulencia, me confesó mientras tomábamos el clásico café que los hombres brindan a la dama que está siendo conquistada. Me contó que tenía dos hijos, la parejita con la que todos soñamos, y que su marido era un importador nacido en la era petrolera, o sea un contrabandista con crédito en el banco, socio del Yatch y afiliado a la Cámara de Comercio; al decirlo rió repleta de sarcasmo. Yo pensé en ese instante, que me había tocado el sueño dorado de todo seductor: la señora millonaria que nos mantiene a cuerpo de rey, ejemplares que la ciudad había comenzado a producir desde hacía quince años cuando empezó a vestirse de edificios inmensos y crecía intentando llegar a la estatura de aquellas otras ubicadas en el planeta para ilusión de los hombres: Nueva York, en la mente de los que quieren trabajar dos años reuniendo dólares; París, punto obligado de turistas que recorren Europa en doce días visitando doce capitales; Roma, concentración de jubilados beatos. Los ciudadanos la sentimos como la niña que está aprendiendo a caminar sobre tacon alto. De repente, la avenida principal se convirtió en un monumental juego de neones y la gente se acostumbró a conversar con los rostros de cambiantes tonalidades verde, lila, rojo, otra vez verde amarillo, otra vez lila. El dinero no era

Cuento

problema para nadie, *nice time*, decíamos. Yo mismo equipé un departamento, compré a crédito un *Datsun 120Y* y disfrutaba de holgados fines de semana; los negocios subían como la espuma de la cerveza y por mi habilidad solía ganarme casi todos los meses las bonificaciones del Vendedor Estrella. Cuando no resultaban las conquistas en el *Palace*, todavía quedaba la posibilidad con las oficinistas que esperan colectivo a la salida del trabajo y cuando ni eso, los cabarets de la ciudad permanecían abiertos de par en par con mujeres de todo tipo, dispuestas a satisfacer distintas clases de exigencias. Esta noche, en el trayecto de la estación de buses hasta mi departamento, he visto de golpe más oscura a la ciudad; antes, la gente paseaba por las amplias aceras tomando helados y exhibiendo una moda recién importada, las vitrinas de los almacenes se mostraban con impudicia en constantes ofertas y promociones. Esta noche, la ciudad está tranquila aunque creo que comenzó a tranquilizarse desde hace algunos años: nada de carros, poca gente y las vitrinas con precios exorbitantes. Veo a las personas repletas de poses y cubiertas de máscaras al final de una fiesta, con los trajes arrugados y los peinados caídos, los pies ampollados y la boca agria. Alicia solía decir que detestaba la mentira y que ya no se hacía ilusiones con nadie, sólo los perros son fieles y a veces ni ellos, sentenciaba con amargura. Una tarde la encontré en mi departamento; al verme sorprendido me lanzó el desafío a quemarropa: *si no quieres me marcho para siempre en este momento*. Hasta ahora no entiendo qué mecanismo en mi interior, qué sentimientos escondidos actuaron en mí. Yo, que sabía que el compromiso y la rutina mataban la pasión, que la mujer de otro que quiere vivir con el amante debe de estar medio loca, aún más si el marido es poseedor de cierta fortuna y el amante, a fin de cuentas, es sólo un producto de regular calidad que sabe la mejor manera de venderse; yo, que había vivido lo suficiente como para comprender las actitudes caprichosas de las mujeres traicionadas por los maridos y la manera como la venganza es ejercida por éstas sin permitir un mínimo de piedad, no pude negarme a que se quedara. Y, como si aquello fuese de celebrar, pasamos la noche entera entrelazados, copulando con furia, con ternura, bebiendo vodka hasta el desvelo, convirtiéndonos durante la madrugada en una necesidad del uno para el otro. Entiendo que es infantil, pero cada noche que llego al departamento todo el cuerpo me palpita pensando que

ella pudiera haber regresado; hasta he leído con interés el horóscopo para ver si encontraba algo que dijese: "Hoy día un viejo amor lo estará esperando en su departamento, no deje escapar la oportunidad". Tampoco puedo hablar con nadie. A los amigos no les interesan nuestros problemas más que como chisme de reunión: les cuento que Alicia abandonó a Héctor. El dolor no tiene cabida porque todos nos mostramos duros hasta el exceso: yo no me dejo de nadie; le pegué una paliza a mi mujer porque supe que me traicionó y ahora me estoy divorciando; nos chupamos una de Johnny negro. Mientras caminaba con el cuerpo molido maldecía haber perdido el carro. La verdad es que sin empleo, con deudas vencidas y sin ánimo para nada, venderlo me pareció la mejor opción; incluso tuve que suprimir las tarjetas de crédito porque las agencias se negaron a renovármelas; últimamente los periódicos están llenos de avisos judiciales citando a los deudores que creyeron que la tarjeta de crédito era la varita mágica que haría brotar el dinero en medio del desierto. Esta noche he visto la avenida principal habitada por seres inéditos: una señora obesa estaba sentada en la acera, arrimada a la pared de una boutique y con unos fierros ortopédicos en las piernas, vendiendo lotería, cuatro niños negros rodcaban a los transeúntes que se detenían en el restaurante a comer, un viejo desperdigaba sobre un saco de yute toda clase de desperdicios apañados con paciencia durante el día; sin poder resistir más tiempo vomité junto al poste de una esquina sin importarme la poca gente que pasaba y que me veía desde lejos con temor de que los atacase. Después de vomitar, la boca me quedó con el sabor amargo de la bilis y decidí meterme en el primer bucco que encontrara para seguir bebiendo. Ella me lo dijo desde el principio, con mi marido hemos resuelto separarnos por un tiempo para ver qué tal nos va, no quiero que nos hagamos ilusiones; pero yo pensé que se trataba de pura fanfarronería de mujer orgullosa que no quiere reconocer que se ha enamorado y está dispuesta a dejarlo todo. Al terminar nuestra artificial luna de miel, como decidimos llamar a esos días en los que pasamos desnudos, haciendo el amor en cualquier rincón del departamento, ensayando posiciones y dejándonos marcada la piel con enormes moretones, sentí que algo había cambiado en mí. Me gustó la sensación del hogar, dejé de frecuentar el *Palace*, creí llegada la hora de hacer lo que todos hacen cansados de recorrer el mundo: sentar cabeza. Llegar temprano al departamento

## De días vacíos y naufragios

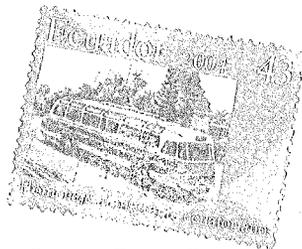
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio  
Cuento

se convirtió en el preámbulo de un placer hasta ese momento no disfrutado, ser esperado por alguien, ser atendido con cariño fueron situaciones que las fui comprendiendo cada vez mejor. Cuando Alicia había salido, yo encendía el televisor o ponía música en el equipo de sonido, enseguida los apagaba, leía el periódico, me asomaba a la ventana, abría la refrigeradora y me sobresaltaba el ruido de la cerradura. Antes de acostarnos yo le preparaba un *vodka tónico* y se lo llevaba a la cama; ella me recibía, a veces completamente desnuda y otras vestida pero sin ropa interior; no había necesidad de pedir nada porque ambos estábamos dispuestos a dárselo todo. El hueco para beber lo encontré frente al Parque del Centenario que a esa hora ya se había vaciado de cocineras y niños y acogía a mendigos y maricones. Aún no estoy lo que se dice quebrado; algo me queda de la venta del carro, pero vislumbro la imposibilidad de un nuevo empleo. Nadie quiere emplear al que tiene fama de haber salido insultando a su jefe, de ser un borracho, peor ahora que han proliferado los vendedores aficionados, estudiantes universitarios que requieren un trabajo de pocas horas y aceptan más o menos cualquier pago por ir de casa en casa ofreciendo promociones que obsequian por cada par de pastas de dientes un cepillo para su niño con un dibujo del Pato Donald en el mango. Por suerte he desarrollado la indolencia como quien desarrolla la virtud del ahorro y ya no me importa haber perdido la "excelente presencia personal", sueño con mujeres hermosas hasta quedar completamente excitado y de acuerdo a las circunstancias me masturbo o salgo a buscar putas. La seducción ya no es posible. La seducción exige un rito y el rito es un mecanismo que requiere de alguna inversión, en tanto que yo tengo que estirar el poco dinero que me permite pagar sin complicaciones el alquiler del departamento; con algo de tino podré alargar mi estadía tres meses más antes de que me desalojen y luego buscar un cuarto interior en alguno de los conventillos del centro; pero es inútil que haga planes tan largos, estoy seguro que la ciudad se derrumbará antes de mi ruina; invasiones, miles de ambulantes, estudiantes que por cualquier motivo tiran piedras, obreros que desfilan y hacen huelgas, cientos de personas que pierden el crédito, empleados que viven pidiendo plata para pagar préstamos, la gente finge holgura, sueña con trabajar en financieras. Mientras estuve con ella mis ojos no veían nada de esto, era feliz en la ignorancia y Alicia se me fue

convirtiendo en una obsesión y en una necesidad; por primera vez me sentía completamente a gusto en mi departamento; disfrutaba intensamente de su cuerpo pegado al mío, de sus nalgas contra mi cadera al momento de dormiros y de mis dedos acariciando sus pezones al despertar. A los treinta años era la mujer que había estado esperando que llegara sin atreverme a buscarla. Extraño a mis hijos, me dijo una noche en la que por primera vez habíamos estado sin hablar una sola palabra y sin tocarnos durante casi una hora. Dile que los quieres ver, le contesté imaginando que ella me iba a decir que le pediría el divorcio. Espero que no te importe que vaya a visitar a mi familia, me sugirió con voz neutra. Las personas que tienen la voz neutra suelen darme miedo y a pesar de tratarse de Alicia tuve pánico de sus palabras. Quiero que hables con él y que escojas, le sugerí llevado por un impulso que me impidió pensar siquiera dos veces el significado de mi frase, pero sentí que todo lo que venía haciendo desde la llegada de Alicia a mi departamento empezaba a tomar cuerpo y a encontrar sentido para mi vida. Iré a mi casa la mañana del sábado fue todo lo que respondió. Ese día cuando me quedé solo vi completamente enorme el departamento, silencioso, y el día me pareció aburridamente largo. Cuando llegó la tarde y todavía no regresaba me refugié en un cine y hoy no puedo acordarme de qué trataba la película; vagué un rato por el centro imaginándola desnuda sobre la cama, totalmente ansiosa, y me apresuré a regresar. Pero aún no había llegado; a la noche encendí el televisor, lo apagué, lo volví a encender, abrí la puerta y me fijé si alguien subía por el ascensor, comencé y acabé un vodka polaco que viene con una pintoresca pajita dentro de la botella, y ya borracho pensé en Alicia y en lo que estaría haciendo a esa hora en su casa. Me dolió saber, con una certidumbre espantosa, que la reconciliación entre ellos había llegado, que en el mismo momento en que yo vaciaba mi vaso, su marido la estaría penetrando, entrando y saliendo de su sexo húmedo y ella gemiría y le mordería el hombro como tantas veces me lo había mordido. Estaba completamente ebrio y decidí salir a la calle para no regresar al departamento y no tener que escuchar sus palabras de despedida al día siguiente. Al llegar la noche del domingo y abrir la puerta encontré su nota de adiós. El viernes, en la costa, la leí por última vez y me pareció del todo cursi: "Gracias por todo lo que me hiciste vivir. Te recordaré siempre. Alicia". Gracias, gracias, gracias, grité

Cuento

durante una media hora en la playa desolada hasta que sólo pude gemir pues había perdido la voz por completo. El frío de la noche vino a calmar un poco mi ansiedad y tuve la certeza de que yo había estado jugando constantemente el juego del solitario y que ella había apostado a lo seguro. Lo vi todo con esa lucidez plácida que sólo proporciona la ebriedad. El señor Krupp puede fabricar la aguja descomunal por cuyo ojo pase el camello bíblico y esa cuarta K no deseada saldrá de todas maneras del mazo de naipes. El paño verde de la mesa del jugador es la suerte agazapada en la próxima carta. Yo también me hago trampas porque sé que no habrá próxima carta, que la clientela ha descubierto el truco del Vendedor Estrella, que la K está esperando que yo levante el naipe. A la semana de que Alicia se marchó quise a toda costa recuperar la vida pero todos los teléfonos de mi agenda estaban ocupados, le había llegado la regla, el marido no estaba de viaje o, sencillamente, ya no les interesaba tener nada conmigo. El domingo es un día aburrido por naturaleza, sin acontecimientos, la gente se prepara para comenzar la semana, misa de rigor, prohibido fornicar con los amantes, dejar lista la ropa de los hijos para enviarlos al colegio; las cantinas cierran temprano, hasta el vicio tiene su moral el día domingo. Tengo las cuatro K abiertas sobre la mesa y no hay posibilidad de barajar y repetir el juego. Esta vez ni siquiera la bebida ha logrado quitarme el dolor de cabeza; camino hacia mi departamento y siento que a pesar de todo la ciudad no va a derrumbarse de momento, que mis viejos amigos tendrán un tema para amenizar el aburrimiento de las tardes. Lo que me hace feliz es pensar que como ya no tengo nada que perder no debo fingir en lo absoluto; allá Alicia que tendrá que aparentar amor a su marido o perderá su condición de mantenida, allá los que pelean por la bonificación del Vendedor Estrella, los propietarios endeudados y los que creen que todas las mujeres son putas excepto la propia y la madre. Yo solamente quiero tener la certeza de que un borracho más tendido sobre el asfalto no inmutará a los honrados ciudadanos el día lunes camino al trabajo. ■



## El pasado empezaba a desdibujarse

de «Historias de disecadores», 1972

FRANCISCO PROAÑO ARANDI

La señora Quimí guardaba el cofrecito en su cuarto, oculto dentro de un minúsculo armario poblado de extraños signos en altorrelieve. El armarito permanecía quieto sobre una cómoda y la señora Quimí poscía nada menos que veinte y cuatro llaves y exactamente veinte y cuatro candados y cerraduras. Unas eran llaves para abrir las tres o cuatro puertas dentro de la casa y otra, grande y labrada, para abrir la puerta de su calle de siempre, y algunas, diminutas, daban todos los días medias vueltas en armarios y cajas. Cuando tenía que destapar el cofre, la señora Quimí abría antes el izquierdo de los dos cajones superiores de la cómoda. Allí había una llave que abría el baúl al lado derecho de la cama; dentro del baúl se encontraba otra para abrir el armarito encima de la cómoda, una vez abierto éste sacaba otra llave metida en una de las patas huecas de la cama, y con esta última lograba al fin levantar la tapa del cofre, cuyas bisagras de hierro chirriaban entonces descubriendo a sus ojos, en la parte más oscura del cuarto, lo que quizá era una de las pocas cosas luminosas en la vida de la señora Quimí.

Y no era que le faltasen cosas. Tenía recuerdos que le golpeaban el pecho y olores que le despertaban recuerdos, y cartas amarradas en pequeños paquetes y fotografías amarillentas, y muebles que aún andaban de noche, cuando crujían sus esqueletos de madera.

En horas de barridas y descompolvadas la criada rondaba cerca del armario y el cofre tratando, con alguna llave extraviada, de reproducir la forma utilizada por su vieja patrona para descubrir tesoros en cajas y recovecos, o monedas apiladas en montoncitos, o billetes ordenadamente dispuestos y disimulados bajo papeles y telas descoloridas. No obstante y pese a lo repetido de sus pesquisas, no lograba alcanzar el fondo del secreto, quedándole sólo esperar que a la señora Quimí se le fuesen palabras o que envejeciese hasta el punto de no poder siquiera utilizar sus llaves.

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Cuento

Sólo la señora Quimí sabía, sin embargo, que los montones de monedas al fondo del cofre eran cada vez más escasos, que cada día eran menos las filas de billetes junto a las monedas y que semana a semana envejecía más su cuerpo de ochenta y más años. Por ello, a veces, sus ojos se quedaban sin brillo, y apenas atinaba a vagar por la casa seguida, aún oculta entre paredes y puertas, por los ojos de la criada capaces de atravesarlo todo.

La criada era cada vez más solícita y creaba en ella costumbres de las que no podía ya desprenderse. El pan remojado en leche de las mañanas, el té de la tarde con sus dos porciones de azúcar y, sobre todo, esas pastillas de casi todos los días contra la artritis cuando la enfermedad clavaba su dolor en los huesos y torcía sus dedos, obligándole en las noches a levantarse y andar a tientas por la casa, temerosa de regresar a la cama, de volver a esos garfios de hielo que atenacaban sus brazos.

A medida que pasaban los días, la criada iba ocupándose de más y más cosas, en tanto que la señora Quimí permanecía la mayor parte del tiempo en su cuarto, releyendo cartas que hablaban de gentes ya muertas o clavados los ojos en fotografías y recortes de diarios. Cada mañana la criada desempolvaba la casa y la señora Quimí sentía que los cuartos se agrandaban extrañamente, igual que el día de la muerte de su marido. Pocos eran los cuartos extrañamente agrandados: estrecha y larga la cocina, dormitorio ensombrecido por los altos barrotes de la cama, retrete de muros desconchados y uno o dos cuartos más repletos de recuerdos de su marido: los ternos alineados para siempre en el ropero grande, la baraja del solitario, lámparas, las tres sillas de mimbre, la mecedora que a ratos se balanceaba solita, la alfombra de su gimnasia cotidiana, esa gimnasia de flexiones abajo y arriba, brazos a los costados, ejercicios respiratorios, luego de lo cual la señora Quimí, con su batona amarilla de rosas violetas, debía pasarle cada mañana antes de las siete, el vaso de agua tibia, remedio para todos los males, recomendado en toda oportunidad por el señor Quimí a las gentes que le conocían.

Pero no siempre la señora Quimí vestía la batona amarilla de rosas violetas. Una vez al mes se ponía uno de sus viejos vestidos de dos piezas, de colores lacres y grises, y también alguno de sus sombreros con flores, recuerdos de los años cuarenta, y se iba al Seguro con la criada, a cobrar la exigua pensión que

le tocaba como viuda de su marido, sempiterno empleado de oficinas de aduana y de ministerios.

Ya de regreso llegaba la hora de hacer las cuentas: tanto para la criada, tanto para las compras, tanto para la luz, tanto para el medidor de agua, tanto para guardar en el cofre. Eran esos los días negros de la señora Quimí. Días en que se decía a sí misma que sus ahorros resultaban siempre más escasos, que su pensión debía ser cosa de otros tiempos o que ella misma era cosa de otros tiempos, cuando con uno o dos sures era posible prepararse cenas y almuerzos, mientras que ahora todo sobrepasaba sus cálculos. Así, frente a verduras rugosas que habían subido frenéticamente de ocho reales a un sucre, a 1,20, 1,40 y a 1,60, frente a carnes cuyas libras, magras y hucosas, habían subido de 3 a 4 a 6 a 8 y 10 sures, frente a todas las cosas de las cuales debía comprar cada vez menos onzas, la señora Quimí sentía que el pecho se le apretaba, durándole tal sensación a lo largo del día y aún en la noche, al momento de contar y recontar las monedas del cofre.

La voz de la radio, fluyendo suave e intermitente de la mesa de noche, entre el tic-tac del reloj y la penumbra más allá de la lámpara, no dejaba nunca de repetir eso de que no subieran los sueldos ni los salarios, ni las pensiones de los jubilados ni las pensiones de las viudas de los jubilados, y así siempre: al levantarse la señora Quimí en el aire tierno de la madrugada y al acostarse, con su gorro de terciopelo deslustrado, cubierta la cara con una buena mano de vaselina.

La criada, a fuerza de esperar que a la señora Quimí se le escapasen secretos o que envejeciese al fin hasta no poder ni moverse, podía ya escuchar, desde cualquier rincón, los menores ruidos de la casa: esos pasos lentos de la señora Quimí moviéndose entre muebles y cosas cuya única utilidad era ahora revivir sensaciones de un pasado que empezaba a desfigurarse, ese tintineo de las monedas cayendo una tras otra de manos huesudas a la madera del cofrecito, ese rondar de la señora Quimí a medianoche, encorvada y torcidos los dedos, acosada por el zarpazo de la enfermedad. Pero más que oír, era capaz de ver y seguir paso a paso, a través de paredes y puertas y ventanas cerradas de madera, la figura de trapo de la señora Quimí dando vueltas y semicírculos entre los cuartos o inmóvil, a medio subir, en la grada que llegaba al tejado o recortada, emergiendo apenas

de la sombra, entre el papel de pared y los barrotes de la cama de su dormitorio. Sólo una cosa escapaba a los ojos ávidos de la criada: el secreto de las llaves que la señora Quimí guardaba para ocultar monedas y cartas que eran recuerdos y pequeñas baratijas que eran imágenes de personas muertas hace ya mucho tiempo.

La criada estaba en la casa de la señora Quimí desde meses atrás y esta última, que la sabía de nombre Rosario, y aunque no se había fijado jamás con precisión en su cara, tenía la idea de que era la misma que había servido en la casa de su vieja amiga —su vieja amiga muerta dos años antes—, cosa que le parecía al recordar, horrosamente, ciertos hechos ocurridos en los viejos tiempos, antes de que el hijo de su amiga desapareciera sin dejar rastros.

Pero no podía afirmar con seguridad que era ella, sólo que en esos ojos de ahora recordaba otros que parecían estar siempre esperando, casi como los ojos de los perros, y en esas trenzas de ahora revivían otras que había visto rematadas por lazos de color rojo brillante, mientras que en el rostro endurecido y maduro pugnaba por asomar otro rostro al que no lograba precisar en sus verdaderos rasgos.

Un gran escándalo había armado entonces su vieja amiga al descubrir, tras una tapia coronada por macetas oscuras, que su hijo se abrazaba frenético a la criada, frotándole con las manos la espalda y las piernas, mientras acezaba próximo a la agonía. En esa ocasión ella, la señora Quimí de ahora agobiada por los recuerdos, había recomendado que se echara a la criada pues podrían suceder, sin duda, cosas peores. Pero todo eso había sido hace más de veinte años, cuando su marido todavía andaba entre los vivos y el hijo de su amiga de aquellos tiempos no había aún desaparecido.

En los años sobrevenidos luego, a partir de esos años, la señora Quimí sintió siempre que aquella antigua mujer había tenido algo que ver con la desaparición de ese hijo, lo que la estremecía de terror cuando descubría no sé qué de familiar en la criada reciente. Gracias a dios —pensaba—, ella no tenía hijos y, si no fuese porque la necesitaba, la echaría como lo hizo, hace veinte años, su amiga.

El principio de lo que andando el tiempo se convertiría en verdad tendría que llegar, sin embargo. Ello ocurrió a una hora y un día previstos ya, sin duda, por la criada, quien sabía que la señora Quimí estaba muriéndose lentamente, en vuelta en un silencio que era su solo callejón hacia la muerte.

Cuento

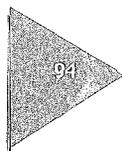
Ese día amaneció lluvioso y esa hora latía socavada por la tristeza. La señora Quimí sintió como nunca el peso de los años y deseó quedarse acostada, refugiada bajo las sábanas, inmóvil, siendo en esos instantes que la criada, pretextando una necesidad del momento, aprendió de labios de su vieja patrona la forma de abrir el cofre de la plata y descubrir los secretos recónditos de esa vida que ahora se entregaba a sus manos.

Eso fue en el comienzo, mas, en los días sobrevinientes, y en los días que vinieron después de esos días, la criada era, cada vez más, la verdadera dueña de la casa. Sabedora de todo, siendo ella la que iba a cobrar al Seguro, ya no tomaba apenas, como al principio, porciones ínfimas de dinero para compras sin importancia, sino que luego, imperceptiblemente, con o sin el conocimiento de la señora Quimí, se encargaba ella misma de distribuir la plata para todos los gastos, simplificando además el proceso de abrir y cerrar con diversas llaves baúles y cajas, hasta ya no requerir más que de una llave cualquiera.

No era ya necesario esconder las llaves en escondrijos, siendo la verdad que si la señora Quimí hubiese deseado ocultar alguna cosa, habría tenido que inventarse nuevos sistemas, pero estaba ya demasiado vieja para ello, demasiado cansada de andar sus días entre candados y cerraduras.

La criada ahora lo organizaba todo. Cambiaba costumbres antiguas por otras desconocidas, trastrocaba unos muebles por otros, y allí donde antes había la luz ponía la sombra, porque unas ventanas eran cerradas para siempre y abría puertas en sitios donde hasta entonces sólo había permanecido la noche. No dejaba, sin embargo, de consultar, a veces, con su vieja patrona, aunque siempre de una manera que era más bien exigencia, de modo que no se pudiese dar cuenta sino después de horas, cuando ya no era posible volver las cosas a los lugares y posiciones de antes.

Al faltar el dinero la criada comenzó a vender uno a uno los muebles: primero fueron las sillas de mimbre, luego una mesa, una cómoda, un escritorio, cosas todas que eran reemplazadas por el vacío o por muebles que no eran lo mismo, pues estaban huérfanos de historias y de recuerdos. A cada cosa que se iba, la señora Quimí sentía que la casa se agrandaba en bóvedas infinitas, alargada de súbito por el silencio.



Cuento

Con las cosas desaparecidas se esfumaron también los ruidos de la noche, los ratones familiares dejaron de roer de pronto los travesaños y la señora Quimí ya no pudo reconstruir viejas sensaciones a través de los crujidos de la madera, como lo había hecho en los últimos años creyendo, al despertarse en la noche, que aún flotaba allí cerca el rostro de su marido y que las pisadas de los seres ya muertos podían oírse todavía al fondo de las habitaciones. Ahora un mundo frío y simétrico comenzaba a rodearla, un mundo poblado de extraños armatostes, donde no cabían ni las figuras del papel de pared que todavía persistían frente a sus ojos.

Echada en la cama recordaba como si fuese ayer no más a su vieja amiga —aquella del hijo desaparecido— diciéndole que sería bueno que comenzase a vender los muebles, o que vendiese la casa, para así tener algún dinero en sus manos y no estar estrecha de gastos. Pero ella sentía, y había sentido entonces, que desprenderse de esos muebles, sobrevivientes de toda una vida, sería abandonar lo que ella era realmente, para arrinconarse sin esperanza al fondo de un cuarto desolado.

Recordaba asimismo la noticia aquella, repetida en horas tensas de la noche por la voz de la radio, en la que se hablaba sobre un viejo y su cadáver ahorcado. Ella había escuchado, estremecida hasta el espanto, que aquel hombre solitario no había encontrado otro camino que ese de quedar suspendido del techo, allí, en su cuarto del suburbio, en ese su rugarío de sabandijas, sin cosa alguna suya del pasado ni del presente.

No obstante dejaba ahora que la criada vaciase la casa en afán de atesorar dinero y organizarlo todo con otras formas. Incapaz de oponérsele, la señora Quimí sabía que algo había pasado de sus manos a las de la criada, algo que con seguridad tenía que ver con el secreto de abrir y cerrar el cofre oculto en el armario de su dormitorio.

Un día la criada vino y le habló de su artritis, y le habló de la necesidad de asegurar la suerte de quienes se habían ocupado de una en la vida y luego salió, y a la mañana siguiente entró otra vez para decirle cosas similares y, así, al tercer día y luego durante una semana entera, hasta volver una tarde acompañada por un hombre de corbata y sombrero que dijo ser abogado, pero que miraba con

Cuento

sonrisita extraña, y juntos le hablaron nuevamente de su artritis, de la casa que quedaría abandonada, de lo que la criada había hecho a través de tanto tiempo por ella, y de la conveniencia de que ella dejase las cosas en su testamento para la mujer que la había cuidado.

La señora Quimí recordó entonces que varias veces, no sólo en los días inmediatamente anteriores, sino a lo largo de las semanas antepasadas, la criada le había insinuado lo mismo. Aprovechando las veces que entraba a arreglar su cuarto o a sacar el dinero del cofrecito, se quedaba allí parada por unos momentos, hablando de lo que había para la comida, o del tiempo como nunca lluvioso, o de los objetos que sería necesario vender o comprar, o del testamento que la señora Quimí debía hacer lo más pronto si no quería dejar la casa en manos de quién sabe quienes.

El hombre de corbata y sombrero leyó un documento y la señora Quimí pudo ver que tenía unos dientes amarillos y pudo oír, a la vez, que hablaba de la casa y de la muerte y del amor y la gratitud. La señora Quimí miró a la criada y vio que ésta, una vez que el hombre había dejado de hablar, alargaba el brazo hacia ella con el papel en la mano, y ya sin ánimo para oponerse puso su firma, su firma larga y enrevesada, al pie del escrito.

Una sonrisa iluminó la cara de la criada, una mueca extraña cruzó la cara del hombre. Después, se cerró la puerta tras ellos y la señora Quimí se quedó mirando el tumbado, rodeada por las cosas que aún no habían desaparecido.

A partir de ese día oyó ruidos no conocidos antes, raros estertores en cuartos lejanos y, a ratos, un silencio que era como un cerco amenazante alrededor de las paredes de su cuarto. En horas de la noche —horas que no alcanzaba a precisar— escuchaba chitridos de puertas, pasos de gentes caminando en puntillas y a veces la voz de un hombre susurrando más allá de su puerta, como si fuese el hombre quien escuchaba al otro lado de la madera. Con el transcurrir de los días, la voz del hombre fue subiendo de tono, hasta no parecerse en nada a un susurro y hacerse fuerte y mandona. Su grito podía provenir sorpresivamente de cualquier ángulo de la casa y su efecto era igual al de un ácido corroyendo los huesos. A ese grito, los pasos de la criada acudían solícitos. Luego había rumores de risas o ecos de otras voces, o también llantos interrumpidos por prolongados silencios.

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Cuento

La criada ya no venía más que para dejarle la comida y sacar la plata del cofre. Entraba sin decir palabra, dejaba el plato sobre el velador y se iba. Cuando la señora Quimí, postrada en la cama, sentía retorcimientos en el estómago y debía usar con urgencia su bacinilla, tenía que gritar largos ratos a la criada, hasta que al fin ésta venía y la ayudaba de mala gana.

El polvo cubría ahora las cosas del cuarto de la señora Quimí, puesto que la criada ya no se ocupaba de él. El polvo caía sobre el rostro de la señora Quimí y las telarañas cundían en los vértices del tumbado o entre los muebles, y sus noches eran largas, extremadamente largas, sembradas de lejanos ladridos, de pasos, de sollozos, de puertas que se cierran y abren, de claridades abruptas en las rendijas.

Una tarde tuvo que llamar más prolongadamente que nunca. Había escuchado, antes, entrar al hombre, oído risas en algún cuarto. Ella había prolongado su grito y presentido que al efecto de su voz unos rostros debían estar mirándose en el silencio. En susurro, sus oídos captaban retazos de frases y develaban el peso de la ira. Pasados unos momentos, largos, entró la criada. Traía el rostro endurecido, los ojos brillantes.

Lo supo todo entonces, en esa hora, porque oyó nuevamente hablar de cosas de hace veinte años, y de cómo la criada se había ido y vuelto a regresar, y escuchó broncas las palabras en los labios de esa mujer que decía cosas sobre tugurios donde los hombres deben hacer cola y donde hay que lavar todo el tiempo el piso para que el semen se escurra, de esa mujer que hablaba otra vez de aquel hijo de su amiga desaparecido y de cómo ese hijo se había largado con ella para Guayaquil y de cómo, al cabo de pasar una y otra noche juntos, unos de por allí lo habían matado y tirado al agua, donde no reflató jamás porque nunca lo logran los muertos que andan llenos de plata. Todo lo supo la señora Quimí en esa hora y la criada conoció también que lo sabía todo y que ya no importaba porque ella al fin y al cabo tenía que regresar a hacerse cargo de la casa y los muebles y de todas las cosas sobre las cuales ahora creía tener derecho.

Después, se fue y la señora Quimí se quedó mirando el tumbado, cerrando y abriendo los ojos como quien comprende y no comprende a la vez. El cuarto tenía aún su aspecto acostumbrado: el cofre al fondo del armarito, el baúl debajo

## De días vacíos y naufragios

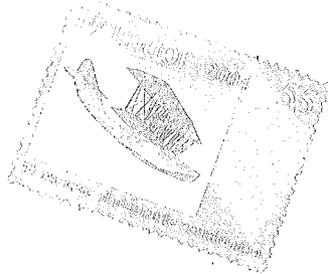
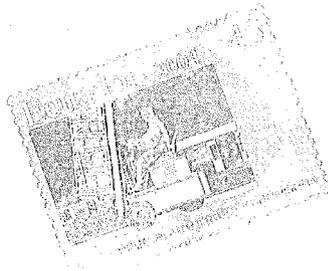
Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Cuento

de la cama, la cómoda, los barrotes del lecho, el papel de pared, la penumbra que poco a poco se iba acentuando mientras ella se arrebujaba en su vieja batona de flores violetas, con la que tantas veces su marido la había visto.

Se sorprendió al oír que la madera de la cómoda crujía disipando el silencio. Pudo ver, de lejos, cartas y monedas dentro de los cajones y todo el montón de baratijas acumuladas a través de los años, testimoniando que alguna vez había existido la vida.

Al cerrarse la noche, la señora Quimí miraba aún las cosas que las sombras trataban de desdibujar en su torno. □



## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Notas biográficas

Jorge Enrique Adoum. Quito, 1926. Poeta, narrador, dramaturgo y crítico literario. Recibió el Premio Casa de las Américas en 1960. Entre sus obras más importantes están *Ecuador amargo* (poesía, 1949), *Dios trajo la sombra* (poesía, 1959) *Los cuadernos de la tierra* (poesía, 1961), *Y me fui con tu nombre por la tierra* (poesía, 1964), *Curriculuna mortis* (poesía, 1968), *Prepoemas en postespañol* (poesía, 1979), *No son todos los que están* (poesía, 1980), *El sol bajo las patas de los caballos* (teatro, 1975), *La subida a los infiernos* (teatro, 1976), su novela *Entre Marx y una mujer desnuda* (1976) fue llevada al cine por Camilo Luzuriaga.

Raúl Arias. Quito, 1943. Poeta. Fue parte del Movimiento Tzántzico en los años sesenta. Entre sus obras más importantes están *Poesía en bicicleta* (1975), *Lechuzario* (1983), *Trinofobias* (1988) y *Cinema Vida* (1995).

Eduardo Bartera. Poeta. Ha publicado *El tren de los cancheros* (1990).

Jorge Carrera Andrade. Quito, 1905-1978. Poeta. Fue diplomático ante diversos países. Dirigió la Revista Letras del Ecuador y colaboró en el diario El Sol de Quito. Entre sus obras más importantes están *Boletines de mar y tierra* (1930), *Biografía para uso de los pájaros* (1937), *La hora de las ventanas iluminadas* (1937), *Microgramas* (1940), *País secreto* (1940), *Lugar de origen* (1945), *Dicado por el agua* (1951).

Iván Carvajal. San Gabriel, 1948. Poeta y ensayista. Fue parte del Movimiento Tzántzico en los años sesenta. Entre sus obras más importantes están *Poemas de un mal tiempo para la lírica* (1980), *Pavajes* (1984), *Los amantes de Sumpa* (1984), *Del avarar 1970-1980* (1998).

César Dávila Andrade. Cuenca, 1918. Caracas, 1967. Poeta, narrador y ensayista. De familia modesta, tuvo que abandonar sus estudios para trabajar en diversas ocupaciones. Entre sus obras más importantes están *Catedral salvaje* (1951), *Boletín y elegía de las mitas* (1956), *Conexiones de tierra* (1964) *La corteza embriajada* (1966). Formó parte del grupo literario Madruga y a partir de 1951 vivió en Venezuela, donde ejerció como periodista.

Miguel Donoso Pareja. Guayaquil, 1931. Novelista, cuentista, poeta y ensayista. Entre sus obras más importantes están *Krelko* (cuento, 1962), *Los invencibles* (poesía, 1961), *Primera canción del exiliado* (poesía, 1964), *Todo lo que inventamos es cierto* (cuento, 1990), *Henry Black* (novela, 1969), *Nunca más el mar* (novela, 1981), *Lo mismo que el olvido* (cuento, 1986), *Hoy empiezo a acordarme* (novela, 1994), *Adagio en G mayor para una letra difunta* (poesía, 2003), *Ecuador: identidad o esquizofrenia* (ensayo, 1998).

Iván Egúez. Quito, 1944. Poeta, traductor y ensayista. Ha sido Director de Abrapalabra Editores. Entre sus obras más importantes están *La Linares* (novela, Premio Nacional Aurelio Espinosa Polít, 1975), *El triple salto* (cuentos, 1983), *Pájara la memoria* (novela, 1984), *El poder del gran señor* (novela, 1985), *Ánima pávora* (cuentos, 1990).

Alfonso Espinosa. Quito, 1974. Poeta. Entre sus obras más importantes están *Cascabel con que me matas* (1995), *fragile* (1997), *Breves anotaciones* (1998) y *Partes del desierto* (2002).

Edwin Madrid. Quito, 1961. Poeta. En 1990 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven Djenana. Entre sus obras más importantes están *Oh! Muerte de Pequeños Señores de Oro* (1987), *Enamorado de un fantasma* (1991), *Celebridad* (Concurso Nacional Cuento y Poesía, 1992), *Caballos e iguanas* (1993), *Tambor Sagrado y otros poemas* (1995).

Iván Oñate. Ambato, 1948. Poeta y narrador. Entre sus obras más importantes están *El hecho enterrado* (cuento, 1987), *La canción de mi compañero de celda* (cuento, 1995), *Estadía poética* (poesía, 1968), *En casa del obracado* (poesía, 1977), *El ángel ajeno* (poesía, 1983), *Anatomía del nacio* (poesía, 1988).

Julio Pazos. Baños, 1944. Poeta y ensayista. Entre sus obras de poesía más importantes están *Plegaria azul* (1963), *Ocupaciones del buscador* (1971), *Prendas tan queridas las palabras entregadas al vuelo* (1974), *Entre las sombras las iluminaciones* (1977), *La ciudad de las visiones* (1979), *Levantamiento del país con textos libres* (Premio Casa de las Américas, 1982), *Oficios* (1984), *Contienda entre la vida y la muerte o personajes volando en un lienzo* (1986), *Mujeres* (Premio Nacional de Poesía Jorge Carrera Andrade, 1988).

## De días vacíos y naufragios

Antología de cuento y poesía ecuatoriana sobre el exilio

### Notas biográficas

Raúl Pérez Torres. Quito, 1941. Cuentista, novelista y poeta. En 1994 recibió el Premio Juan Rulfo. Entre sus obras más importantes están *Da llevando* (cuentos, 1970), *Manual para mover las fichas* (cuentos, 1973), *Micaela y otros cuentos* (cuentos, 1976), *Musiquero joven, musiquero viejo* (cuentos, Premio único José de la Cueva, 1977), *Ana la pelota humana* (cuentos, 1978), *Un saco de alacranes* (cuentos, 1986), *En la noche y en la niebla* (cuentos, Premio Casa de las Américas, 1980), *Teoría del desencaño* (novela, 1985).

Antonio Preciado Esmeraldas 1941. Poeta y narrador. Entre sus obras más importantes de poesía están *Jolgorio* (1961), *Más acá de los muertos* (1966), *Tú como somos* (1969), *De sol a sol* (1979), *Poema húmedo* (1981), *Expantapájaros* (1982), *De ahora en adelante* (1993).

Francisco Proaño Arandi. Cuenca, 1944. Novelista y cuentista. Fue parte del Movimiento Tzánzico en los años sesenta. Entre sus obras más importantes están *Historias de disecadores* (cuento, 1972), *Aniaguas caras en el espejo* (novela, Premio José Mejía Lequerica, 1984), *Oposición a la magia* (cuento, 1986), *La doblez* (cuento, 1986), *Del otro lado de las cosas* (novela, 1993), *La razón y el presagio* (novela, 2003), *Historias del país fingido* (cuento, 2003).

Aleyda Quevedo. Quito, 1972. Poeta. Entre sus obras más importantes están *Tres testigos sexuales* (1989), *La actitud del fuego* (1994), *Algunas Rosas Verdes* (Premio Nacional de Poesía Jorge Carrera Andrade, 1996) y *Espacio vacío* (2001).

Vladimiro Rivas Irujaldé. Latacunga, 1944. Ensayista y cuentista. Entre sus obras más importantes están *El deminguo* (cuento, 1968), *Historia del cuento desconocido* (cuento, 1974), *Los bienes* (cuento, 1981), *Desciframientos y complicidades* (ensayo, 1991).

Jaime Rodríguez Palacios. Loja, 1940, Quito, 1999. Poeta, ensayista y periodista. Entre sus obras más importantes están *Umbal del sueño*, *Humedad del silencio*, *El extranjero*, *Exilio*, *Días de sol, días de lluvia*, *Aconruambuna* entre otros.

Huilo Ruales Huacra. Ibarra, 1947. Narrador, poeta y dramaturgo. Fundador del colectivo *La pequeña tulupa*, y del grupo literario *Eskeletra*. En 1983 obtuvo en París el Premio Hispanoamericano de Narrativa Rodolfo Walsh. Entre sus obras más importantes están *Máldejo* (novela, 1998), *Y todo este rollo también a mí me jode* (cuento, 1985), *Nuaycielo comuel dekitto* (cuento, 1985), *Loca para*

*loca la loca* (cuento, Premio Nacional Joaquín Gallegos Lara, 1989), *Fetiché fantoche* (cuento, Premio Nacional Aurelio Espinosa Pólit, 1994), *El ángel de la gasolina* (poesía, 1999), *Añicos* (tictarro, 1991).

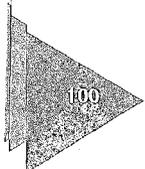
Filoteo Samaniego. Quito, 1928. Poeta, ensayista, historiador y narrador. Integrante de la llamada generación del 50. Es miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua Española. Recibió el Premio Nacional de Cultura Eugenio Espejo en el 2001. Entre sus obras más importantes están *Relente* (prosa lírica, 1958), *Umñña* (poesía, 1961), *El cuerpo desnudo de la tierra* (poesía, 1973), *Los niños sor-dus* (poesía, 1977), *Oficios del río* (poesía, 1983), *Sobre sísmos y otros miedos* (prosa, 1991).

Francisco Tobar García. Quito 1928, Guayaquil 1997. Poeta, novelista, dramaturgo, periodista y diplomático. Entre sus obras más importantes están *Naufragio y otros poemas* (poesía, 1962), *Canon perpetuo* (poesía, 1969), *Dhama* (poesía, 1978), *Evrio de eternidad* (poesía, 1991), *La luz labrada* (poesía, 1996), *Tres piezas de teatro* (teatro, 1967), *Las solms para el gusano* (teatro, 1970), *La corriente era limpia* (novela, 1977), *Peres o nones* (novela, 1979), *Los quiterios* (cuento, 1981).

Raúl Vallejo. Narrador y crítico literario. Entre sus obras más importantes están *Acoso textual* (1999), *Cuento a cuento cuento* (1976), *Daguerrotipo* (1978), *Máscaras para un concierto* (1986), *Solo de palabras* (1988), *Manía de contar* (1990), *Fiesta de solitarios* (1991), *Tratado del amor triste* (Premio Aurelio Espinosa Pólit, 1999).

Pedro Jorge Vera. Guayaquil, 1914-1999. Novelista, poeta, dramaturgo y periodista. Junto al crítico Alejandro Carrión fundaron la revista de combate político *La calle*. En 1991 recibió el Premio Nacional Eugenio Espejo a la totalidad de su obra. Entre sus obras más importantes están *Los animales puros* (novela, 1946), *El pueblo soy yo* (novela, 1976), *Las familias y los años* (novela, 1982), *El desino* (novela, 1984); *Por la plata baila el perro* (novela, 1987), *Los mandamientos de la ley de Dios* (cuento, 1972), *Jesús ha vuelto* (cuento, 1978), *La muerte siempre gana* (cuento, 1995), *Túnel iluminado* (poesía, 1949), *Hamlet resuelve su duda* (teatro 1952).

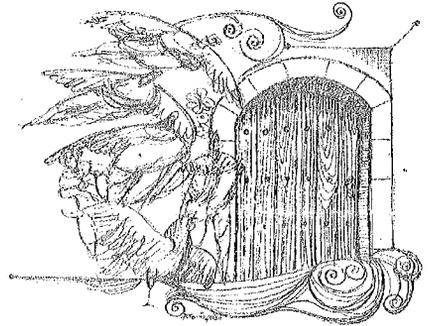
Humberto Vinuesa. Guayaquil, 1942. Poeta. Fue parte del Movimiento Tzánzico en los años sesenta. Entre sus obras más importantes están *Un gallinazo canlor bajo un sol de a perro* (1970), *Poeta, tu palabra* (1988), *Altus lumbre de acertijo* (1991), *Tiempos mayores* (2001).



## EL EXILIO

### Mario Monteforte Toledo

La revista Letras del Ecuador rinde homenaje al escritor guatemalteco Mario Monteforte Toledo, de entrañable vinculación con el movimiento cultural del Ecuador, desaparecido a mediados del año pasado. Se reproducen fragmentos esenciales sobre su pensamiento y quehacer literario\* y el ensayo «El exilio», tomado de su libro *Las cosas y el olvido*, publicado en Guatemala en el 2003.



---

\*Fragmentos de la entrevista realizada por Ed Hood a Mario Monteforte Toledo, realizada en marzo de 2001 durante el IX Congreso Internacional de Literatura Centroamericana, en Belize City y publicada en el 2002 por *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Universidad Complutense de Madrid.

*Escribir es la actividad más frustrante, menos reconocida y más absorbente que se pueda elegir. Yo escribo porque es lo único que sé medio hacer y segundo porque soy testigo o protagonista de muchas de las cosas ocurridas en siglo veinte y creo que deben conocerse mejor. No pretendo ni transmitir experiencias útiles porque los consejos no se siguen y todos andamos cometiendo los mismos errores de nuestros antepasados.*

*El surrealismo no es sólo francés o europeo; en Latinoamérica lo tenemos desde las culturas precolombinas y especialmente entre los mayas. Eso de «realismo mágico» que aplica Carpentier para clasificar la reciente narrativa latinoamericana no es sino otro nombre del surrealismo.*

*No hay nada que no se preste a que se le vea el lado malo. Si uno escribiera pensando en el qué dirán cambiaría su oficio. La Biblia es uno de los mayores monumentos de la creación humana; ninguno de los libros sagrados se le compara desde el punto de vista literario. Aparte de lo religioso contiene filosofía de inmensa profundidad como el Eclesiastés, historia, anécdotas con sentido del humor, crítica social y sobre todo poesía; nadie ha escrito cantos de amor más críacos y maravillosos que el Caniar de los Cantares. Tenía razón Erasmo: a la fe debe llegarse sólo por la inteligencia, no por la idiotez. Los temas bíblicos más inspiradores para un escritor laico son los surrealistas: un pueblo tan inteligente como el judío hace una torre para llegar al cielo; Noé construye un barco de 50 bruzas para salvar del diluvio a todos los animales del mundo—incluyendo a los mastodontes y los dinosaurios sobrevivientes—; con su garganta del tamaño de un tubo de agua, una ballena se traga a Jonás y lo vomita en alguna playa, por curiosa una mujer se transforma en estatua de piedra; Moisés parte el mar con una vara mágica, Salomón tenía trescientas esposas y setecientas concubinas... No fallará quién vea en mis cuentos un homenaje a esta prodigiosa imaginación.*

...muchos creadores, más de los que uno quisiera, realizan sus obras pensando en la venta y en gustos de compradores y lectores... A eso se debe la monstruosa cantidad de libros que se editan; tengo la impresión de que en ese ramo el negocio hoy es tener las prensas ocupadas todo el tiempo. El costo de producción de los libros se defiende con los best sellers; hay toda una técnica para producirlos. El costo de esta situación para la literatura es la mediocridad y el rebajamiento de la calidad.

*Humildad: todo lo grande que ya está hecho en letras es muy superior a lo que hoy hacemos (comprensión de que ya no hay «vanguardia» posible); profundo estudio del pasado de donde vienen; interminables horas de lectura y práctica; conjugación de la lealtad nacional y la solidaridad con el mundo, el sentido del individuo y el de los que merecen y necesitan su adhesión; activa politización, conciencia de que la originalidad es meta flaca y equivocada (todos, absolutamente todos, venimos de otros); y por último, paciencia, paciencia y máximo esfuerzo para comprender que se están formando y que no urge publicar: entre los libros que se editan en la tierna juventud hay muchos que luego avergüenzan al verdadero escritor. Por último, les recomiendo que no me hagan caso; cada quien sabe cómo mata sus pulgas y a quién le echa la culpa de sus fracasos.*

Consuela poco recordar que el exilio está relacionado con el hombre desde el comienzo de su vida inteligente en la tierra. Pero todos los exilios son personales e históricos, vale decir dependientes del tiempo y de las contradicciones de la sociedad.

Por ejemplo: el exilio del padre Rafael Landívar está conectado con la rivalidad entre la Iglesia y la monarquía por el dominio colonial, las pugnas entre las Órdenes religiosas, el despunte de lo que serían los jesuitas como la única organización con la disciplina militar y la precisión ideológica y práctica para canjear su ayuda al papado, por la total impunidad inseparable de la construcción de lo que iba a ser su inmensa fortuna; por eso se le confió el monopolio de la enseñanza media y superior para formar dirigentes y servidores del poder. A cambio del respaldo de las demás Órdenes, el emperador expulsó a los jesuitas de sus territorios a fines del XVIII, les expropió sus bienes y encomendó la enseñanza y la promoción de la cultura a profesionales dispuestos a promover e implantar los progresos teóricos y técnicos de la Europa más avanzada. El nuevo pensamiento rector tendía a fundamentar el capitalismo y superar el mercantilismo.

Las otras convulsiones eran de tipo intelectual y humano. Circulaba paternal y

regocijadamente la noción del buen salvaje, alimentada por la fantasía inseparable de mundos recién descubiertos y codiciados por los buscadores de riqueza; la discriminación «racial» no era una deformidad ética sino parte rutinaria de la ideología dominante.

El sentimiento adverso al imperialismo español cundía inspirado por las revoluciones norteamericana y francesa, en el orden cultural manifiesto en dos tendencias: la antibarroca y la inclinada a la adopción de la cultura francesa. La primera condujo al extremo de quemar retablos —por ser símbolos del colonialismo—, y la segunda a adoptar el neoclásico en las grandes construcciones y en sus adornos. La burguesía y el liberalismo emergente mal podían inventar una cultura propia; por ello adoptaron esa solución práctica y simbólica absolutamente ajena a las tradiciones de los pueblos americanos y a las ideologías que ellos mismos habían contribuido a aculturar durante la colonia. Nadie señaló que el neoclasicismo procedía de una cultura aristocratizante como la griega y una cultura imprevista como la romana, por lo tanto reñida con el espíritu liberal de la burguesía pobre y naciente, y aún más con los valores populares. Pero venía de Francia, y Francia era la contrapartida de la España colonial. La *Rusticatio mexicana* pertenecía

al neoclásico y por estar escrita en latín se destinaba exclusivamente a las élites.

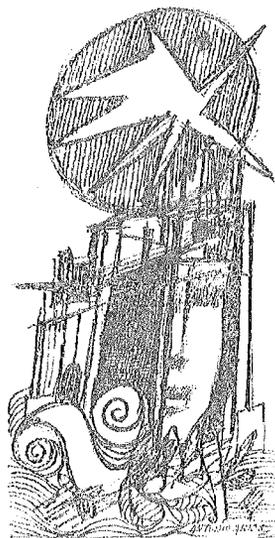
Como jesuita obsecuente, Landívar carecía de libertad para escribir algo crítico contra *el orden* de su tiempo, mucho menos contra la condición en que vivía la inmensa mayoría de la gente colonizada. De seguro su obra estaba muy avanzada o casi concluida antes de la expulsión del padre Landívar. Plácida, serena, en esencia ecológica, pudo escribirse en cualquier país; en ningún sentido debe considerarse producto del exilio, por más que se le busque la nostalgia por una patria perdida.

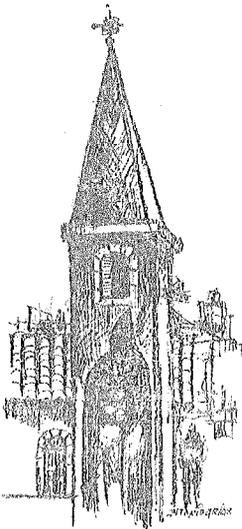
El segundo exilio es el del siglo XIX. Tras influir gloriosamente en el trabajo de las Cortes de Cádiz y Bayona, esclarecidos liberales guatemaltecos encabezaron la campaña por ahondar la modernización institucional, la democratización ideológica y la superación del absolutismo monárquico. Inspirada por ellos, la primera Constitución republicana incorporó algunos de los preceptos avanzados de las revoluciones norteamericana y francesa, cuyo sentido esencial era la superación de la monarquía y de los estamentos feudales, y la creación de condiciones para la vida de la república, el capitalismo y la democracia burguesa.

Los liberales ascienden al gobierno con don Mariano Gálvez, a cuyo régimen se

debe las instituciones más «modernas» de la época en la América. Recuperado el poder, los conservadores impusieron una ignara y confesional dictadura que duró treinta años. Gálvez nunca volvió y su influencia intelectual fue muy bien aprovechada en los países donde estuvo; en aquellos tiempos la conciencia de la hispanoamericanidad era una realidad y no tema de discursos agonales como ahora.

Con Gálvez comienza el exilio de los guatemaltecos en México, donde desde entonces —y especialmente en el siglo XX— se han formado muchos de los más eminentes intelectuales de Mesoamérica. El liberalismo ya se había arraigado vigorosamente en el vecino país, especialmente bajo la presidencia de don Benito Juárez, un brillante estadista indio zapoteca. Bajo mano —para no violar el principio de no intervención, principal arma teórica y ética para defenderse contra los Estados Unidos—, el gobierno mexicano financió la revolución





de 1871, cuyos líderes máximos fueron Justo Rufino Barrios y Miguel García Granados. Ellos estudiaron a fondo el liberalismo y contribuyeron con escritos muy bien documentados para reafirmar en Juárez la idea de que la consolidación de regímenes liberales en el istmo robustecería la posición de México frente a la política expansionista de los Estados Unidos. En el archivo de Juárez existe la correspondencia, donde varias cartas —en cuenta tres firmadas por «Valdez», que podría ser don Lorenzo Montúfar— analizan la situación de Guatemala desde un punto de vista increíblemente socioeconómico.

No se ha reunido la muy amplia literatura política guatemalteca hecha durante aquel exilio, ni la correlativa escrita en Guatemala. Se conoce, sí, la coherencia, la concisión y la solidez ideológica de la legislación emitida por el gobierno liberal durante catorce años. Pero sus obras positivas no bastan para condonar sus errores; por

ejemplo, la creación de un ejército de poder y recursos desproporcionados substituyendo a la liquidada Iglesia como principal soporte del gobierno, la liquidación de las comunidades agrarias indias y la creación del minifundio y del latifundio —las dos peores deformaciones estructurales del país—, y la legalización de la igualdad de todos los ciudadanos. Esta última política acabó con el tutelaje indispensable para el sector más débil y mayoritario de la población, que había consagrado las Leyes de Indias del imperio español; que en la práctica las hayan violado los encomenderos sólo prueba que en estos países las leyes son teóricas desde la conquista.

José Batres Montúfar, el poeta entonces más importante del país, escribió en parte desde el exilio durante la dictadura conservadora. Pero el género más representativo de la literatura ochocentista fue la narrativa, representada por José Milla y Vidaurre. Sus novelas —con mucho de la vieja picaresca española y de la narrativa francesa de capa y espada— son las primeras que se escribieron, porque la narrativa estuvo prohibida por el régimen colonial bajo la censura de la Iglesia (recordemos: hasta *El Quijote* estuvo en el Índice). Milla convalidó el orden de la colonia y no externó crítica alguna contra la esclavitud de los indios y los negros. Fue un novelista mediano, pero un excelente narrador; su obra tipifica la cultura nacional hegemónica

de la colonia y sus remanentes entre los de arriba en el siglo XIX.

Notable es la primera novela antiimperialista de América, escrita por Máximo Soto Hall, quien a fines del XIX tuvo que exiliarse en Argentina y nunca regresó.

Es poca la emigración registrada durante la dictadura de Estrada Cabrera (1898-1922). Sólo hubo casos excepcionales de emigrantes entre la clase alta; la pequeña burguesía intelectual no pudo salir del país —sofocado entonces por una severísima depresión económica—; pero fue entonces cuando entre la impotencia, la ira, el miedo y el ansia de libertad, se alimentó lo que luego sería la narrativa contra la dictadura, cuyas novelas más representativas son las de Rafael Arévalo Martínez, *El señor presidente* de Asturias y, modestia aparte, mi novela *Entre la piedra y la cruz*.

En 1928 impusimos la reforma universitaria, calcada en la de Córdoba, Argentina (1918), muy influida por el izquierdismo y el antiimperialismo que avivó poco antes el entonces docente peruano Haya de la Torre. En 1931 asumí la presidencia del general Jorge Ubico, uno de cuyos primeros síntomas de fuerza fue cerrar la Universidad dos años. De esta alcaldada arranca uno de los cambios más relevantes de la historia nacional: la preparación de líderes para la democratización integral del país.

Compuesta por algunos maestros y estudiantes universitarios, la emigración se dividió en cincuenta a México, veintitrés a Chile, seis a la Argentina (incluso el Dr. Juan José Arévalo, luego presidente de la república), cuatro a Alemania y una treintena a París.

El grupo en México se incorporó de inmediato a la ejecución de la política del presidente Lázaro Cárdenas, cuyo énfasis recaía en el fortalecimiento del Estado, la defensa de los intereses nacionales, la expansión de la reforma agraria, la ampliación de los derechos de los trabajadores y el fomento al moderno empresariado nacional.

El grupo en Chile promovió la revolución universitaria junto al Frente Popular que dirigía Salvador Allende, luego presidente de la república con el respaldo del pueblo. A los políticos radicales se les llamó desde entonces «guatemaltecos»; casi todos se hicieron socialistas y tres, comunistas.

Argentina entonces era el prototipo de una democracia burguesa con predominio de líderes bergsonianos y krausistas. Bajo la tutela de pedagogos y filósofos de la talla de Calcaño y Mantovani se formaron Arévalo y sus compañeros, prominentes maestros, con una aspiración de país demócrata y civilizado.

Los cuatro guatemaltecos llegaron a Alemania cuando comenzaba el ascenso del nazismo y se politizaron en la Universidad,

foco de la lucha antifascista y de las ideologías de izquierda. En cuanto arreció la represión política emigraron a México y se fundieron con el cardenismo. Uno de ellos fue abogado de los electricistas.

Una minoría de los que se exiliaron en Francia se dedicó de lleno a sus estudios médicos; los demás cursaban ciencias sociales o humanidades y participaron activamente en la política universitaria y en las actividades del frente popular —que estaba en el poder. Nunca se había reunido tal cantidad de intelectuales y jóvenes latinoamericanos como en el París de los treinta, donde, además, entrecrocaban todas las vanguardias literarias y artísticas; tampoco la cantidad de estudiantes e intelectuales desterrados del Nuevo Mundo, que despertaron una solidaridad regional imperecedera. Este sentimiento fue el primer paso de una unificación ideológica por la lucha antifascista, el apoyo a la república española, el proyecto de derrocar a las dictaduras militares que el presidente Franklin Roosevelt había instalado en muchos países del hemisferio, como muralla contra las rebeliones a la salvadoreña, la generación soviética y cualquier movimiento perjudicial a los intereses norteamericanos y los de sus oligarquías aliadas locales. La virtual unidad tomó cuerpo con los gobiernos democráticos que inspiraron las

Cuatro Libertades, bandera de los aliados para ganar la segunda guerra mundial.

La ayuda franca que el gobierno de Blum se negó a dar a los republicanos españoles en guerra contra el fascismo local e internacional, el pacto de amistad suscrito por la URSS con Hitler, y la ejecución ordenada por Stalin de tres de los bolcheviques que habían concebido la revolución soviética a principios de siglo (Kamenev, Radek, Sinoviev —a Trotski lo mataron después), decepcionó profundamente a gran parte de la izquierda del mundo y causó la emigración de los guatemaltecos a México. Éste fue el grupo que desarrolló mayor conciencia de la unidad de las izquierdas con los centristas para superar los estamentos semif feudales y el poder de los sectores precapitalistas, y el que aprendió a diferenciar las políticas viables de gobierno de la que blandía como ortodoxia la izquierda en su interminable oposición.

Todos los intelectuales exiliados durante la dictadura de Ubico, volvimos a Guatemala a participar en el gobierno revolucionario de 1944-1954. Hay que imaginar lo que significaba la concentración de semejante élite en un país que llevaba un siglo de represión militar y retardataria y sin una vida política real. Frente a la insignificante oposición de un empresariado prein-

dustrial y conservador, y un ejército bajo una dirigencia nueva que simpatizaba con el cambio profundo del país, se hizo fácil crear e instaurar en sólo diez años la democracia, las instituciones modernas y la macropolítica cuyo principal objetivo era llenar el abismo y extirpar la discriminación entre los pobres y los ricos.

El factor decisivo de estos avances fue la unidad de los desterrados, cuya capacidad y experiencia se demostró en la coherencia de su política y en su meta de priorizar los intereses populares y nacionales sobre las diferencias ideológicas. Los recién llegados secundaron a la dirigencia local que había derrocado a las dictaduras y conocía a fondo la sociedad.

Pero cuando el fenómeno del exilio alcanza proporciones inusitadas es al comenzar los treintidos años de dictaduras castrenses en 1954. Se trata de un fenómeno común a la América Latina, vinculado a la guerra fría y a la intervención directa de los Estados Unidos a través de la política ganzá llamada «anticomunista». Alrededor de un millón de campesinos huyeron a México y a los Estados Unidos. El primer grupo de intelectuales, técnicos y líderes de trabajadores que emigró fue el de los refugiados en las embajadas a la caída del gobierno de Arbenz (sólo en la de México había ochocientos). Los que trabajaban en las embajadas se

radicaron donde estaban. A partir de 1962, decenas de estudiantes universitarios y algunos escritores se unieron a las guerrillas que operaban en las montañas.

En el destierro nos formamos y escribimos los autores casi toda nuestra obra literaria y científica, pero no libres del secreto drama de estar lejos de Guatemala y del propósito de regresar apenas dejara de ser inminente la muerte. Casi toda la represión militar en las ciudades no fue contra la oposición armada, sino contra los demócratas inermes.

Ni el trato personal en tiempos normales ni el exilio unificaron a los artistas y a los escritores, que como siempre en Guatemala han sido personalidades aisladas y desemejantes, a semejanza de las montañas y los volcanes en la misma cordillera de su geografía. Entre los sectores populares y de clase media, el exilio tampoco disolvió las diferencias ideológicas que se mantuvieron en exceso cuando a todos los unificaba la dinámica y la responsabilidad

**El exilio  
es uno de  
los castigos  
sustitutivos  
de la pena  
de muerte.**

de la revolución. Algo semejante afectó a los republicanos españoles exiliados. Los conflictos han sido mayores entre las izquirdas que entre las clases. Además, los guatemaltecos estaban conscientes de que la revolución no iba a repetirse sino, en el mejor de los casos, a plazo muy largo.

Como se ve, el exilio ha formado parte *orgánica* de la historia nacional. Sus causas son políticas, económicas y culturales, y sus efectos son globales y funestos. Tal pareciera que debido a las condiciones de un subdesarrollo absolutamente anacrónico en el mundo de hoy, constituye un rasgo común a todos los países que lo padecen.

Pensando con cierto cinismo, podrían aceptarse como positivos del exilio la reducción del desempleo y la importación de las divisas en dólares que los transterrados envían regularmente a sus familiares.

Desde remotos tiempos el exilio es uno de los castigos sustitutivos de la pena de muerte. Se origina en creer que la patria es el mejor lugar imaginable y el rompimiento del lazo con la red familiar es la peor de las pérdidas.

En un mundo tan interdependiente como el actual, con preocupación de crear valores comunes como los derechos humanos y la legitimidad de la intervención de las Naciones Unidas para defenderlos, las dictaduras deben entender que los intelectuales

son más peligrosos y eficaces afuera que adentro, por su facilidad para manchar con su presencia la imagen de su país y de acceder a fuentes de información siempre interesadas en propalar monstruosidades sociales. El exilio tiende a conferir cierta aureola, a despertar *simpatía por sus víctimas* y a abrir fuentes de trabajo. Los de las clases bajas y altas encuentran más solidaridad y facilidades de adaptación que los de las clases medias, en cuyo entorno abunda menos la oferta de trabajo. En general, la recepción que se da a los exiliados depende mucho de la solidaridad política y la afinidad ideológica; los principales autores de esta apertura son los partidos, algunas sectas protestantes y la masonería.

En la esfera de los intelectuales, las alineaciones ideológicas obran en mayor grado que en las demás. Las leyes de casi todas las universidades suelen excluir a los extranjeros de sus cargos directivos; sin embargo, es en su ámbito donde escasea la discriminación, porque las relaciones de trabajo unifican más que las afinidades políticas. Mayor complejidad rodea a los espacios de la vida intelectual, donde hay capillas bastante exclusivistas y sobre todo menos puestos de trabajo remunerado. Excepto los casos de eminencias científicas o literarias, el común de los escritores sólo hace amigos personales, pero nunca se les

abren las mismas puertas que a los nativos. Las causas económicas y la autovaloración personal de los escritores no varían gran cosa de uno a otro país, pero es posible que sí varíen los grados y maneras de la discriminación. El caso invariable es el de la infrecuencia de los intelectuales que llegan a identificarse *plenamente* con la sociedad receptora.

El exilio es un tajo que escinde por mitad al individuo y enfrenta enconadamente a sus mitades. Una conlleva el pasado, los recuerdos, los minuciosos estímulos a los sentidos, las reacciones emotivas, la intimidad con formas y rincones y paisajes, la red de parentela y amistad, la nostalgia de los sitios donde tuvieron lugar encuentros y desencuentros sentimentales, el juego de cosas que *constituían* el ajuar de su domicilio, los espacios de la niñez. La otra mitad es el futuro, las esperanzas truncas, la conciencia de la escasez de fuerzas para realizar los proyectos, el temor a la inseguridad, a la soledad y a la debilidad de los lazos familiares por falta del medio habitual que se ha perdido, el temor a la soledad y a no contar con alguien bien dispuesto a reconocer las habilidades y cualidades indispensables para enfrentar la realidad.

Pero con todo y la sordidez y la amargura de este enfrentamiento, el peor drama es el *retorno* a la patria, cuya intensidad va en

razón directa del tiempo de la ausencia. Todas las dimensiones, los espacios, los ritmos, la composición de las imágenes se han perdido. Los paisajes, los árboles, la intimidad urbana, las cosas, hasta las amadas cosas de la ciudad ya no existen o han crecido como en las pesadillas. El cielo está tapado por monstruosos anuncios en inglés y por rascacielos que reducen a caricatura las antiguas viviendas de un piso. Todo lo que uno quiere encontrar, celebrar, acariciar o tan sólo mirar, se ha ensombrecido como bajo un humo espeso, el mismo que carga los vahos de la gasolina sin aquellos gratos olores que emanan la humildad de las flores y la gente limpia. Ya no media la buena voluntad para disimular los defectos, las mugres, la mediocridad del lugar donde *uno* nació. Los *secretos* de la lengua son distintos como de otro país, y las banderas y los himnos han quedado vacíos, sin las antiguas hermosas mentiras que se identificaban con una patria.

Los tipos humanos pertenecen a otra sociedad; las mujeres alimenticias son ahora las nietas de aquellas de bustos exaltados por quienes escribimos versos abominables; sólo los arqueólogos saben los boleros lareanos y los tangos que en vez de suicidarnos les cantamos cuando nos dejaron para casarse con bien peinados dueños de casas y cafetales. Las nuevas generaciones son más altas, más

triviales, menos morenas y están mejor nutridas. Hay infinidad de apellidos y nombres nuevos, que a fuerza de repetirse y de saber lo que venden, quizá ya no se vean tan extraños por difíciles de pronunciar. No se habla de muchas y menos inteligentes cosas; los temas son el mal gobierno, el mal clima, el mal fútbol y el ansiado sexo. La lengua tribal, *cálida como una melodía simple de pueblo*, ya no se habla, o se olvidó; la lengua de ahora es un medio entre mexicano y gringo para negociar, saludar de prisa y despedirse pronto porque se acaba la conversación. La música atiborrada de contorsiones excluye por completo el silencio, el saludable silencio. Ya no se sabe de qué río o de qué llora la gente.

Acaso lo peor del retorno sea la humillación causada por la inutilidad del esfuerzo por ser aceptados, y disimular la competencia adquirida en medios grandes para resolver los problemas de la vida. Humilla también la dificultad para sentir como propio el nuevo e inmediato pasado, y explicar racionalmente el presente para creer en cambios mejores para el futuro. Y veja el malévolo y mañoso venenoso comentario con el cual se nos dice que parecemos extranjeros, que hablamos raro, que nos creemos la gran cosa.

La patria es seres humanos y cosas insustituibles, armonizadas en torno a ambientes donde los recuerdos y los olvidos

personales nos aliviaron al volverse colectivos. La patria es conocimiento y complicidad. Sobre todo, la patria es la lengua que se remonta a siglos y se remonta a diario con la fuerza de lo vivo y el genio creador de la gente.

La otra mitad del ser humano partido es el proyecto de lo que se va a ser, el conjunto de *asombros e inseguridades ante lo desconocido*, la sensación de ser discriminado como portavoz de ideas exóticas y de peligrosos universalismos. A esa otra mitad del ser pertenece el que no compartió las angustias colectivas ni los riesgos de muerte con los que estaban aquí, ni la violencia contra los que expusieron la vida luchando para tumbar a las dictaduras. El recién llegado carece de muertos históricos, de heridas de cárcel, de anécdotas que honran. Ni siquiera sabe cuánto va a durar siendo *ajeno*.

Para el exiliado que retorna, la esperanza de un futuro mejor de su país es más vana que para ningún guatemalteco sedentario. 🍷

# POESÍA Y EXILIO

Pedro Lastra'

A Irene Mardones Campos

En las primeras páginas de su libro *The Anatomy of Exile* (1972), el escritor húngaro Paul Tabori propone una síntesis del inmensamente variado y controversial significado de la palabra *exilio*, desde puntos de vista que tocan —como no podía ser de otro modo en una investigación de tal naturaleza— aspectos sustantivos de carácter filológico, histórico, filosófico, psicológico, legal y político. Esa sola enumeración da una idea de la vastedad de un tema que constituye, al decir del autor, una suerte de laberinto casi impenetrable. No entraré ahora en ese laberinto de tan compleja configuración: muchos trabajos recientes orientan un posible recorrido y lo actualizan, abriendo otros espacios para el diálogo. Por ejemplo, el preciso capítulo V del libro de Silvia Nagy-Zekmi, *Paralelismos transatlánticos: postcolonialismo y narrativa femenina en América Latina y África del Norte* (1996), o el cuidadoso estudio de Michael Ugarte titulado *Literatura española en el exilio* (1999).

Tabori señala que el primer exilio registrado en la historia es del personaje llamado Sinuhe, expulsado de su tierra egipcia en una fecha tan lejana, como 2000 años

antes de Cristo. Las opiniones sobre ese origen son muchas y se han expresado en los más diversos géneros: en el extenso poema *La culpa* del primero peregrino, publicado en Ruan en 1644, Antonio Enriquez Gómez (que murió en un calabozo de la Inquisición en 1663 acusado de judaizante) une peregrinación y destierro en la figura de Adán, el errante eterno:

*Pues te destierro a ser hombre,  
Hijo de la vanidad  
Y nieto de los dolores.*

Sitúese el principio en Adán o Sinuhe, el éxodo bíblico, el regreso de Ulises a su lar o la relegación de Ovidio decretada por Augusto, esa experiencia recorre la historia y desgraciadamente sabemos que —como una plaga que regresa con las estaciones— no desaparecerá. A pesar de las distintas motivaciones que la originan, el resultado siempre acusa las mismas o parecidas marcas ominosas del desgarramiento, la pérdida, el temor, la inseguridad, el perverso vaivén de ilusiones y desengaños, o esa errancia sin fin descrita inolvidablemente por Dante: «...peregrino y casi mendigo [...]

El exilio  
nunca  
dejó de  
ser  
señalado  
como una  
circunstancia  
axial del  
existir.

como leño sin vela y sin timón, llevado a diversos puertos, golfos y plazas, por el viento que exhala la dolorosa pobreza».

Lo que resumo con tanta prisa y temeridad en este último párrafo no sólo no es nuevo para nadie sino que ha comprometido directamente la vida de muchos. Las bibliotecas abundan en estudios, reflexiones, debates, testimonios que ilustran de muchas maneras lo que ha sido y es la vivencia de lo exiliario, como la llama el poeta Juan Gelman con tan buen neologismo. «Innumerales, los desterrados», dice Claudio Guillén —hijo él mismo de un gran exiliado— en la introducción de uno de los libros más sugerentes y sabios con que me he encontrado en los últimos años (*El sol de los desterrados: literatura y exilio*, 1995).

Asombran, en efecto, como agrega ese autor las dimensiones oceánicas del tema, la infinitud del exilio y de las respuestas literarias que genera: el *Cantar del Mio Cid*, texto

fundacional de nuestra poesía, se inicia con un destierro, así como la lengua literaria italiana reconoce un comienzo semejante en la obra y en la vida de los grandes poetas florentinos, como Guido Cavalcanti y Dante Alighicri.

Pero debo alejarme del mencionado laberinto para centrarme en el relato de ciertas experiencias que un lector —no ajeno a las seducciones de la escritura— ha vivido en años de acercamiento a las representaciones del exilio en la literatura hispánica, especialmente en la poesía, aunque no sólo en ella. Diré que esas lecturas ocurrieron muy temprano y que, como sucede a menudo, el azar jugó aquí también un papel: éste fue el encuentro con un libro publicado en Santiago de Chile en 1943 por exiliados de la guerra civil, llegado hacia pocos años al país. Ese libro, que conservo desde hace más de medio siglo, era una antología titulada *Poetas en el destierro*, dispuesta por José Ricardo Morales y editada por Arturo Soria. He contado en otra parte lo mucho que significó ese libro para mi generación y no insistiré en tales detalles; pero fue ahí donde pude ver la continuidad de una sombría historia revelada como trasmicante vivencia poética a través de muchos siglos, pues José Ricardo Morales eligió como epígrafe para su antología la estrofa inicial de un viejo romance de Juan del Encina:

*Triste España sin ventura,  
todos te deben llorar;  
despoblada d'alegría,  
para nunca en ti tornar.*

Esa estrofa, sacada de su contexto, era un acierto como epígrafe, porque como se sabe el romance de Juan del Encina no está motivado por ningún exilio: es un poema de lamentación por la muerte del príncipe Don Juan. Yo lo supe después, porque en algún momento creo haberla relacionado con la situación poética que plasman los primeros versos del *Cantar del Mio Cid*.

Es que esos versos del *Cantar* son el desiderátum de una imagen; muestran un momento decisivo de la existencia humana: la expulsión, el desgajamiento, la pérdida del lar («mal de los males... Siempre será menor la palabra que el hecho mismo», dice Polinices del destierro en *Las fenicias*, de Eurípides).

En páginas muy apreciables sobre este mismo asunto, José Angel Valente recordó que el exilio nunca dejó de ser señalado como una circunstancia axial del existir. Para el rabí Yehudah ben Bezalel Liwa, que vivió en el siglo XVI, el exilio no es más que la condición humana llevada al extremo; en el siglo XX María Zambrano escribió: «Pocas situaciones hay como la del exilio para que se presenten como en un rito iniciático las

pruebas de la condición humana. Tal como si se estuviese cumpliendo la iniciación de ser hombre» (*Carta sobre el exilio*, 1961).

Pero entre todos los exilios, el político es el más cruel porque lo impone alguien que esencialmente no es distinto a su víctima, y cuya diferencia estriba en la posesión del poder, cualquiera que sea el origen atribuido a esa posesión. Es el que más se ha padecido en nuestro mundo hispánico. En fecha tan temprana como 1256, el rey Alfonso X El Sabio fijó en líneas lapidarias la figura del victimario implacable, en el Título I de la Segunda Partida:

*Tirano tanto quiere decir como señor  
cruel, que es apoderado en algún regno o  
tierra por fuerza o por engaño o por traición:  
et estos tales son de tal natura, que  
después que son bien apoderados en la tierra  
aman más de facer su pro, maguer sea  
a daño de la tierra, que la pro comunal de  
todos, porque siempre viven a mala sospecha  
de la perder.*

*Et porque ellos pudiesen cumplir su  
entendimiento más desembaradamente  
dixieron los sabios antiguos que usaron ellos  
de su poder siempre contra los del pueblo  
en tres maneras de arteria [...].*

Y Alfonso X procede a describir esas arterias o astucias en términos que hoy

nos resultarían harto familiares a todos nosotros.

Y en el siglo XVIII, ¿no fue una artería de Carlos III aprovechar el llamado «Motm de Esquilache» (de origen en apariencia tan frívolo) para ajustar sus cuentas con la Compañía de Jesús y decretar poco después la expulsión de esa orden de los territorios españoles, en 1767?

Menciono este acontecimiento porque sus consecuencias culturales fueron muy considerables, y muy centrales en el caso de Chile: con generosidad que nadie recordará sin emoción, varios de ellos distrajeron sus nostalgias de la tierra lejana, reconstruyéndola en la escritura de su historia —como Miguel de Olivares— o de su geografía y de su naturaleza —como Juan Ignacio Molina. Sobre Manuel Lacunza, teólogo visionario y milenarista, volveré más adelante.

No es mi propósito rastrear, definir o siquiera describir los rasgos que caracterizarían una poesía exiliar. Es tarea que seguramente ya se ha realizado. Como lector de poesía y como un practicante de esa escritura, me interesa más bien las irradiaciones con que un determinado poema enriquece mi experiencia como tal lector y como tal practicante. Mis notaciones, pues, son bastante generales como para ser expuestas en un diálogo o intercambio algo

informal entre lectores que comparten una vocación común por la poesía. Trataré de resumir en pocas líneas esas notaciones y leeré algunos poemas o fragmentos —una pequeña antología personal— en que se fundan esas observaciones.

Creo que los términos *descolocación* y *lejanía* son pertinentes para referirse a la *figuración de distancias* que se advierte casi siempre en esos poemas: si la descolocación con respecto a un centro deseado se resuelve como extrañeza, la vivencia de la lejanía intensifica el dramatismo de lo dicho. Tal vez por eso la función desempeñada por los elementos de la lengua llamados défticos es tan esencial en esta poesía, ya que la déftis consiste en señalar algo que está presente ante el hablante: aquí, allí, ésto, etc... Eso es lo que ocurre en la realidad pero no en el mundo de lo imaginario, creado por las palabras, donde los défticos no pueden remitir a una presencia sino a una ausencia. Con expresión certera y de un gran poder de sugerencia, el lingüista Karl Bühler denominó *deixis en fantasma* a ese tipo especial demostración que se produce, dice: «Cuando un narrador [o hablante] lleva al oyente al reino de lo ausente recordable o al reino de la fantasma constructiva y lo obsequia con los mismos demostrativos, para que vea y oiga lo que hay allí que ver y oír (y tocar, se entiende, y quizá también oler y gustar). No con los

ojos, oídos, [...] exteriores, sino con lo que se suele llamar para distinguirlo de ellos [...] ojos y oídos «interiores «o «espirituales» [...].

El que es guiado en fantasma —agrega Bühler— no puede seguir con la mirada la flecha de un brazo con el índice extendido por el hablante, para encontrar *allí* el algo; no puede utilizar la cualidad especial de origen de sonido vocal para hallar el lugar de un hablante que dice aquí; tampoco oye en el lenguaje escrito el carácter de la voz de un hablante ausente, que dice *yo*.

Desde luego, no hace falta insistir en que la función de tal deixis es consustancial a la escritura y por lo tanto a todo hecho literario; pero lo que sí debe enfatizarse es que en ciertos poemas —como aquellos que reconocemos como exiliates— esa función es eminente y central, y adquiere las dimensiones de un verdadero signo valorizado. En muchos sentidos el poeta exiliado vive y comunica un mundo que es para él, por lejano y perdido, el espacio de una realidad sentida como fantasmática. ¿No es éste el espacio que dibujan estos fragmentos poéticos?:

De León Felipe:

ESTÁ MUERTA ¡MIRADLA!

.....

*Un pueblo hambriento y perseguido  
que escapa.*

*Español del éxodo de ayer*

*y español del éxodo de hoy..*

*allí no queda nada.*

*Haz un hoyo en la puerta de tu exilio,*

*planta un árbol,*

*riégalo con tus lágrimas*

*y aguarda.*

*Allí no hay nadie ya...*

*quédate aquí y aguarda.*

(De *Español del éxodo y del llanto*)

De Emilio Prados:

#### ROMANCE DEL DESTERRADO

*¡Ay nuevos campos perdidos,*

*campos de mi mala suerte;*

*ahí se quedan los olivos*

*y tus naranjos nacientes;*

*brilla el agua en tus acequias*

*surcan la tierra tus bueyes*

*y yo cruzo tus caminos*

*y jamás volveré a verte.*

(De *Romancero general de la guerra de España*)

De Luis Cernuda:

UN ESPAÑOL HABLA

DE SU TIERRA

*Las playas, parameras*

*al rubio sol durmiendo,*

*los oteros, las vegas  
en paz, a solas, lejos;  
.....  
ellos, los vencedores  
Cáines sempiternos  
de todo me arrancaron.  
Me dejan el destierro.*

*Una mano divina  
tu tierra alzó en mi cuerpo  
y allí la voz dispuso  
que hablase tu silencio.*

*Contigo solo estaba,  
en ti sola creyendo;  
pensar tu nombre ahora  
envenena mis sueños.  
.....  
(De *Las nubes*)*

¡Deixis en fantasma! ¡Qué hallazgo expresivo tan sugerente!

Los poetas no podrán sino celebrarlo, y aún más al pensar en situaciones como las que se representan en textos de esta especie. El exilio, en efecto, como un rey Midas espectral y siniestro convierte en fantasmal todo lo que toca, confunde los contornos del espacio propio, irrealiza no sólo los lugares del pasado sino también los del futuro. En versos que sintió «atormentados y rebeldes, sombríos y querrellosos», José Martí escribió esas visiones fantasmales:

*Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.  
¿O son una las dos? No bien retira  
Su majestad el Sol con largos velos  
Y un clavel en la mano, silenciosa  
Cuba cual viuda triste me aparece.  
Yo sé cuál es ese clavel sangriento  
Que en la mano le tiembla!...*

(«Dos patrias» de *Flores del destierro*)

Y Gabriela Mistral, en su «País de la ausencia»:

*.....  
Perdí cordilleras  
en donde dormí;  
perdí huertos de oro  
dulces de vivir;  
perdí yo las islas  
de caña y añil,  
y las sombras de ellos  
me las vi ceñir  
y juntas y amantes  
hacerse país.  
Guedejas de nieblas  
sin dorso y cerviz,  
alientos dormidos  
me los vi seguir,  
y en años errantes  
volverse país,  
y en país sin nombre  
me voy a morir.  
(De *Tala*)*

Cito versos familiares para todos: justifica esta insistencia cierta tonalidad nueva que puede darles su cercanía en este contexto. Más de una vez he pensado que, en aras de la intensidad, no sería desdeñable la idea de reunir en un volumen una suma de fragmentos y versos exiliarios memorables: representaciones de la ausencia y de la lejanía, del espacio amado que la poesía rescata y convierte en instante salvador. Por ejemplo, el comienzo del poema «Allá lejos», de Rubén Darío:

*Bucy que vi en mi niñez echando vabo  
 lun día  
 bajo el nicaragüense sol de  
 lencendidos oros,*

.....  
 o un momento, por cierto entre muchos otros igualmente inolvidables, de César Vallejo:

.....  
*¡Auquéñidos llorosos, almas mías!  
 ¡Sierra de mi Perú, Perú del mundo,  
 y Perú al pie del orbe, yo me adhiero!  
 («Telúrica y magnética»)*

o los primeros versos de «Quiero volver al sur», de Pablo Neruda:

*Enfermo en Veracruz, recuerdo un día  
 del Sur, mi tierra, un día de plata  
 como un rápido pez en el agua del cielo.*

Entre las muchas formas de rescate de lo perdido, ciertas figuraciones gráficas adquieren sin duda para el exiliado un extraordinario poder de irradiación, desencadenante de la moción poética, en alguna medida semejante a los poderes del sueño. Se dirá que la fotografía, por ejemplo, es siempre un disparador del recuerdo, un activador de la memoria. Así es; pero aquí se trata de mostrar las instancias en que tales figuraciones se manifiestan literaria, poéticamente. Empiezo por leer fragmentos de dos cartas de Andrés Bello enviadas desde Chile a su hermano Carlos, residente en Caracas:

*30 de abril de 1842*

*Me has dado uno de los mayores placeres que he tenido durante mi largo desierto, con la remesa que me has hecho de la historia de Venezuela, atlas y mapas; [...] Abro el atlas, y recorro el mapa; [...] De la vista de Caracas, sobre todo, no pueden saciarse mis ojos; y aunque busco en ellos vanamente lo que no era posible que me trasladase el grabado, paso por lo menos algunos momentos de agradable ilusión. La vista de Caracas estará colgada en*

*frente de mi cama, y será quizás el último objeto que contemplen mis ojos cuando diga adiós a la tierra.*

Y cuatro años después, el 17 de febrero de 1846:

*En mi vejez, repaso con un placer indecible todas las memorias de mi Patria [...] Cuantas veces fijo la vista en el plano de Caracas, creo pasearme otra vez por sus calles, buscando en ellas los edificios conocidos y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen... Tengo todavía presente la última mirada que di a Caracas desde el camino de la Guaira. ¿Quién me hubiera dicho que en efecto era la última?*

Desterrado en México, donde murió en 1955, el poeta Andrés Bello le dedica un soneto de ausencias, por así llamarlo, a su compañero de exilio, Rómulo Gallegos. En el primer cuarteto describe esa frágil pero única posibilidad de reencuentros con el mundo perdido:

*Rómulo: ya la patria está muy lejos; la escucho ya en canciones y relatos, la busco ya en sus cartas y retratos, la encuentro ya como al amor los viejos.*

Pero es la «Canción 8» de las *Baladas y canciones del Paraná*, de Rafael Alberti, el poema que en este orden de representaciones constituye para mí la cifra más intensamente lograda de una vivencia de lo exiliar. Como en los sueños, el mapa se transforma aquí en un espacio animado:

*Hoy las nubes me trajeron, volando, el mapa de España. ¡Qué pequeño sobre el río, y qué grande sobre el pasto la sombra que proyectaba! Se le llenó de caballos la sombra que proyectaba Yo, a caballo por su sombra busqué mi pueblo y mi casa.*

*Entré en el patio que un día fuera una fuente con agua. Aunque no estaba la fuente, la fuente siempre sonaba Y el agua que no corría volvió para darme agua.*

El sueño, el viaje imaginario o ilusorio... Séame permitida en esta página una brevísima autócita. Son tres líneas escritas en 1967 e incluidas en mi libro *Y éramos inmortales*, editado en 1969 en Lima. El poema se titula:

## EL DESTERRADO BUSCA

*El desterrado busca,  
y en sueños reconoce su espacio más  
hermoso,  
la casa de más aire.*

En los años sesenta, nadie imaginaba todavía que en Chile habría algún tiempo después auténticos y numerosos destierros, que muchos de mis compañeros y amigos se irían del país (y varios para siempre), y que yo mismo —aunque con anterioridad a los sucesos del año '73— también lo dejaría. ¿Por qué escribí esos versos? Más de una vez he necesitado explicar que ellos no tuvieron su origen en el golpe militar y en sus funestas consecuencias. Pero ahí estaban, como una pequeña, misteriosa y sombría anticipación para mí mismo. Hace muy poco, releendo las cartas de los jesuitas expulsados en el siglo XVIII, creo haber dado con un motivo, que podría ser éste:

En el invierno de 1963 participé en una reunión universitaria, junto al historiador Ricardo Donoso, quien leyó en esa oportunidad un trabajo sobre Manuel Lacunza y se refirió a las cartas que el gran desterrado envió a sus familiares desde Imola, donde moriría en 1801. Una de ellas me impresionó de manera especial, la guardé en mi memoria y cuatro años después sin saberlo yo

mismo escribí esos versos fugaces suscitados tal vez por la figura del autor de un libro sabio y extraño que se titula *La venida del Mesías en gloria y majestad*. De esa carta, cuyas repercusiones en mi ánimo ignoré por mucho tiempo, proceden estos fragmentos:

*Imola y Octubre 9 de 1788*

*Mi señora madre y abuela:*

.....

*Estos dos pedazos suyos tiene en Italia; todavía viven gracias a Dios y gozan por lo presente de mediana salud. [...] Actualmente me siento tan robusto que me hallo capaz de hacer un viaje a Chile por el Cabo de Hornos. Y pues nadie me lo impide ni me cuesta nada quiero hacerlo con toda mi comodidad. En cinco meses de un viaje felicísimo llego a Valparaiso y habiéndome hartado de pejerreyes y jaivas, de erizos y de locos, doy un galope a Santiago: hallo viva a mi venerable abuela; le beso la mano, la abrazo; lloro con ella, abrazo a todos los míos entre los cuales veo muchos y muchas que no conocía, busco entre tanta muchedumbre a mi madre y no la hallo, [...].*

*No obstante por no perderlo todo, me vuelvo a la cuadra que hallo llena de gente, [...] les cuento mil cosas de por acá, tén-golos embobados con mis cuentos; cuando no hallo más que contar miento a mi gusto;*



*entre tanto les como sus pollos, su charquicán y sus cajitas de dulce [...]. Y habiendo llenado bien mi barriga para otros veinte años, me vuelvo a mi destierro por el mismo camino y con la misma facilidad. Mas antes de embarcarme en Valparaíso, despierto y me hallo en mi cama.*

*Con este viaje alegre y triste correspondo fielmente a los sueños que Ud. me dice que tiene muchas veces buscando a sus nietos allí enfrente [...]*

Las representaciones exiliares resuenan de muchos modos, como se ve, en el ánimo de lectores y escritores. Agregaré, a propósito de esto, otro testimonio próximo:

En 1975 Oscar Hahn, llegado a los Estados Unidos después de vivir penosas experiencias chilenas, me leyó su poema «Fragmentos de Heráclito al estrellarse contra el cielo», que empieza así:

*Heráclito vivía en un río de Efeso  
encerrado en la placenta del sueño*

*lejos de los dormidos de la ribera  
Heráclito tenía la barba luenga  
y la lengua larga para lamerte mejor*

*No nos bañamos dos veces en el mismo río  
No entramos dos veces en el mismo cuerpo  
No nos mojamos dos veces en la misma  
/muerte*

La teoría visionaria de dispersiones que recorre el poema constituía, a mi modo de entender las cosas, una imagen de la destrucción del ser y del tiempo, a la cual subyacían vivencias oscuras e inquietantes: le dije que yo lo sentía como un poema del exilio. Me miró en silencio por un momento, y en seguida comentó: «Es que Heráclito es un poeta del siglo XX exiliado en la era presocrática» Posteriormente he sabido de lectores de ese poema que han tenido también la misma impresión. Los fantasmas del exilio conocen muchas maneras de hacerse presente.

En su brillante comentario de Ricardo II, de Shakespeare, Claudio Guillén llama la atención sobre la importancia central del destierro en el drama, no sólo como suceso espectacular, sino como tema, metáfora y estructura, desde la escena inicial en la que el Rey expulsa de Inglaterra a los duques Mowbray y Bolingbroke. Los más grandes padecimientos que se anuncian para los desterrados

a partir de ese momento (entre ellos, la pérdida de la lengua propia, sentida como una insuportable mutilación; el desfase de las estaciones que los esperan en espacios lejanos) remiten en cada lectura de otros textos a los mismos y recurrentes conflictos que los exiliados han confrontado siempre. Uno puede leerlos en un poema del siglo XIX, como «A finilia», de José María Heredia, o en el tan cercano «Domicilio en el Báltico», de Gonzalo Rojas, entre muchos otros. Enrique Lihn —como si repitiera el lamento del caballero Mowbray— escribió memorablemente «el miedo de perder con la lengua materna/ toda la realidad». Como es obvio, sería un error entender y describir estas relaciones sólo bajo la especie de la intertextualidad: son constantes de la condición humana, siempre amenazada por sí misma.

Me permitiré cerrar esta presentación con un poema, también exiliar en más de un sentido, escrito hace pocos días al amparo de relecturas fervorosas de Guido Cavalcanti:

### BALADA

*Perch'i no spero di tornar giarmnai,  
ballatetta, in Toscana*  
G. Cavalcanti

*Pues cada uno tiene su Toscana  
a la cual sabe como Cavalcanti  
que no regresará,  
que busque en su memoria la música  
de un álamo en la tarde,  
el destello  
de una hoja al caer sobre la hierba  
húmeda  
el pasaje de un pájaro de altura  
que atraviesa sin fin la misma nube,  
aves música nubes  
extraviadas desde hace mucho tiempo  
allá lejos  
en región de penumbra o desdicha.* ☽

### Nota:

<sup>1</sup> Este ensayo fue publicado por la revista *Atenea* 485 de la Universidad de Concepción de Chile en el 2002, se señala en dicha publicación que esta obra fue originalmente la Conferencia leída en el Tercer Congreso de Poesía Hispana —Europa y las Américas—, realizado en la Universidad de Pécs, Hungría, desde el 15 al 20 de marzo de 2002. Lo reproducimos en *Letras del Ecuador* con permiso de su autor.

## CINE Y EXILIOS

### Christian Kupchik'

**El exilio...  
esa tierra  
de nadie  
que habita  
en todos, esa  
permanente  
y acechante  
sensación de  
extranjería  
toca de cerca  
con sus polvos  
cuanto nos  
rodea...**

Cuando los relojes marcan la hora invertida; cuando los árboles de tu calle dejan de saludarte y te sientes observado como una pantera enferma; cuando esperas una respuesta que no llega desde el viento ausente, una respuesta de aquel rostro desconocido, de una botella rota, una respuesta cualquiera (y no llega); cuando la distancia te invade y pisas los restos de memoria por el asfalto que no reconoce tus pasos; cuando el vacío se encabrita sobre tu corazón, sobre tus ojos, con la furia callada de un saxo seco; cuando ya no queda ni ayer ni mañana y el cartero no viene; cuando el neón te devuelve una palabra equivocada; cuando el rostro de ella deja de pertenerte... Entonces, muchacho, ya no hay más excusas: algo así es el exilio.

Desde que Ulises debió partir de Itaca —o quizás mucho antes— el exilio significó una pena que por

siempre acompañó el destino de los hombres. El castigo era una compensación a pagar por una culpa política, pero el costo de la política (al igual que sucede con el amor), no es tan difícil de definir. Ni siquiera la política en su significado más amplio puede enmarcarse en un rótulo único y abarcativo sin caer en el simplismo más absurdo. De modo que el exilio tampoco es susceptible de ser equiparado a la noción lisa y llana del destierro, por el hecho de que sería insuficiente. Tan doloroso puede resultar verse obligado a renunciar a un país o a un paisaje, como al cuerpo de la mujer amada, a la infancia o al color de un cielo. Todo ello es exilio y puede estar motivado por causas «políticas» o no, aunque, lo sabemos, siempre será político. La sola imposición del *no retorno* ya denota su condición política.

El exilio, en consecuencia, esa tierra de nadie que habita en todos, esa permanente y acechante sensación de *extranjería* (en el sentido que Albert Camus le dio a este término), toca de cerca con sus polvos cuanto nos rodea.

Obviamente, el cine no podía estar ajeno a esta temática. Mucho menos si

consideramos que en sí mismo, el cine nació como un arte exiliado del panteón sagrado, que muchos (muchos) de sus principales artífices, desde F. Lang a R. Polanski, han sido ilustres exiliados. Andrew Sarris, por ejemplo, advirtió que las películas que Robert Siodmak realizó en los Estados Unidos son más germánicas que las que hizo en Alemania. El caso de Siodmak se hace más interesante al observar que, en realidad, nació en Memphis, Tennessee, y que su madre era americana, aunque bien es cierto que siendo un niño fue llevado a Alemania. Es de suponer entonces que Siodmak fue un doble exiliado: en su país natal y en el de adopción.

Esta observación aparentemente banal plantea complejas cuestiones sobre el *estilo* colectivo de un cine nacional, sobre la función del género como determinante de ese estilo y acerca del campo que, dentro de un género, pueden abarcar las preocupaciones temáticas y estilísticas de un artista.

Esta deformación especular (que refleja y especula) que plantea en su condición esencial todo exilio, se paseó por la obra de numerosos directores y por una diversidad enorme de filmes. A veces, sin siquiera sospechar que nos estaban hablando del exilio, éste se constituía como materia prima revelándonos sus curiosos

trajes. Lo que sigue será un breve recorrido por las sinuosas calles de ese laberinto sin salida. Es obvio que las posibilidades son ilimitadas y los filmes que se citarán a continuación constituyen apenas un breve muestreo de las alternativas de ese tobogán gigantesco que implica todo exilio: bajamos, pero sin saber dónde caeremos. Y subir nuevamente será siempre difícil.

#### EL CÍRCULO INTERIOR

*Cristo nunca llegó hasta aquí. Ni llegó el tiempo, ni el alma, ni la esperanza, ni las causas ni sus efectos, ni la razón, ni la historia... nadie llegó a estas tierras sino como conquistador enemigo o visitante incomprensivo. Las estaciones pasan sobre el cansancio de los campesinos como hace tres mil años antes de Cristo. En esta tierra oscura, sin pecado y sin redención, donde el mal no es moral pero un dolor profundo vive en cada cosa, Cristo no ha descendido.*

Allí, en el punto exacto donde Cristo se detuvo, fue obligado a vivir su exilio Carlo Levi, desde 1935. Escritor, pintor, médico sin práctica, Levi debió abandonar su inquieta vida burguesa en Turín acusado por el gobierno fascista de conspirar junto a otros intelectuales. Nada demasiado

abierto, ninguna sospecha, pero así es el fascismo. La pena: tres años de confinamiento en Eboli, un pueblo perdido en la región de Lucania. El testimonio de Carlo Levi sobre esa experiencia resulta desgarrador, tanto como la película de Francesco Rosi, basada en el libro del propio exiliado.

El castigo ya de por sí denota una primera curiosidad: el exilio debe ser vivido en el propio país, en el perímetro de un caserío campesino cuyo límite es el cementerio. Cada día, el reo debe presentarse a firmar ante la autoridad local, don Luigino, el registro que certifica su cotidiana prisión. Pero a medida que pasa el tiempo, Levi advierte que no sólo él es el prisionero de ese supuesto destierro: todo el pueblo vive sumergido en él, desde el comienzo de los tiempos.

Sus habitantes no conciben más que dos salidas ante este hecho. Por un lado, la resignación a la que parecen condenados sus miembros más humildes, sin otra fuga que las historias de supercherfías que los animan. Por otro, la huida hacia un nuevo «exilio», América, meca improbable de un paraíso incierto, o África, donde las tropas fascistas luchan en Absinia bajo las promesas de nuevas tierras. Pero todos saben que no existen nuevas tierras, que no existe más tierra que esa porción árida donde se seca la esperanza.

Cuando la hermana de Levi (Gian María Volonté) lo visita, insiste en intentar «hacer algo», movilizar en algún sentido la vida del caserío que se desangra en la espera, prisionero entre la malaria o la miseria o el hastío. La respuesta de Carlo es concluyente: *Las cosas se ven distintas desde aquí. Eboli está más cerca de China o la India que de Turín*. Al despedirla le confiesa: *No sé... creo que siempre he vivido aquí*. Levi advierte entonces su condición de exiliado perpetuo. En Turín como en Eboli, es un pasajero entre dos ríos que no se tocan. Como un modo de superar tal estado, absorbe también la saga de supersticiones locales, pero acepta interactuar con la nueva ficción que le da la vida. Cumplirá su condena, y la llevará para siempre consigo.

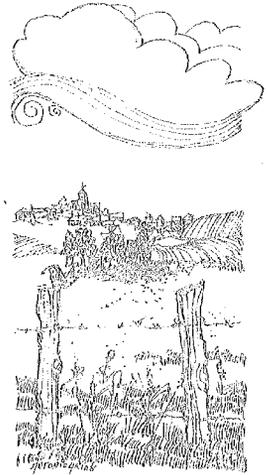
En la misma línea de *Cristo se detuvo en Eboli*, el chileno Ricardo Larraín concibió su filme *La frontera*. En realidad, el guión elaborado junto al argentino Jorge Goldenberg tiene más de un punto de contacto con la historia del italiano, aunque con algunas pinceladas de realismo mágico que no sólo permite asegurarse el embelesamiento de los espectadores europeos, sino también tomar distancia satírica respecto al trágico carácter neorrealista del filme de Rosi. De todos modos, la cercanía argumental no llega a influir en

el resultado final de *La frontera*. Muy bien filmada, con excelentes actuaciones individuales (en particular Patricio Contreras), el filme constituye un excelente testimonio de exilio interior. En este caso es un profesor de matemáticas, Ramiro Orellana, quien debe pagar su culpa en un pueblo arrojado al olvido y la furia de una mar que cada tanto se ocupa de borrar toda huella de vida. También debe confirmar su cautiverio cada día con presencia ante la autoridad —que en ese caso aparece como irremediabilmente imbécil—, y cumplir con una serie de ritos que lo acercan a un nuevo tipo de existencia; a descubrir la falsedad de su libertad pasada y los límites de su encierro actual.

Dos escenas logran transmitir con fidelidad las dimensiones del exilio. La primera, el encuentro con el viejo exiliado español que se ata a sus recuerdos como a una balsa en la cual seguir flotando en la vida. La otra, cuando ingresa en un bar y no encuentra otra felicidad que un baile entre hombres solos, unidos por el alcohol y la tristeza. Ramiro entiende: no hay escapatoria. Aunque se vaya, ya no la habrá. El amor puede ser una salida, pero incluso el amor en ese contexto está condicionado.

*Pasaron muchos años...  
Años llenos de guerra y de  
lo que se suele llamar histo-  
ria. Empujado de aquí  
para allá, a la aventura,  
no pude cumplir con mi  
promesa, dejando a mis  
campesinos sin volver a  
buscarlos. Y ya no sé si al-  
guna vez la cumpliré.  
Hoy, encerrado en esta ha-  
bitación, me es grato vol-  
ver con la memoria a ese  
mundo cerrado, acorrala-  
do entre el dolor y el sufri-  
miento, negado a la histo-  
ria y al Estado. Y siem-  
pre... paciente. Esa tierra  
mía, sin consuelos, sin  
dulzura, donde el campe-  
sino vive entre miserias y  
lejanías su inmóvil civili-  
dad, sobre un suelo árido,  
sin otra presencia que la  
de la muerte.*

Un hombre sin atributos. Con estas palabras Carlos Levi se despedía del mundo, arrastrando consigo su cualidad de exiliado permanente.



## EL TRABAJO DE LAS SOMBRAS

El 5 de diciembre de 1981 pudo ser un día común para la mayoría de los hombres, pero con seguridad resultará imborrable para Nowak y sus compañeros polacos. Ese

día, Nowak llegó al aeropuerto de Heathrow, Londres, con una misión. Debía reformar la casa de su jefe y por ello recibió 1.200 libras, exactamente lo que ganaría por 25 años de trabajo en Polonia. La coartada que presentó ante el oficial de inmigraciones era perfecta: llegaron a Inglaterra para comprar un auto usado. Mostró el dinero y los billetes de salida. Nada que aducir. El oficial le aclaró que la visa sólo era válida por un mes y que no podían trabajar. Nowak dijo *entiendo*. Era verdad: sólo él entendía, ya que sus tres compañeros no captaban una sola palabra de inglés. El oficial se apiadó de la rústica

humildad de los polacos y con una sonrisa cómplice preguntó: *¿Pertenece a Solidaridad?* Nowak se asustó: *No*.

Posiblemetne no mentía, pero daba igual. Al fin y al cabo sólo llegó a Inglaterra para hacer un *Trabajo clandestino*. Con ese título se conoció en castellano *Moonlightning*, excelente testimonio de un célebre exiliado polaco, Jerzi Skolimowski. La riqueza de su puesta radica en varios niveles, pero uno de ellos es mostrar los diversos mecanismos por los cuales un exiliado que llega por motivos económicos se ve incluido también en el orden de lo político. Se podrá aducir que el hecho de que puedan retornar a su país los exime del rótulo de exiliados, pero el tiempo que viven en la cultura impuesta (un día, una semana, un mes) se ve también apresado en las generalidades de la ley del exilio.

Jeremy Iron (Nowak) resulta convincente en su rol de líder que debe asumir la responsabilidad de incorporar los códigos foráneos. Aunque, claro, no son los mismos. Skolimowski tuvo la inteligencia suficiente como para mostrar los choques culturales sufridos por los polacos tamizados primero a través del conocimiento del idioma de su líder y, luego, por el vacío absoluto que rodeaba a los otros tres, quienes ni siquiera se comunicaban con su jefe. La deformidad que provoca la incomunicación al contrastar



con una cultura ajena aparece también, magistralmente, en el filme suizo *The Bus*, del director turco Bay Okan. Allí vemos cómo un ómnibus cargado de campesinos turcos sin dinero ni documentos, es abandonado en el centro de Estocolmo. En sus excursiones nocturnas, con el fin de conseguir algo de comida, los turcos aparecen en una ciudad que les resulta lo más semejante que uno pueda imaginar a otro planeta. Sin el más mínimo signo con el que identificarse, el efecto llega a límites surrealistas.

En el caso de *Trabajo clandestino*, sin embargo, Skolimowski apela a métodos más sutiles para desnudar esa sensación de extrañeza que provoca la falta de pertenencia. Poco a poco, Nowak descubre las pequeñas miserias a las que se ve sometido por la presión de los británicos y la carencia de dinero, lo que lo lleva a elaborar un comportamiento criminal a partir de hechos insignificantes (compra un televisor inservible a un hindú; le roban una bicicleta y él, a su vez, se ve obligado a robar otra que devolverá intacta antes de marcharse; cada mañana debe sustraer el periódico de los vecinos para depositarlo una vez leído, etc.). Por si fuera poco, mediando el trabajo se entera del golpe militar de Jeruzelsky, hecho que oculta a sus paisanos para que no se desconcentren en la tarea que les ha sido encomendada.

La nostalgia —valor común a todo exiliado— que siente por su mujer y los fantasmas que esta ausencia crea, se va transformando poco a poco en un ingrediente cada vez más opresivo. En el límite de sus fuerzas, Nowak se confiesa, no por imperativos de la fe sino para buscar su autoestima perdida. *Los hombres que traje son idiotas, pero me doy cuenta que no puedo manejarlos. Soy más débil que ellos.*

Aislados, perdidos en un mundo ancho y ajeno, el 5 de enero de 1982 los polacos terminan su trabajo. Pero no hay retorno. No los espera más que la sombra de un territorio sombrío.

## DETRÁS DE LA VENTANA

La evidencia llegó con el desierto. El Land Rover se atascó en la inmensidad de la nada. *No me importa*, aulló David Locke al centro de la arena.

Uno de los temas más recurrentes de este siglo tiene que ver con la problemática de la identidad: naciones, pueblos, razas, minorías la reivindican, la reclaman en la necesidad de desenterrarla de oscuros significados. La literatura primero, y luego el cine, según su costumbre, no sólo han sido reflejo de esta obsesión sino que han multiplicado los análisis sobre el *yo* y sus inestabilidades hasta entrever —e incluso

postular— su disolución. Ya a finales del siglo XIX, Pirandello había demostrado mejor que nadie el drama del individuo que de pronto se transforma en *alguien* para todos. Es allí donde se encuentra el peligro: en la imagen que los otros perciben de nosotros y que nos apresa, nos fija, suscitando el deseo de escapar, de no dejarnos atrapar, aun a riesgo de frenar nuestros sufrimientos, de doblar el curso de nuestro destino.

Con seguridad Michelangelo Antonioni conocía en profundidad estas ideas de Pirandello en el momento de escoger la historia de Mark Peploe, *El pasajero*, para filmarla. David Locke (Jack Nicholson) siente que debe partir al exilio de su propio yo, huir de una vida tan perfecta como vacía junto a una mujer que no ama, un hijo adoptivo, y una brillante carrera como periodista televisivo especializado en política africana. La ocasión se le presenta en un perdido hotel del Sahara, cuando su compañero de cuarto, un *outsider* como él, con su *propio nombre* (David Robertson) y una fisonomía similar, fallece de un ataque al corazón. Locke acepta el reto y asume la personalidad de Robertson. Poco tiempo antes, le había preguntado: *¿Qué se ve detrás de la ventana?* Sólo el desierto.

Locke emprende su nuevo camino enfundado en la piel de un traficante de armas.

Por un momento se considera feliz cuando sobrevuela en un telesférico el Mediterráneo, agitando los brazos. En cierta ocasión, su mujer le recriminó:

—*Te involucras en situaciones reales, sin diálogos reales.*

—*Lo sé*—contestó David— *son las reglas del juego.*

Cuando pensaba que podía saltarse dichas reglas, éstas volvieron a atacarlo desde el pasado.

La conquista de una forma, de ser un *alguien por sí* no resultaba tan sencillo para David. Cuando su ocasional compañera le pregunta de qué huye, Locke le contesta que mire hacia atrás. No se ve más que un camino vacío. Antonioni resuelve la tensa encrucijada de esa identidad en el exilio con la sobriedad de una cámara fija en una ventana. *¿Qué hay detrás de la ventana?* quiso saber David una vez más. Una anciana y un niño que pelean sobre qué camino tomar. Polvo, mucho polvo. Nada.

## NOWHERE MAN

Un turista no se parece en nada a un viajero: el primero sabe dónde regresar, el segundo no. La enseñanza de Port/Paul Bowles caló hondo en el corazón de Bernardo Bertolucci al hacer *Refugio para el amor*. Es

curioso: el director italiano debe ser uno de los más brillantes directores del *cine político* de este siglo (su saga *Novecento* es un testimonio claro de ello, sin olvidar películas como *El conformista* o *La estrategia de la araña*), y sin embargo eligió el amor para dejar un alegato conmovedor sobre el exilio. Este destierro, además, fue vivido por el director: después de *Crónica de un idiota* (1981), su último opus de política explícita, no volvió a filmar en Italia.

*Refugio para el amor*<sup>2</sup> encuentra también en el desierto un escenario de la reflexión sobre el vacío ocasionado por el fervor de un amor, cuya intensidad es tan poderosa, que acaba por despersonalizar a cada uno de sus miembros. Port y Kit viajan en el límite de la desesperación para encontrar un espacio común que los abarque, sin llegar a sentirse superados por sus sentimientos. El nomadismo físico al que someten sus existencias es paralelo a la pasión que los une. Luego de hacer el amor en el centro de la nada, en ese momento y bajo ese cielo, Port siente por primera vez algo que lo redime de la distancia. Entonces afirma: *El cielo aquí es muy extraño. A veces, cuando lo miro, tengo la sensación de que es algo sólido, allá arriba, que nos protege de lo que hay detrás*. Cuando Kit quiso saber qué había detrás, Port responde: *Nada, supongo. Solamente oscuridad. La*

*noche absoluta*. Y cuando se hizo la noche absoluta para Port, llegó la hora del peregrinaje para Kit, ahora sí, obligada a un exilio de su propio yo. La partida y la disolución de la identidad, en este caso, está ligada a la pasión. Tal vez, una de las formas del exilio más terribles que existen.

En ocasiones, entre la nada y la eternidad, puede haber apenas un paso. Como un ave extraña, el hombre eleva una pierna sin animarse a dar ese paso decisivo. Es la figura que dibuja Mastroianni en *El paso suspendido de la cigüeña*, del griego Theo Angelopoulos.

Un joven reportero llega hasta un poblado ignoto, en una zona fronteriza donde conviven exiliados de diversas nacionalidades. De hecho, el territorio no es otra cosa que una sala de espera inútil, donde se aglutinan lenguas y sueños herrumbrosos sobre una vida en cualquier sitio. Es en esta ciudad donde descubre un rostro y una imagen. Pertenecen a un conocido político

**el alma  
es un ave  
con un pie  
elevado:  
¿doy ese  
paso o no?**

desaparecido misteriosamente, que eligió exiliarse entre las brumas. Una línea amarilla separa la zona de la tierra de nadie. A pocos metros, una línea roja divide a ésta de lo desconocido. El hombre levanta un pie —como una cigüeña— y dice: *Si doy un paso más, llego al otro lado... o muero.*

Angelopoulos deja un testimonio crudo sobre las condiciones de los exiliados de buena parte del planeta (resulta conmovedor un casamiento dividido por un río), pero también sobre los motivos que llevan a un individuo vinculado a las esferas de poder a encontrar sus pares entre quienes viven suspendidos en el sueño de un lugar. *El siglo se acerca a su fin y las esperanzas con las que había nacido fueron aplastadas*, nos dice Angelopoulos. *Hoy nadie tiene nada que ofrecer. Pero el alma es un ave con un pie elevado: ¿doy ese paso o no?* La respuesta está en cada uno.

#### BLANCO Y NEGRO, CODA

El exilio toma en su cuerpo de goma formas variadas. No se trata de una fórmula química para aplicar de modo automático sobre un molde de plástico. Un hombre fuera de su habitat natural por cuestiones ideológicas no necesariamente es un exiliado. Lo que se da como un supuesto evidente puede devenir en una imagen grotesca

de un fenómeno tal como el que nos ocupa. Ejemplos sobran, aunque uno de los más claros fue la absurda *machietta* de Fernando Solanas en *El exilio de Gardel*.

No basta con reunir anécdotas extraídas de la peor literatura, sumarla a una pizca de algo que se identifica con humor, mostrarnos un París de postal barata y un par de temitas musicales al gusto de la clase media porteña para definirnos el «exilio». De acuerdo: pinchar cabinas, participar en manifestaciones (nunca tan prolijitas), idolatrar el mate o el tango es un folklore más o menos extendido con el que cualquier rioplatense puede identificarse; pero hacer pasar esto como un *alegato único del exilio* ya es golpear bajo. En todo caso, a Fernando Solanas, Pino, no le fue tan mal sacando rédito del fenómeno. Al menos terminó dedicándose un poco a la política.

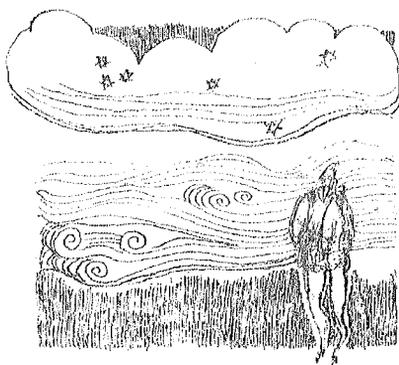
Sin pretender reflejar el exilio, Jim Jarmusch lo logró plenamente en *Stranger than Paradise*. Los tres personajes principales, el húngaro que se niega a hablar húngaro (John Lurie), su amigo estadounidense (Richard Edson) y su prima recién llegada (Eszter Balint), balbucean su odisea intentando encontrar una respuesta a sus raíces a través de su recorrido desde Nueva York a los hielos de Cleveland, y de allí al calor de la Florida. Ninguno de los tres, en ningún momento, alcanza armonizar con la realidad que le toca

vivir, y los tres disimulan el desamparo por medio de la huida, los juegos o el silencio. No queda espacio para más. El exilio es así: como la sonrisa que extravió la Gioconda. 📖

#### Notas:

<sup>1</sup> Este artículo es tomado de la revista M Cine N° 3 y se publica con su permiso.

<sup>2</sup> El film de Bernardo Bertolucci es también conocido en algunos países de habla hispana como «El cielo protector».



## CARTA AL JOAQUÍN (sobre un guión cinematográfico)

Juan Martín Cueva

*Me han propuesto que publique el guión de «El lugar donde se juntan los polos», película estrenada en el Ecuador hace dos años. Me parece necesario explicar qué es lo que se publica.*

*El guión cinematográfico no es un texto escrito para ser publicado. Es un instrumento dentro del proceso de producción de una obra que no será hecha únicamente de palabras, sino que construye un discurso con imágenes y sonidos. El guión es uno de los primeros elementos que debe estar listo para iniciar el trabajo, y estará presente hasta el último día, pero rara vez será leído por personas ajenas al equipo técnico y artístico de producción, y casi nunca lo que está escrito en el guión se encuentra en la película tal cual: siempre hay cambios.*

*Un guión es un texto que pasa por muchas versiones desde la primera, que es una idea de lo que será la película, de uso casi exclusivo del director, a la última, que sirve para la edición y la post-producción. En el caso de este documental, el primer texto fue escrito en español, y era solamente la «carta», que luego se convirtió en voz en off, pero distaba mucho de lo que finalmente es la película. La última versión estaba en francés porque mi productor era francés y necesitaba que le presentara los textos en francés, y en un momento dado dejé de escribir en ambos idiomas las distintas versiones. Ésta es la última versión «completa» (aunque resumida) que tenía en español.*

*Contrariamente a lo que a veces se piensa, el cine documental sí necesita un trabajo de escritura de guión. «El lugar donde se juntan los polos» fue primero «Carta al Joaquín», una carta filmada para mi hijo, con la idea de contarle la historia de su(s) familia(s) como pretexto para decir ciertas cosas a propósito de mi (nuestra, la de mi generación) manera de ver América Latina, o manera de ver el mundo desde*

*nuestro continente y desde nuestro momento. La historia que su mamá y su papá vivimos, o por lo menos la que percibimos en nuestra infancia, porque nos fue transmitida, consciente o inconscientemente, por nuestros padres. La idea se complementaba con una especie de diario filmado en París, lugar donde vivíamos y adonde se regresaba repetidamente después de explorar otras épocas y otras tierras.*

*La historia pasada estaba ahí y el trabajo consistía en escoger momentos y maneras de contar lo sucedido. Pero el presente nos sorprendía y se metía en la parte «diario filmado» de la película. Esta parte era imposible de guionizar, y por eso la película fue cambiando y en algunos aspectos se aleja mucho de lo que se publica aquí. No podíamos prever que iban a arrestar a Pinochet en Londres, que los indígenas ecuatorianos iban a tumbar a Mahuad, que iba a morir Víctor, el abuelo de Joaquín, o que iba a nacer Amalia, su hermana...*

*Releyendo este guión para publicarlo, me doy cuenta de lo tanto que ha cambiado lo que está descrito. Si habría seguido escribiendo, el guión me habría obligado a filmar otras cosas, o de otro modo, porque la vida seguía pasando y las cosas seguían cambiando. Por suerte había que filmar, había que ponerle punto final a la edición, había que decir se acabó, y ese presente ya es pasado, y ese pasado fue así, por lo menos para mí, frente a mi cámara, dentro de mi cabeza o ante mis ojos, ese fue mi presente, muy distinto del de cada quien...»*

Juan Martín Cueva  
marzo de 2004

## CAUSAS Y AZARES (INTRODUCCIÓN)

Imágenes de cine super8 (silentes). Algunos planos que describen las actividades normales de un niño de alrededor de un año: juego, llanto, comida, gateo, risa, sueño, etc.

Entre los planos de esta secuencia, inclusive entrecortándolos, aparece repetidamente llenando la pantalla la palabra: QUIZAS.

Joaquín tiene entre sus manos una pequeña caja de música. Juega con su papá tratando de hacer girar la pequeña manivela del aparatito, pero el mecanismo es demasiado pequeño para sus movimientos imprecisos. Algunas notas logran salir de la caja de música hasta que su papá le muestra cómo debe hacerlo. Se escuchan entonces los acuerdos iniciales de *La internacional*.

Se siguen escuchando las mismas notas mientras se ve que Joaquín se queda dormido en su cama. Poco a poco se empieza a oír, además, una guitarra eléctrica tocando una versión rock del bolero «Quizás, quizás, quizás». (Es el final de la canción «Perhaps, perhaps, perhaps», interpretada por *Cake*).

Empieza entonces a oírse la voz de su papá y los demás sonidos desaparecen:

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Querido Joaquín, me voy a contar una historia. No para que te duermas, sino más bien para que se encienda en ti la curiosidad de saber de dónde vienes.*

*Te voy a hablar de cosas que te parecerán muy alejadas de ti, de tus preocupaciones diarias: te voy a hablar de una revolución en Cuba, de un*

*mercedes blindado que estalla en Asunción, de una cárcel de lujo en Londres y de otra prisión en Santiago, de una década desconcertante en Nicaragua, de una huelga en un ingenio azucarero en el Ecuador...*

*Podría creerse que estas cosas no tienen nada que ver con la vida de un niño que tiene dos años en París en el año 2000, pero no hay tal...*

*No hay tal: esas cosas han entretreído la realidad de tal manera, a que yo esté hoy filmando cosas del presente tratando de hablarte de un pasado que ya no está aquí, pero que no debería perderse. Relación de la familia con América Latina: cómo se conocen en París dos ecuatorianos y cómo nace, dos años más tarde, Joaquín.*

Octubre del 98. La coincidencia de dos acontecimientos, uno de carácter familiar, otro de implicaciones más colectivas, sirve para introducir la relación entre lo que pasa hoy en América Latina y ciertos episodios de su historia:

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *En octubre del 98 tu mamá se fue a Cuba, a acompañar a tu abuelo Victor durante un tratamiento, porque estaba enfermo. Nosotros nos quedamos en París, y en una bella tarde de otoño, preparándonos para ir a dar una vuelta, escuchamos en la radio una noticia que venía de Londres.*

Grabación de la información radiofónica del arresto de Pinochet en Londres.

Sobre imágenes de París en super8, y luego de Joaquín en su coche, o en un arenero del parque, y en un tobogán, se escucha el principio de la canción de Silvio Rodríguez «Causas y Azares»:

*Cuando Pedro salió a su ventana  
No sabía, mi amor, no sabía  
Que la luz de esa clara mañana  
Era luz de su último día  
Y las causas lo fueron cercando  
Cotidianas, invisibles,  
Y el azar se le iba enredando  
Poderoso, invencible...*

TODAS LAS ILUSIONES,  
TODOS LOS INTENTOS,  
TODAS LAS UTOPIAS

VÍCTOR, un pasado.

Chile, fines de los años 60. Una página de una revista chilena en la que está impresa una serie de fotografías de identidad bajo el título 'Personas buscadas por la policía'. Entre las fotos, la de Víctor Romeo, abuelo materno de Joaquín.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *En la América Latina de fines de los años 60 lo que sucedía en Cuba estaba en todas las mentes, en todos los corazones. En Santiago, Víctor pensaba en Cuba, ese país en el que había vivido seis años, en el que había terminado la secundaria, en el que había tenido su primera experiencia revolucionaria en las Fuerzas Armadas Revolucionarias. En Cuba se había casado y en Cuba nació su hija, tu mamá, Francisca.*

*Regresando a Chile se había convertido en un militante del MIR, organización de izquierda radical que quería y había optado por la lucha armada para cambiar las cosas.*

Primer extracto de la conversación con Víctor, grabada en agosto del 99. En él, Víctor habla de las razones que lo llevaron al combate

armado y de los acontecimientos en torno a la elección del socialista Salvador Allende a la presidencia de Chile en 1970.

VÍCTOR: *El triunfo de Allende plantea a la izquierda revolucionaria un nuevo problema: de ser un movimiento pequeño pero que estaba a la ofensiva de pronto pasamos a la defensiva. El momento que triunfa empezamos a esperar el golpe de estado. Pasamos de la clandestinidad a la legalidad porque Allende nos indulta, pero sabes que es una legalidad que tiene un corto período. El triunfo de Allende, en lo personal, te da acceso a todo lo que te da la sociedad, en el caso concreto nuestro vivimos casi un año juntos, ¿no? Eso no hubiera sido posible si no hubiera ganado Allende.*

Un extracto de *Le fond de l'air est rouge* de Chris Marker: Allende conversa con un grupo de mineros. Descripción de lo que fue el gobierno de Allende.

QUITO, mirando a otras partes.

Secuencia describiendo el ambiente en la familia de Juan Martín (papá de Joaquín) en Quito, Ecuador. Se escucha una canción de Víctor Jara.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *¿Y qué pasaba, mientras tanto, a mi alrededor?*

*En el Ecuador lo único que pasa es una línea imaginaria, decía una broma. Vivíamos pendientes de lo que pasaba bajo otros horizontes, en Chile, en Cuba, que de lo que sucedía en nuestro país. Escuchábamos a Víctor Jara, el cantante chileno ejecutado en el estadio nacional. Una de sus canciones me vuelve a la mente cuando me acuerdo de ese tiempo...*

*CHILE, golpe de estado.*

Santiago, 11 de septiembre de 1973. El rostro de Salvador Allende ocupa la pantalla. Se escucha su voz cuando dice estar dispuesto a morir antes que rendirse ante los militares golpistas. Nuevo extracto de la conversación con Víctor. VÍCTOR: *Yo me entero del golpe de una forma muy anecdótica. Donde yo vivo, en el fondo del terreno habían unos cuidadores, entonces la señora me golpea a la puerta: despiértese que vaya a defender a Allende que hay un golpe de estado. Me voy a la zona que me corresponde, a las ocho, nueve de la mañana. Sacamos barricadas en dos entradas al pueblo, la gente como a las doce del día ya está llenando las embajadas.*

*Nadie tenía un plan de reacción en caso de golpe, nadie estaba preparado, ni el MIR ni nadie. El único que tenía las cosas claras era Allende.*

*EN MI MEMORIA. La política.*

Quito en 1975. Imágenes de un intento de golpe de estado.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Mi primer recuerdo personal que tiene que ver con un acontecimiento político es el de un 32 de agosto de 1975, en Quito. 32 de agosto, sí.*

*Un grupo de militares de extrema derecha lanzan un intento de golpe de estado, que fracasa. El gobierno prohíbe que se hable de lo sucedido ese 1ro de septiembre, y para referirse al hecho se habla entonces de los sucesos del 32 de agosto. Los golpistas fueron a refugiarse en Chile. En el Chile de Pinochet, y creo que recién entonces entendí un poco mejor lo que había pasado en Chile dos años antes.*

*GUAYASAMÍN, las huellas, los trazos, las cicatrices.*  
Un óleo del pintor ecuatoriano Osvaldo Guayasamín, retrato de «Tania».

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Este cuadro es un retrato de Tania, la guerrillera que acompañó al Ché Guevara en su campaña boliviana. Guayasamín lo obsequió a Allende, que lo tenía en la Moneda. El día del golpe este óleo sufre graves daños, pero Guayasamín no quiso restaurarlo completamente porque pensaba que las huellas de las bayonetas son pinceladas tan importantes que las suyas, huellas de una historia que no ha terminado, de esta historia que se sigue escribiendo, en la actualidad, en Londres...*

Extracto de un informativo del 8 de octubre de 1999: *la justicia británica da paso al procedimiento de extradición de Pinochet a España.*

Los manifestantes festejando este hecho, alguien porta la foto de un desaparecido. Se escuchan las primeras líneas del auto del juez Garzón:

VOZ OFF LOCUTOR: *Augusto Pinochet Ugarte, (nacido en Valparaíso, Chile el 25 de Noviembre de 1915, Cédula Nacional de Identidad Chilena n° 1.128.923., actualmente detenido a efectos de extradición en Londres) el día 11 de septiembre de 1973, encabezó un golpe militar que dio como resultado el derrocamiento y muerte del Presidente Constitucional de Chile, Salvador Allende. El mismo día ordena la detención y posterior desaparición de las siguientes personas:*

*Jaime Barrios Meza, de 47 años, Gerente General del Banco Central y Asesor del Presidente; Daniel Escobar Cruz, de 37 años, militante del Partido Comunista, Jefe del Gabinete del Subsecretario*

del Interior; Egidio Enrique Huerta Corvalán, de 48 años, Intendente de Palacio; Claudio Jimeno Grendi, de 33 años, sociólogo, dirigente del Partido Socialista...

VÍCTOR, *la posibilidad real de morir.*

VÍCTOR: *¿Qué aprendí del golpe, de mi caída, del balazo? Que es más fácil morir cuando uno se deja morir. Después de que me balean, me patean, hay un momento en que me cogen la cabeza por atrás y me levantan, así, y me ponen el fusil, que es el típico remate. Me preguntan dónde están los otros y yo respondo de una manera muy autoritaria, lo que desconcierta al militar, porque el militar instintivamente responde a la voz autoritaria. Yo respondo con personalidad y ya no me sienten como una masa de carne que puede matar.*

*Mi gran preocupación era la tortura y la información. Uno lleva tantos años en esta cosa que va acumulando información. La Dina una vez vino a interrogarme, con ganas de llevarme, y yo creo que no me llevaron también por la nacionalidad (francesa).*

Una rápida sucesión de fotos de personas desaparecidas. La misma voz que empezó a leer el auto de Garzón sigue leyendo una lista de nombres:

VOZ EN OFF LOCUTOR: *Claudio Jimeno Grendi, de 33 años, sociólogo, dirigente del Partido Socialista, asesor del Presidente; Georges Klein Pipper, de 27 años, médico psiquiatra, dirigente del Partido Comunista, asesor del Presidente; Edardo Paredes Barrientos de 34 años, médico dirigente del Partido Socialista, asesor del Presidente...*

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Ese 11 de septiembre del 73, mientras Víctor cae en un extremo de*

*Santiago, con un balazo en la espalda, grupos de militares buscan en cada barrio a los 'extranjeros'. Al otro extremo de la ciudad, llegan a una casita de madera donde les han dicho que vive una cubana... pero la cubana que buscan es una niña que acaba de cumplir 6 años, es la hija del Guajiro, Francisca, tu mamá.*

FRANCISCA, *la cubanita en la embajada ecuatoriana.*

Francisca, de niña, en Santiago de Chile (fotos). En la actualidad, secuencia en la que ella cuenta sus recuerdos del día del golpe y los días posteriores, refugiada con su madre en la embajada ecuatoriana.

FRANCISCA: *(narra cómo vivía, de niña, el proceso que estaba viviendo Chile, donde ella vivía con Pilar Bustos, su mamá. Debería contar algo personal sobre Allende, que era amigo de la familia...).*

Un par de dibujos de Pilar Bustos: la cámara sigue de cerca la línea negra mientras se escucha en off la voz de Francisca.

FRANCISCA: *(Narra lo sucedido en Santiago cuando se produce el golpe: ella se refugia con una tía en la Embajada del Ecuador y luego la alcanza Pilar, a los pocos días salen hacia Quito).*

El estadio nacional: los prisioneros en los graderíos.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Víctor logra salir del país después de año y medio de cárcel, gracias a su pasaporte francés. A principios del 75, llega a París. Su hija viene a estar con él unos meses. Fue la primera vez que coincidimos en esta ciudad, tu mamá y yo, pero ni nos conocíamos. Andábamos por los diez años de edad.*

*ECUADOR de azúcar y sangre.*

Juan Martín y sus padres en París, en invierno del 76 (fotos de familia).

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Si, yo estaba en Francia en el 76. Mi papá era consejero cultural en la embajada del Ecuador, yo iba a la escuela. Un día, regresando a la casa, mis papás parecían inquietos. Nos sentamos a la mesa y mi papá nos contó que habían sucedido cosas graves en el Ecuador.*

Un paisaje de la parte costera de la provincia de Cañar, donde está el ingenio azucarero de Aztra. Artículos de periódico, titulares sobre la huelga y la masacre.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Los obreros en huelga habían ocupado el ingenio. Los militares llegaron para reestablecer el orden. En las filas de los obreros los muertos se cuentan por decenas... Mi papá nos dice que no puede seguir trabajando para un gobierno así. Aceptando su renuncia, los dictadores tuvieron la honestidad de advertirle que por el bien de su familia era mejor que no regresara al Ecuador. Pasamos de diplomáticos a exiliados, de la noche a la mañana...*

JOAQUÍN, un abuelo.

Joaquín con sus padres en el aeropuerto, con maletas, pasajes, etc...

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Un tiempo después el Ecuador volvía a la democracia. Regresamos a vivir en Quito. Casi al mismo tiempo Víctor llegaba al Ecuador a ver a su hija, tu mamá. Pero no se iba a quedar mucho tiempo: a principios del 79 se va para Nicaragua. Han pasado 20 años, y ahora cogemos el avión para ir a ver a tu abuelo Víctor en Managua.*

*NICARAGUA, Sandinistas.*

Nicaragua, 79. Archivos: la toma del poder por el Frente Sandinista, la huida de Somoza... Actividad política de los Sandinistas en los barrios de Managua.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *El Frente Sandinista pone en jaque a la dinastía hasta que Somoza huye. Nicaragua se convierte en julio del 79 en la nueva esperanza del continente. Hay quienes la comparan con la revolución cubana, 20 años antes, otros con lo de Allende, 10 años antes. En todo caso ese pequeño país se convierte en el emblema de la juventud latinoamericana en los años 80.*

VÍCTOR, un segundo pasado.

Nuevo extracto de la conversación con Víctor. Cuenta cómo se dan las cosas para ir a Nicaragua y su llegada, en julio del 79, a Managua.

VÍCTOR: *En abril o mayo del 80 se me plantea que me haga cargo del cuartel que en la época de Somoza era el más importante de Managua, donde estaban las cárceles. Asumo el mando de 700 hombres y más o menos 700 presos. Era como un símbolo del poder anterior, yo no quería hacer vida militar en Nicaragua... pero se dieron esas circunstancias.*

*Abí cada uno tenía su arma, su uniforme, no había ningún orden. Es igual que la revolución mexicana cambiando los caballos por jeeps.*

*Yo ayudaba a construir un poder revolucionario, y en ese sentido lo que hacía era absolutamente coherente con lo que había hecho antes, que me haya tocado ser policía es anecdótico, como fue anecdótico que en otro momento me tocó ser asaltante... pero es lo mismo.*

*PINOCHET ¿una justicia?*

Asunción, Paraguay, septiembre de 1980. Imágenes de TV informando del atentado en que Somoza pierde la vida.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *A Somoza lo liquidó un bazoocazo en el Paraguay de su amigo Stroessner. Pinochet sigue por ahí, esperando en Londres que una parte de sus crímenes sean juzgados, una pequeña parte que sería más que suficiente para que lo condenen...*

París, actualmente. La misma voz de secuencias anteriores retoma la lectura de la lista de muertos y desaparecidos.

VOZ EN OFF LOCUTOR: *Benito Torres Torres, de 57 años, instalador sanitario, detenido el día 11.9.73 sobre las 21h por los Carabineros en su domicilio, fue muerto al día siguiente con una bala en el tórax, abandonado en el lugar conocido como Los Barrancos;*

*Roberto Quintiliano, brasileño, 29 años, ingeniero, militante del partido comunista, arrestado el 12/9/73, conducido a la Escuela Militar, donde se le pierde la pista;*

*Sócrates Ponce Pacheco, de 30 años, ecuatoriano, abogado, detenido el 11 de septiembre, por los Carabineros que le trasladan al Regimiento Tacna...*

VÍCTOR, dudas.

Extracto de la conversación con Víctor.

VÍCTOR: *Esta revolución fue muy confusa. El momento de mayor fuerza de los contras fue en el 84, porque el poder no realizó una reforma agraria de distribución de la tierra y los campesinos no entendían eso. Esta revolución no fue campesina, es una revolución urbana, en el 84 se comprende muy*

*tarde que gran parte de los campesinos de las zonas alejadas está en contra de la revolución, y se empieza a repartir tierra de manera atolondrada.*

*Incomprensión de lo que pasa en el campo, formas de reclutamiento equivocadas para enfrentar a la contra. En el 86, 87 se ha evolucionado a una situación en que se ven las diferencias entre los distintos estratos, si perteneces o no al partido, de alguna manera eso refleja la corrupción de arriba.*

Imágenes de la guerra con la Contra. El comentario restitua el conflicto en el contexto de América Latina en sus relaciones con Estados Unidos a lo largo del siglo.

QUITO, dos familias.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *La democracia volvía al país y nosotros a Quito. Volver a ver a los viejos compañeros de escuela, y a la familia. Las familias, digamos, dos familias que todo separaba: en Cuenca una familia de abogados, de profesores, de funcionarios públicos, de periodistas. Clase media más bien acomodada, familia grande apegada a sus ideas de izquierda en una ciudad de provincia. En Quito en cambio, la familia de mi mamá. Conservadora, católica, adormilada en los barrios altos de la capital alrededor de mi abuelo, militar retirado, dirigente del partido conservador. Economistas, empresarios, mujeres ejerciendo de madres o de esposas ejemplares.*

Ecuador, años 80. Un joven presidente es elegido pero apenas un año más tarde muere en un curioso accidente de avión. Noticias resumiendo ese periodo, fotos de pintas en las paredes, referencias a Chile, a Nicaragua, a El Salvador.

La voz que lee el auto del juez Garzón retoma su letanía:

VOZ EN OFF LOCUTOR: 27 mayo 74, Reyes González Agustín Eduardo, 23 años. 4 junio 74, Cubillos Gálvez Carlos Luis, 20 años. 15 junio 74, Zúñiga Gómez Eduardo Humberto, 27 años. 18 junio 74, Espinoza Méndez Jorge Enrique, 24 años.

Manifestaciones en Santiago, Imágenes del centro, de los barrios populares.

Quito: un barrio del centro, escenas de la ciudad, noticias sobre el triunfo electoral de Febres Cordero (candidato de la derecha). Se escucha al autor retomar el comentario:

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: 1984 es el año en que termino el colegio, en que me voy de viaje al Perú con un par de amigos, en que un candidato de derecha radical gana las elecciones en el Ecuador. El año en que me afilió al Partido Comunista.

Con ese gobierno los conflictos sociales se agudizan, la vida política se radicaliza... el país rompe relaciones con Nicaragua. Es como un eco de lo que había pasado con Cuba veinte años antes...

CUBA, ahí empieza toda esta historia.

Cuba, años 60. Imágenes de la invasión frustrada de Bahía de Cochinos... La Habana en los momentos de fervor revolucionario.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: El 1ro de enero del 59 los revolucionarios toman el poder en Cuba. El dictador Batista huye del país y el régimen se ve enfrentado cada vez más abiertamente a los americanos. Dos años más tarde Estados Unidos intenta invadir la isla. La agresión se acompaña de otros ataques: los países latinoamericanos, uno tras otro, rompen sus relaciones con Cuba.

En 1962 es el Ecuador el que rompe. El embajador prepara sus maletas y su mujer le anuncia que ella se queda. Esa mujer que se queda con sus hijos en la Habana y se vincula con el régimen es tu bisabuela. Por eso es que tu abuchita Pilar está en Cuba en 1966, cuando conoce a tu abuelo Víctor, y por eso es que tu mamá nace en La Habana, en 1967.

Cuando ella nace en Cuba, yo, a diez mil kilómetros de ahí, empezaba a gearar.

QUITO-PARÍS. de la una generación a la otra. Quito en 1965: fotos del matrimonio de los padres de Juan Martín.

París 1966. Un periódico. Titulares sobre Cuba.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: Sí, yo nací en París en 1966. ¿Qué hacían tus dos otros abuelos en Francia? Tu abuelo tenía 25 años, se acababa de casar y la pareja se vino a seguir sus estudios en París. Él, antropología, ella, civilización francesa: venían de dos mundos muy distantes, y París era tal vez el territorio neutro para comenzar la vida juntos. Del lado de mi papá estaban las ideas de izquierda, la actividad política de mi abuelo Carlos, diputado socialista. Del lado de mi mamá estaban la derecha y la religión, y los traqueicos de la vida pública de mi otro abuelo, Rafael, militar retirado, diputado conservador...

Lejos del Ecuador, donde tantas cosas tendían a separarlos, me gusta imaginar a mis papás, al nacer yo, enfrentados a las mismas dudas que hoy a nosotros nos plantea tu presencia. Tantos años después, tantos muertos después, tantas ilusiones desbaratadas, tanta ilusión que no sabe ya dónde meterse...

París en la actualidad. La lista de nombres vuelve a escucharse:

VOZ EN OFF LOCUTOR: 25 junio 74, Villarroel Gangas Víctor Man, 18 años. 8 julio 74, Acuña Castillo Miguel Ángel, 18 años. 8 julio 74, Garay Hermosilla Héctor Marci, 18 años. 10 julio 74, Toro Romero Enrique Segundo, 28 años...

VÍCTOR, la decepción.

Nuevo extracto de la conversación con Víctor.

VÍCTOR: *En Nicaragua se dio un proceso en los primeros años, en que venían cristianos revolucionarios y sentían que éste era su proceso; venían marxistas y sentían que éste era su proceso; venían social-demócratas de izquierda y sentían que éste era su proceso; todo el mundo se sentía identificado en un proceso que nunca estuvo muy bien definido. Yo creo que de toda la izquierda en América latina cada uno quiso ver en Nicaragua el fenómeno que esperaba y no se fue lo suficientemente profundo para decir el fenómeno de la revolución nicaragüense corresponde a la realidad nicaragüense, y no a la que yo quisiera que existiera. Por eso los cubanos se sintieron tan decepcionados de Nicaragua, todo el mundo se sintió decepcionado...*

#### COMPROMETERSE A DESTIEMPO (CONCLUSIÓN)

París en la actualidad. Joaquín y sus papás en la casa.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Cuba, Chile, Nicaragua... cuando te hablo de hace diez, veinte o treinta años las cosas parecen más vivas, parecen tener más sangre circulando, más cuerpo. Y cuando te hablo de mí, de hoy, de lo que escribo, de lo que filmo para ti, resulta que son recuerdos*

*de recuerdos, el relato de algo que me fue relatado, la foto de una foto envejecida, un pedazo de película en la que se ve el cuerpo de alguien que ya ha muerto... ¿Por qué?*

Se vuelve a escuchar la guitarra de Cake (Perhaps, perhaps, perhaps.) mientras se ve una toma de cine (16mm) vieja y rayada, quizás alguien caminando por una calle de París, quizás una pareja en un parque...).

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Quizás porque cuando llego a una edad en que puedo decidir ya las cosas estás resueltas, la suerte está echada, y termino tomando posición con respecto a alternativas obsoletas, me inscribo en una corriente que ya se está agotando, reivindicando para el futuro modelos que ya pertenecen al pasado...*

Los años 80 se terminan con dos hechos que, aunque muy distantes entre sí, significan para mí el mismo fracaso y me ponen frente a las mismas dudas: la caída del muro de Berlín y el final de la experiencia Sandinista.

Un indio viejo se aleja por una calle de un barrio popular de Quito.

La lectura de los nombres del auto del juez Garzón recomienza.

VOZ EN OFF LOCUTOR: 15 julio 74, Lara Petrovich Eduardo Enríque, 35 años. 15 julio 74, Moreno Fuenzalida Germán Rodol, 25 años. 6 septiembre 74, Morales Chaparro Edgardo Agosto, 38 años. 7 septiembre 74, Aedo Carrasco Francisco Eduardo, 63 años...

Una telenovela venezolana doblada al árabe o al turco. Un movimiento de cámara nos lleva de la pantalla a una ventana: estamos en París.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Diez años pasan, mucha agua corre bajo los puentes, aquí y allá. Cuando digo allá, ahora, estoy pensando en el Ecuador, pero poco importa, podría ser Marruecos, Japón o Malasia: por todos lados debe haber papás tratando de explicar a sus hijos de dónde vienen, a falta de poderles decir a dónde van.*

Imágenes de la caída del muro de Berlín.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Parecería que todo ha cambiado y que los combates de ayer son una cursilería, una cosa del pasado, una necesidad; Pero qué es lo que ha cambiado tanto? Los problemas de la miseria en América Latina no han desaparecido, ahí están, tan presentes como antes, tan indignantes.*

*Y mi generación está a punto de pasar sin dejar una sola huella, sin dar a luz. A punto de escurrirse entre la nostalgia y la mirada burlesca con la que ve a la generación anterior... ¿Qué te voy a transmitir? ¿Qué te voy a dejar? ¿Nada más que estas dudas, estas indecisiones, esta impotencia?*

Un extracto de *Chile, La memoria obstinada*, de Patricio Guzmán. Jóvenes chilenos de los años 90 lloran mirando las imágenes de lo que fue la represión después del golpe de estado. Después de un momento la voz del autor sigue su comentario.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Los rostros de esos jóvenes chilenos que miran hacia su pasado sin reconocerlo, esa es la mirada mía frente a los acontecimientos de los que te hablo. La misma mirada, pero desde lejos.*

Vuelve a escucharse la lectura del auto de Garzón.

VOZ EN OFF LOCUTOR: *14 septiembre 74, De Castro López Bernardo, 36 años. 14 septiembre 74, Durán Rivas Luis Eduardo, 29 años. 17 septiembre 74, Villalobos Díaz Manuel Jesús, 22 años...*

Obreros jóvenes esperando algún trabajo, en la actualidad, en Quito.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *¿Ya no existe ese sufrimiento? Claro que existe. ¿Ya no existe esa violencia? Sí, ahí está. Pero ya no somos capaces de proponer frente a ella alguna alternativa realmente distinta. La solidaridad ha sido reemplazada por la piedad. Las condolencias: nos repartimos el dolor en vez de compartir una esperanza, un combate, una certeza. Hoy compartimos las dudas, las incomprensiones y las impotencias.*

*¿Y para qué sirve la memoria? ¿Para acordarnos de lo horrible que fue el comunismo y olvidar lo terrible que sigue siendo el capitalismo?*

La tienda de enfrente de la casa de Joaquín, por la ventana. Escenas de vida del barrio. Sobre estas tomas se escucha otro extracto de canción de Silvio Rodríguez:

*Cuando acabe este verso que canto  
Yo no sé, yo no sé, madre mía  
Si me espera la paz o el espanto  
Si el ahora o si el todavía  
Pues las causas me andan cercando  
Cotidianas, invisibles,  
Y el azar se me viene enredando,  
Poderoso, invencible...*

Sobre los acordes finales de la canción, que se van perdiendo poco a poco, inicia un montaje rápido de imágenes de las familias de Juan

Martín y Francisca, de Víctor, del período Sandinista en Nicaragua, de Fidel, de Allende, y finalmente de indígenas ecuatorianos...

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Estamos en París. Un nuevo siglo empieza, la barriga de tu mamá no deja de crecer, un bebé llega y nos hace en silencio todas las preguntas que ya no formulábamos.*

Un largo plano secuencia tomado de «Los Hieleros del Chimborazo», de Igor Guayasamín, en el que se ve un indio subir al Chimborazo, hablando a su burro... Sobre las imágenes de «Los Hieleros...» se escucha el ambiente sonoro de la Gare de l'Est (parlantes anunciando salidas y llegadas de los trenes, gente caminando, voces francesas y árabes, sirenas de la policía francesa...).

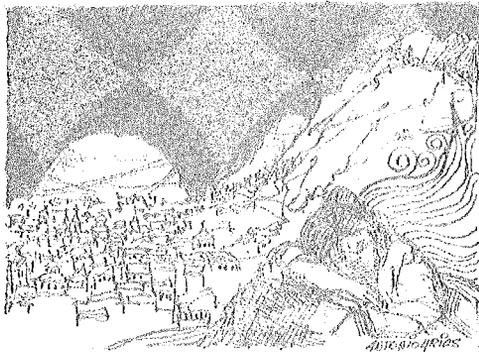
FUNDIDO ENCADENADO CON: (Imágenes en super8, el ambiente sonoro se mantiene,

empieza a escucharse nuevamente la voz del realizador) Joaquín camina por la vereda, de la mano de sus papás, que lo hacen 'volar', colgándolo de sus brazos.

VOZ EN OFF JUAN MARTÍN: *Sí, estamos en París, escucho los trenes de la Estación del Este, los tacos de una mujer que sube las escaleras de la calle de Alsace. El invierno va a estar frío, parece. ¿Cuánta gente matará el frío este año en esta ciudad del primer mundo, capital de lo que algunos consideran el país de los derechos humanos? Esta ciudad en la que naciste, en la que yo nací, en la que tu mamá y yo nos conocimos.*

*Estamos en París, Joaquín, ¿Tú te sientes en casa?*

Cierre a negro, créditos. Fin. 🍷



## LA OTRA COLOMBIA: LITERATURA Y VIDA

*Es ya un lugar común hablar del desconocimiento del proceso creador que se vive en América Latina. Los medios globales de comunicación sólo informan de la violencia y desgracia que viven nuestros pueblos y ciudades, azotados por la pobreza y la servidumbre de sus gobiernos al poder monopólico internacional.*

*Deambulamos en nuestra propia casa como niños con los ojos vendados, sin reconocer la propia voz y la fuerza creadora que nos rodea y fortalece. Parece que una luz nos acompaña y es una linterna sorda, que deja en su claroscuro el fugaz brillo del creciente trabajo de artistas y escritores, en un intento —la mayoría de veces— fantasmal e inútil, de establecer vínculos de comunicación desde los Andes a sus costas y del Río Bravo a la Tierra del Fuego.*

*Contra esta balcanización que nos asedia, el Municipio de Quito y la Casa de la Cultura Ecuatoriana, vienen convocando las Jornadas culturales de Agosto. Con este espíritu se invitó a los escritores colombianos William Ospina, Antonio Correa y Gonzalo Márquez, para conversar sobre la otra Colombia: literatura y vida, en el Aula Benjamín Carrión de la Casa de la Cultura, el pasado 26 de agosto.*

*Ecuador y Colombia, son los países más entrañablemente Unidos a lo largo de su historia. Pertenecemos al mismo mapa cultural. Comunidades ancestrales han marcado el trillo común de estas tierras, en un mundo ancho y propio, compartiendo conocimientos y utensilios esenciales para la vida diaria.*

*En la memoria colectiva y anecdótica de nuestros pueblos se conserva con más alegría que conocimiento, la saga amorosa y combativa de la quiteña Manuela Sáenz con el Libertador Simón Bolívar en la Nueva Granada. Un fructífero intercambio se estableció posteriormente, en el proceso conformador de nuestras nacionalidades en el siglo XIX, cuando el nombrado panfletario y ensayista Juan Montalvo, transferrado a Ipiales por la dictadura de García Moreno y acompañado de otros intelectuales, mantuvo con políticos y pensadores de avanzada en la Colombia de la época. El caso paradigmático se da con la Revolución Liberal*

*del General ecuatoriano Floy Alfaro, quien tuvo su par en el General colombiano Rafael Uribe Uribe, al hermanar su solidaridad en defensa de ideales comunes.*

*Hoy, las desigualdades sociales y la falta de grandeza de su clase dirigente y empresarial, como ha sucedido en la historia de la región, mantiene en una guerra delirante, situación que junto a la perversión del mercado de la droga y sus secuelas, empuja a familias enteras a refugiarse en las fronteras del Ecuador.*

*Los poetas invitados vinieron a mostrarnos la otra cara de ese oscuro espejo. La de un país que crece y vive, sobreponiéndose a estas vicisitudes. Seguros de que sólo el diálogo y no la fuerza, conducirá a Colombia por la senda de la paz.*

*Con la moderación del documentalista Renato Ortega y apoyados en un elocuente y directo trabajo visual sobre la Colombia actual, realizado por el mismo Ortega; los poetas Ospina, Correa y Márquez, en un diálogo espontáneo, hablaron de una generación lúcida y activa que con su trabajo callado y persistente, busca alejar a los cómplices de la muerte con los instrumentos creadores de la palabra, la música viva y popular, la plástica y la arquitectura, que unida al empuje de su gente, en un acto de fe, al decir de Borges, cuando en el célebre cuento Ulrika, trata de descifrar el espíritu y el ser del colombiano.*

*Eventos como éstos enriquecen la percepción sobre nuestro entorno y nos obliga a vernos a nosotros mismos con tolerancia y respeto, tal como debe ser mirado el otro.*

A. C.

GONZALO  
MÁRQUEZ CRISTO  
BOGOTÁ, COLOMBIA, 1963

LAS PALABRAS PERDIDAS

Alguien descifra la escritura de la lluvia y sin embargo no puede escapar.  
Un alud de imágenes nos extravía la palabra; acudimos al grito y al llanto, a veces a la indiferencia, pero sabemos que necesitamos de la guerra para ser inocentes.

*Todo lo ha ofrendado la ceniza.*

Desde que desterramos a la noche desaparecieron las más profundas alianzas y nuestros perseguidores pueden encontrarnos.

Una herida siempre recuerda la vida, todo nacimiento procede de su túnel.

Un árbol arde en nuestros ojos de agua.

La verdad —es decir lo prohibido—, impone su reino de terror... y hemos decidido habitarlo con las manos entrelazadas.

Creímos que la poesía nos enseñaría a morir...

Persistimos... Con frecuencia hacemos la extraña sonrisa del miedo. Si huimos, la soledad convertirá a alguien en víctima. Por eso la palabra se pasa de mano en mano para construir una morada invisible.

A veces para sobrevivir renunciamos al conocimiento.

Y cuando todos duermen escribimos... Pero un poema es el fósil de un sueño, el cadáver de un dios...

¿Aún podremos salvarnos? ☹

## EN NOMBRE DEL GRITO

Crees tanto en la sed: en la vida... En lo invisible. Duermes de cara al oriente. Te purificas en el peligro. En los libros delatas al tiempo como a un pájaro disecado. En el bosque una encina te sigue. La luz te nombra. Cuando eliges el rumbo del dolor alguien te da un sorbo de agua.

Deseas: esperas siempre equivocarte. Asumes la tiranía del ojo llamada viaje y a veces con un rostro logras curar tu frío.

Sabes de un paraíso que nunca será memoria.

Asistes a la mascarada de la sobrevivencia aunque un ecuador lejano y voraz atraiga tu vuelo. Así logras persistir.

Tus palabras caen como puñados de tierra sobre un cuerpo desnudo.

Aquí comienza el instante. ¿Quién clama? ¿Quién responde entre la sangre?

¿Quién descubre su sombra incandescente?

¡Que el grito siempre pueda detener la herida..!

¡Que el lenguaje alcance para no morir! ❀

## OFICIO DE OLVIDO

Una mujer se besa en el espejo, se oculta con su alma, el agua es su soledad.

Un niño escondido en un armario intenta morir.

Las lágrimas de un hombre caen en su taza de café.

Una adolescente con el índice detiene la manecilla del reloj y se estremece.

En el viento hay un mensaje que no comprenderemos.

Tu sombra se rebela.

Nos preparamos para huir de todo lo que amamos.

Quien no parta será olvidado.

El viento dialoga con el fuego.

Espero mi voz.

Viajar también es lo contrario a la muerte.

Mientras la semilla engañe al pájaro no estaremos perdidos.

Nos amaremos en otros rostros.

Nadie se oculta en la memoria.

¿Vendrá alguien a enterrar nuestros nombres? ☾

## NACIMIENTOS

El equilibrio sólo puede hallarse prescindiendo de la respiración, en la inmovilidad del salto, en la noche poseída.

Las búsquedas sin señuelo me habían conducido a mi rostro. Desde la infancia padecí de la vida contrariada por la espectral voracidad del poema. Me ejercité en hallar los caminos más escabrosos, más inútiles... Nunca eludí un encuentro que antecediera a la desesperación.

Delaté a los dioses del miedo y al deseo —que inventaba demonios.

Vi al placer cerrando los ojos y al terror sin párpados...

Conocí la verdadera palabra: la que migra, la que abandona su escenario de papel, y fui su víctima.

Vislumbré la montaña a la deriva, el río inmóvil, el ardor sumergido...

Procuré no realizar mis sueños para no perder la fuerza del extravío.

Abracé al miedo para descubrir, dancé en círculo para cuidar al sol y tracé un signo furtivo, irrevelable...

Protejí mis dudas y aticé mi libertad.

Las palabras son lo visible.

Creo en la riqueza de nuestra adversidad. ♪

## ¿QUIÉN DIJO QUE MORIR ERA VIAJAR?

*Para Iván Beltrán Castillo*

Las palabras se inventan para ocultar algo, a veces para no extraviarnos y en el peor de los casos para salvarse... porque soñar en esta Edad del Fuego, emprender el exilio o sobrevivir, equivale a una traición.

El poema nos delata. La verdad dejó marcas en los rostros. ¿Quién dijo que morir era viajar? ¿Dónde están los que han perfeccionado su dolor? ¿Hasta cuándo debemos pagar por todo lo que le hicimos a la noche?

Estamos seguros del regreso de los inquisidores. Extendimos tanto la devastación que quienes vendrán tendrán que crear otro dios invisible para poder permanecer.

La imaginación no ha podido conducirnos. Siempre hemos combatido del lado de nuestros enemigos (en la indiferencia o participando de su vana contienda). No es de la derrota... De la victoria nadie se salva.

De la poesía al deseo, pasando por alucinógenos despojados de sus ritos, por extraños fetiches e incluso por crueles utopías, nos entregamos con ardor a las más diversas formas de autodestrucción. ☾

El conocimiento nada hizo por la vida. Tampoco la religión ni la prostituta que vende presagios.

La verdad sólo está en la puerta que se abre. En un matiz, en una brizna de hierba, en un sorbo de agua. En un grito.

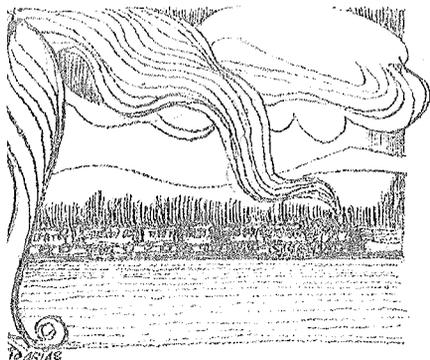
Ser es buscar.

La escritura o la desesperación nos encontró un color desconocido. Supimos que el tiempo anida en los espejos y que sembrar es preguntarle a la tierra.

Pero hasta que no remplacemos la semilla nada habremos aprendido.

La espadita del reloj tiñe de rojo nuestro pecho. El verbo morir sólo debe conjugarse en primera persona. El tiempo crece.

Siento que alguien ha raptado mis sueños... ❸



ANTONIO  
CORREA LOSADA  
PITALITO, HUILA, COLOMBIA, 1950

ESCRIBIENTE

Bajo la luz casual de la tarde  
un hombre dormita

Sonámbulo  
detiene el trajín de abonar  
con leves puñados el olvido

El pequeño arenal  
ve florecer las piedras

En el aire se mueve  
un talismán sonoro 🗣



## CASA EN EL AGUA

Bajo el sol palpitante  
un gemido  
oscurece la casa

La ciega caída de los árboles  
doblegados  
por el baile ebrio de las aguas

Su cuello verde y silencioso  
rinde el callado presagio del que sueña

Casa construida con la fuerza de un puente  
en la humedad que avanza

Alguien pide clavos y maderas  
Otro sogas y alambre  
para afianzar su mundo  
mientras una masa arrastra  
la piel de las cosas domésticas .

La lluvia ensordece  
sobre las maderas

Y del agua emerge  
el cuello del animal  
y suave asciende  
la casa estremecida ☽

## LA SOMBRA DEL FOLLAJE

El labio de la infancia  
abierto  
al sabor vegetal de los cartuchos

Su exacta y verde nervadura  
se diluye en mi boca

En espuma  
la ciega confrontación con lo distante



## VENTANA

Los días ya no comen en mi mano

Los meses huyen a otros años  
a otros lugares

En la pensión  
el extranjero busca  
debajo de los muebles  
monedas milagrosas que apacigüen  
el incendio  
el agobio

Y una delgada ave sale de su boca 🐦

## EL VIGILANTE

*A César Dávila Andrade*

Un pájaro carpintero  
noche tras noche  
deja tablones en mis hombros  
y eleva una caótica empalizada

Escucho una extraña diatriba  
y alerta me mantengo  
frente a la complicidad de los cerrojos

El lejano cencerro de los cráneos  
trizándose hasta desaparecer  
deja un collar  
de mandíbulas muertas en el cuello

Mi cabeza ulula en la picota

Ante el terror  
esplende  
el extraviado abismo de los días

Cítara con cráneo son los días  
en el cuello abierto de la noche 🇪🇨

## PIEDRA DE ALUMBRE

Por el pasadizo de los días  
vienen mis padres

Frente al espejo  
con una piedra blanca  
desvió el turbio manantial  
que llevo en el rostro y en el cuello

Luego con una obsidiana  
rebano la planta de mis pies  
y cae en virutas  
un tiempo muerto y amarillo

Las cosas quedan  
apretadas entre dientes

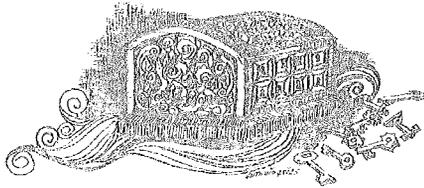
Saludo a los vecinos  
mientras pasan  
los muertos por el aire

Llego a la reunión  
con el cuello en talud  
y veo a mi madre  
que entra a la cocina  
y cae en llanto

Estos días  
dejan en mi cabeza  
un reducido manojito de cabellos  
en lentitud avanzan  
empujados por quien nada tiene

Solo  
el deseo brilla  
en las manos luminosas de mis padres

Rumor incontenible  
el agua nocturna de la infancia 🌊



## MEMORIA DEL CANTANTE

A los cincuenta años  
la carne llama pero no perturba

La fortuna  
no acude con su polvo mezquino

ni brilla

la boca de artificio  
con el diente de oro de la usura

Y en la fría baldosa

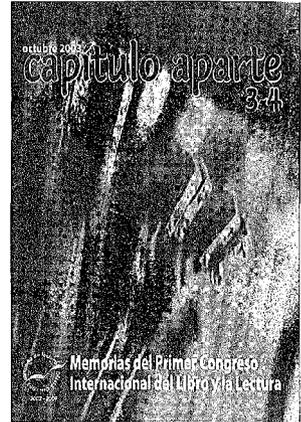
se entierran

sueños

notas hojas libros ☞

## REVISTA CAPÍTULO APARTE 3-4

### Memorias del Primer Congreso Internacional del Libro y la Lectura



#### CONTENIDO:

• Leyes del mercado y literatura. Miguel Donoso Pareja • Lectura y escritura literaria. Cecilia Ansaldo • Leer para escribir. Luis Sardufaz • La lectura y la escritura en la construcción de sujetos individuales y sociales. Daniel Prieto Castillo. • Sociedad de cultura escrita, alfabetismo y participación. L. P. Leme Brito • La lectura y las nuevas tecnologías. Abdón Ubidia • El editor y el fomento a la lectura. José Juncosa • El papel del gremio de editores en el fomento del libro en Colombia. Moisés Melo • ¿Es la lectura un arte? Verónica Montero • Lectura y Universidad. ¿Por qué no leen nuestros estudiantes? Sara Vancgas • La lengua y la literatura no se la aprende, se la vive. Galo Guerrero • Comprensión lectora en un medio intercultural. Carlos Paladines • Interacción y enseñanza en la comprensión de textos escritos en la educación primaria. Gloria Rincón • De los jóvenes, la lectura, la escritura y las bibliotecas. Didier Álvarez • Harry Potter o la magia de leer. Mary E. Murillo • La biblioteca escolar, la reforma educativa y la identidad nacional. Soledad Fernández de Córdova • La lectura y la biblioteca: La biblioteca orientada hacia el usuario. Thais Pinto de Valdivieso • Biblioteca y lectura: juntas para el futuro de la sociedad. Nilma Martins Rúa • Misioneristas Vs. Usuarios: [www.leer.com](http://www.leer.com). María Fernanda Ampuero • Otras lecturas sobre lectores y bibliotecas. Alfredo Ghiso

En el grato y continuo trabajo que dentro del universo del libro significa la tarea de editor, la cual no es más que la función de intermediación entre el autor y el lector, los invito a conocer el ágil y sólido navío que hoy se presenta con todas sus velas desplegadas, y que en su Mascarón de proa se registra el *primer jolgorio de lectura en la mitad del mundo*.

Siempre viene a mi memoria, la frase lapidaria y directa del escritor inglés Cyril Connolly, quien con su ensayo *La tumba sin sosiego*, sacudió la conciencia literaria del siglo XX: «Cumplidos los treinta y cinco, no vale la pena conocer a nadie que no tenga algo que enseñarnos: algo más de lo que podríamos aprender por nosotros mismos en un libro».

Esta sentencia apasionada y radical, sólo nos permite preguntarnos ¿cuál es el vínculo que ata al libro con el lector? Y aquí es cuando la revista se abre para darnos respuestas, entregarnos dudas y a medida que leemos sus páginas, entrar francamente en un diálogo fértil y silencioso.

Debo contarles que los apartes o divisiones de la revista, se han identificado con los nombres de los instrumentos propios de la marinería y en su extensión, con el viaje. Aquí, la tabla de contenidos se llama Carta de navegación; la presentación, Mascarón de proa y ya, dentro de ella, el lector encontrará El ancla y la vela, Palabra de marino, La aguja imantada, Acoderaje y Viento de popa.

En el Andá y la vcla, esto es, en el asunto central, el ensayista y filósofo ecuatoriano residente en México, Bolívar Echeverría, reitera las frases con que comúnmente nos lamentamos: «que el libro y la lectura son cada vez más cosa del pasado... el libro, por ejemplo, ha sido expulsado de la política... el desahogo sentimental ya no ocurre durante la lectura de la novela rosa, sino cada vez más ante la pantalla de cine o del televisor» y en consecuencia, «la lectura seguirá practicándose, pero... solamente como procedimiento accesorio, acompañante ocasional de otros medios de captación comunicativa».

Entonces, cuando hablamos de la decadencia del libro y la lectura, ¿qué es lo que lamentamos, en verdad? pregunta Echeverría, y en su respuesta encontramos que lo que lamentamos es la extinción del hombre que lee; y de su mano, nos lleva a rastrear su identificación —desde el siglo XVI, hasta la sociedad actual de la modernidad capitalista en el siglo XX—, y en un rico y fluido ensayo, nos revela los secretos de este ser excepcional que en un proceso cambiante a través del tiempo, afianza el arte de descifrar los libros.

Veinticuatro ponencias de especialistas, estudiosos y profesores de varios países de América Latina y de Brasil, movidos por un interés común, encuentran ecos y desarrollos alternativos en otros autores, estableciéndose en forma original, una breve sinfonía dialogante, por temas, posiciones, encuentros y proyecciones, como en el caso del profesor alemán Jan Assman, egiptólogo que nos introduce por el profundo mundo de la escritura, ejercicio «que ha liberado a la humanidad del ámbito ahistórico del olvido y ha puesto en marcha la evolución técnica y espiritual que ahora, a una velocidad cada vez mayor, nos catapulta a la era de la posescritura, a la era de la comunicación electrónica». La aparición de la escritura —dice Assman— funda una comunicación que sobrepasa la duración de la vida y abarca incluso milenios.

Asimismo, en una página recobrada de sus memorias de niñez, Johann W. Goethe nos cuenta que el Robinson Crusoe fue uno de los primeros libros que leyó, cuando aún no existían las llamadas y sectorizadas bibliotecas infantiles.

También en Palabra de marinero, Roberto Bolaño, el escritor chileno, desaparecido prematuramente el año pasado, nos entrega con su espíritu desacralizador y mordaz, algunos Consejos sobre el arte de escribir cuentos.

De la escritura pasamos a la lectura como acto vital e interpretativo, donde el profesor colombiano Enrique Rodríguez Pérez encuentra que «El fluir imaginario que guarda el lenguaje se constituye en el silencio del lenguaje que aparece en forma de sonido, en forma visual, como una textura para el tacto, como una imagen para el ojo. Leer es un acto de inventar lo real. Leer es encontrar la página del espejo. Leer es reconocerse sin neblinas, mirar el abismo del existir». El profesor Rodríguez, por medio de consideraciones como las anteriores, metodológicamente encuentra tres momentos de la interpretación: sentir un texto, comprender un texto y expresar un texto. Simplemente, leer es sentir, comprender y hablar. Por eso, un hombre que lee ha subido a lo más alto, dice Sartre. La lectura es un suceso de transparencia humana, un cosmos de libertad que comienza en cada línea... es un diálogo con el otro en el silencio.

Iván Egúez aborda desde el conocimiento de la escritura, la nostalgia y utopía de la lectura. Y pide como Nietzsche «lectores que tengan carácter de vacas, capaces de rumiar, de estar tranquilos». Y podríamos agregar, que tengan cuatro estómagos. Por lo general para leer se necesita de un adiestramiento, pero se debería aprender a leer como se aprende hablar, de manera natural. De hecho la vida —dice Egúez— es una lectura que se muestra y se oculta a sí misma. La capacidad de leer está en el humano como un poder dormido, para convocarlo se necesita de la confluencia de ocasión e intereses, concentración y deseo, pero sobre todo del desafío a la dificultad, de la capacidad de asombro, de la posibilidad cierta de *commoverse*. Y concluye: Cuando extremamos la condición de lectores somos como gitanos, como astrónomos en pos del firmamento.

En un recuento profundamente lírico, donde se evocan las divisas con que se marca el tiempo humano: la memoria y el olvido, somos enfrentados a la luz de la no interpretación y la vivencia. Apoyado en los postulados de la lúcida ensayista norteamericana Susan Sontag, el escritor Egúez establece el siguiente corolario: «Pienso que la interpretación corresponde a la nostalgia del texto, y la no interpretación a su utopía. Ambas indispensables para sobrevivir».

En otro ámbito y para continuar, creo pertinente hacer la siguiente precisión: la literatura —aquella cuyo lenguaje esté impregnado de contenido— es un árbol frondoso que cubre por igual a todos los que recurren a su sombra, sean éstos hombres o mujeres, adultos, jóvenes o niños. En los últimos tiempos, se ha dado una dimensión exagerada a la llamada literatura infantil y su pléyade de especialistas, que a mi entender con sus desmedidos cuidados y gradaciones, sólo están produciendo lectores estragados y anémicos. Goethe, decía en sus Memorias de la niñez, que su primer acercamiento a los libros fue abierto y amplio. Que por sus manos pasaron libros de ciencia, historia y literatura y, que todos sin excepción, marcaron profundamente su espíritu.

La escritora italiana Marina Colasanti, recuerda en un ejercicio memorioso sus iniciales lecturas en una época sacudida por la guerra. Nos narra cómo sus padres lograron en un ambiente nómada y determinado por las circunstancias, crear un espacio de normalidad para ella y sus hermanos. Y esta normalidad estable fue la lectura. Y va más allá, cuando relata las dificultades que tuvo una profesora colombiana, que busca libros que mitigarán el dolor de sus alumnos que por esos días habían perdido una compañerita asesinada por la guerra, bastaba —dice la Colasanti— *ahondar bien la mano en la graa funda universal de los libros, sacudir, como para sacar la suerte*, y extraer un libro, cualquier libro. Ese libro, a su modo, sabría qué decir para calmar los pequeños corazones llenos de miedo.

No voy intentar relatar todo lo que contiene la revista. Voy a dar algunas pistas para que se acerquen a ese terreno minado por la complicidad, tan ondulante y vivo como la misma amistad, que no es otra cosa que el ejercicio de la lectura.

En las páginas de la revista encontrarán como en un múltiple mosaico, las leyes propias que tiene la literatura y que siempre están en *contravía* de las leyes con que el mercado trata de imponer sus productos; la huella memorable que dejan los libros en el espíritu del lector, las nuevas tecnologías; el proceso del mundo editorial en países vecinos, el trabajo y la claridad para

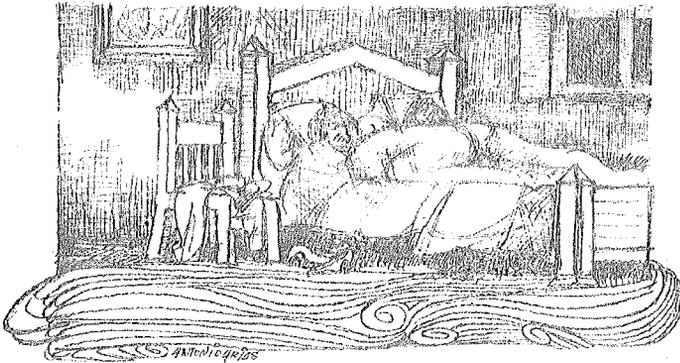
mantener una casa editorial en nuestro medio. La lectura y la enseñanza, las bibliotecas y su papel social y cultural.

En fin, gozo, crisis, magia, experimentación y logros. Es decir, todo lo que sucedió en ese primer jolgorio de la lectura en la mitad del mundo.

Para finalizar y por su carácter sugerente, tan útil para el trabajo en la mediación de la lectura, voy a contarles una anécdota que inicia con un perro:

El interés de Guillermo Cabrera Infante por la lectura no lo despertó un libro, sino un perro. En el bachillerato, relata el escritor cubano, tenía un profesor muy teatral. Un día les contó con todo detalle la historia de un viajero que, tras un largo viaje, regresó a su casa. Pero nadie lo reconoció. Sólo su perro. Al niño, que era un gran amante de los perros, la historia le fascinó y conmovido se dirigió directamente a una biblioteca por primera vez, para buscar el libro que *contenía esa historia, que era, por supuesto, la Odisea.* 🐕

Antonio Correa Losada





**Bruno Sáenz Andrade**  
*Biografía Ejemplar del Doctor Fausto*  
C.C.E.

Esta *Biografía* es en realidad una obra de teatro sobre el clásico mito del Fausto y además, de una elocuente sensibilidad ante la música. El crítico y catedrático Diego Araujo Sánchez dice en la presentación del libro «...obra de gran aliento con un novedoso despliegue escénico, que echa mano de recursos como la pantomima o el teatro dentro del teatro y aprovecha de la fantasía y el humor y, sobre todo, consigue crear situaciones dramáticas de tal grado de intensidad que la poesía se convierte en una necesidad, en el lenguaje natural e imprescindible».

Bruno Sáenz Andrade es poeta, dramaturgo y crítico literario. Formó parte de la revista *Ágora* y ha colaborado con publicaciones como *Letras del Ecuador*, *Palabra suelta* y *Cultura*. Es autor de los libros de poesía: *El aprendizaje y la palabra*, *La palabra se mira en el espejo*, y *De la boca que, abriéndose, manda al silencio a que se ponga a un lado*. De la obra de teatro: *Crónica de los Incas sin incario*, y del estudio introductorio: *Plata y bronce*. ☞



**José de la Cuadra**  
*Los Sangurimas*  
C.C.E.

Humberto Robles ha traducido al inglés *Los Sangurimas*, novela de José de la Cuadra.

Cuando leemos este libro fundacional del realismo mágico podremos decir con acierto que no todos son hijos de Pedro Páramo, sino también y mucho antes son hijos de Nicasio Sangurima; que los cien años de soledad se vivieron primero en *La Hondura*, que no es en *Macondo*, y que el general de todas las batallas, Eufrasio Sangurima, era ya bisabuelo de Aureliano Buendía.

José De la Cuadra, vanguardia y realidad, mito y magia, pacta con el diablo para darnos, ya en 1934, la novela *Los Sangurimas*; saga adelantada y alucinada de la imaginaria tropical, saga diezmada de la que sólo quedan dieciséis hijos con sus hogares que viven en dieciséis casas alrededor de la suya, donde la cotidianidad es lo extraordinario y donde un viento incestuoso, violento, hiperbólico sacude al lenguaje de la vida y la muerte, como si sacudiera las mil ramas del *matapalo* para llegar fulminante al corazón montuvio ☞

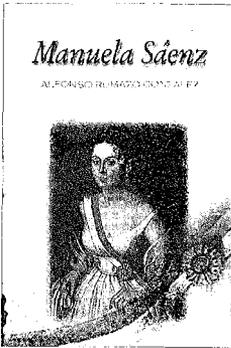


**José de la Cuadra**  
*OBRAS COMPLETAS*  
C.C.E.

Se conserva en esta segunda edición la ordenación y notas de Jorge Enrique Adoum, así como el estudio introductorio de Alfredo Pareja Diezcanseco, pero a diferencia de la realizada en 1958, ésta consta de dos tomos contenidos en una caja de cartón revestida en percalina.

En cuanto y novela, el lector del fundador del realismo mágico podrá disfrutar de los libros: *Oro de Sol*, *Perlita Lila*, *Olga Catalina*, *Sueño de una noche de navidad*, *El amor que dormía*, *Repisas*, *Horno*, *Los Sangurimas*, *Guasintón*, y *Los monos enloquecidos*, así como de los relatos que nunca formaron parte de un volumen específico.

Podrá disfrutar, asimismo, de los libros de ensayos: *Doce siluetas* y *El montuvio ecuatoriano*, y de las crónicas y artículos que el más representativo y lúcido autor del Grupo de Guayaquil redactó para periódicos y revistas. ☞



**Alfonso Rumazo González**  
**Simón Bolívar**  
**Manuela Sáenz**  
**Antonio José de Sucre**  
**C.C.E.**

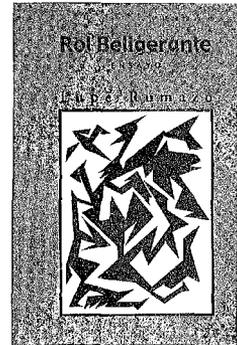
La Casa de la Cultura Ecuatoriana publicó tres importantes biografías escritas por Alfonso Rumazo González: *Simón Bolívar*, *Antonio José de Sucre* y *Manuela Sáenz*, en homenaje al centenario del nacimiento de este ilustre historiador.

«Pareciera ser que la madre naturaleza, conmovida ante existencia tan creativa, le hubiera concedido a don Alfonso el don de la longevidad, para que pudiera terminar en plenitud de facultades esa gigantesca obra intelectual, que enriqueció la memoria colectiva y la cultura de su patria», dice en el prólogo de las mismas, el Director de la Sección Académica de Historia y Geografía de la CCE, Jorge Núñez. 📖



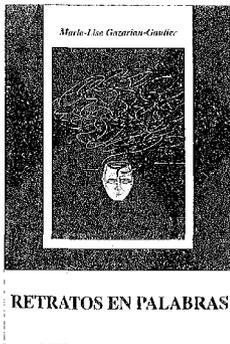
**Ángel Felicísimo Rojas**  
**El Busto de Doña Leonor**  
**C.C.E.**

La Casa de la Cultura Ecuatoriana reeditó *El Busto de Doña Leonor*, una recopilación de cuentos que Ángel Felicísimo Rojas escribió en su juventud y cuya primera edición data de 1998. En la introducción, el gran escritor ecuatoriano nos indica la génesis de esta obra: «Han pasado muchos años sin que hubiera publicado el manojito de cuentos que hoy, congregados asumen la forma de libro. Un tiempo pensé rehacerlos, pues ahora, de seguro, los sometería a implacable poda. He retirado definitivamente uno que otro... Fueron cremados con toda justicia». 📖



**Lupe Rumazo**  
**Rol Beligerante**  
**C.C.E.**

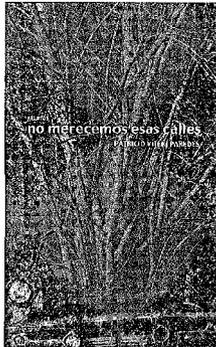
En este libro, Lupe Rumazo discute el estructuralismo literario ya en las varias facetas que articulan su teoría, ya en la absorción que tal corriente pretende hacer de nombres que no le son estrictamente suyos, o ya directamente en la aplicación y realización americanas de este ismo; enjuicia, además, el sadismo en la literatura y por ende la problemática 'del mal como ingredientes presentes en la producción latinoamericana actual. 📖



**Marie-Lise  
Gazarian-Gautier**  
*Retratos en Palabras*  
C.C.E.

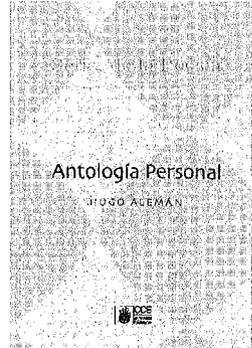
La Casa de la Cultura Ecuatoriana y sus Núcleos de Bolívar y Chimborazo, publicaron *Retratos en Palabras*, antología de entrevistas de la periodista parisina Marie-Lise Gazarian-Gautier.

Experta en el arte de la entrevista, Gazarian-Gautier sabe que la voz debe hechizar al interrogado más que la bobina del magnetófono, y que la llave que abre la puerta del alma debe buscarse, en ascenso, peldaño a peldaño. No de otra forma ha logrado que personalidades como Jorge Enrique Adoum, Isabel Allende, Camilo José Cela, Arturo Concuera, Miguel Delibes, Rosario Ferré, Elena Poniatowska y Jorge Velasco Mackenzie, entre otros, le hablen sobre el oficio de la palabra, de la guerra y la paz, de la vida y del amor, de la soledad y la muerte... 🍀



**Patricio Viteri Paredes**  
*No merecemos esas calles*  
C.C.E.

Aquello del crimen como forma del arte se hace notorio en la obra de Viteri. Su nuevo libro, *No merecemos esas calles*, constituye un recorrido a través de historias cargadas de perversidad y angustia. El joven que un día cualquiera se cansó de vivir en este país y decidió ir a probar fortuna a España, Francia y Estados Unidos, regresó con su maleta llena de libros, las manos laceradas, toda la maldad del mundo recogida en su ser. Ese joven que antes de partir ya tenía como impulso creador la vileza humana, retornó a Quito —atraído tal vez por el poderoso imán que hace de ella una ciudad a la que siempre se vuelve—, se sentó frente al computador y, cigarrillo en mano, decidió mostrarnos la otra cara de las grandes metrópolis, los rincones oscuros, las peli-grosas esquinas que nos aguardan en la noche. (MGB) 🍀

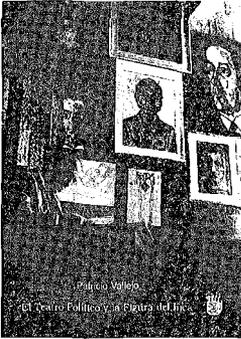


**Hugo Alemán**  
*Antología Personal*  
C.C.E.

La Serie *De la Poesía* concebida por la dirección de Publicaciones de la CCE empezó en diciembre con la publicación de *Antología Personal* del poeta quiteño Hugo Alemán.

La selección de textos e introducciones de los libros que formarán parte de la colección están siendo realizadas por connotados críticos, estudiosos y/o poetas.

Las ediciones están dirigidas a los estudiantes y público en general, como un medio de rescate y difusión de los grandes poetas de nuestro país. 🍀



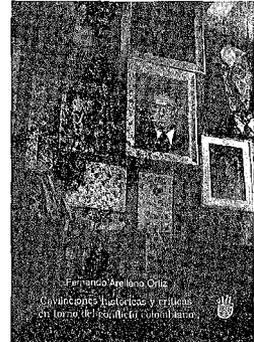
**Patricio Vallejo**  
***El Teatro Político y la***  
***Figura del Inca***  
 Cuaderno de la Casa No. 29  
 C.C.E.

Análisis de la presencia del Inca en la representaciones teatrales de los comienzos de la Colonia en Ecuador. En los cien primeros años de dominación colonial, tanto la Corona como las autoridades indígenas desarrollaron una estrategia que demostraba que el nuevo poder era un legítimo continuador del antiguo poder, asegurando un control ideológico sobre la población. De esta forma, la imagen del Inca se convertía en justificadora del poder colonial y de lealtad al rey, así como la representación de las hazañas del Inca, como la expresión de un antiguo poder que fue sometido a un nuevo gran poder superior. ☞



**Germán Rodas Chaves**  
***¿El estertor del Escorpión?***  
***La globalización neoliberal***  
***arrrinconada por sus propios***  
***paradigmas***  
 Cuaderno de la Casa No. 30  
 C.C.E.

La globalización neoliberal ha provocado, a contrapelo, una globalización específica para los países periféricos, cuyo denominador común se expresa en la profunda desigualdad social y económica que, además, constituye el resultado de la explotación de la que son víctimas, de la extracción y pérdida de sus riquezas, de la destrucción de su biodiversidad, del aniquilamiento de sus culturas e identidades y de la omisión de todo tipo de soberanía. ☞



**Fernando Arrellano Ortiz**  
***Cavilaciones históricas y***  
***críticas en torno del***  
***conflicto colombiano***  
 Cuaderno de la Casa No. 31  
 C.C.E.

La profunda crisis de Colombia obedece a la debilidad y corrupción del propio Estado, pues históricamente el Derecho y las leyes no han sido instrumentos que garanticen la igualdad, los derechos de los ciudadanos y la libertad, sino que, por el contrario, fueron mecanismos de dominación para la preservación de privilegios. Estados Unidos tiene un interés geopolítico en Colombia, y detrás de su plan, para este país se esconden millonarias partidas en dólares que alimentan la industria bélica estadounidense. ☞



**Nelson Estupiñán Bass**  
*Reflexiones sobre la novela*  
Cuaderno de la Casa No. 32  
C.C.E.

«...frente a la tragedia social el novelista no puede ser simple espectador, no debe mantener su pluma cruzada de brazos. En el relato tal vez puede rendir su testimonio de la manera más glacial, pero en la vida auténtica, como sujeto social, su papel no puede ser ese, debe tomar parte activa en la batalla por la transformación o avance de la sociedad». Debe —como a lo largo de toda su vida lo hiciera el Maestro—, comprometer su palabra a un devenir donde la dignidad y el respeto por los otros, constituya el referente ético que marque no sólo su arte, sino ante todo, la trascendencia humana que dignifique su existencia. 📖



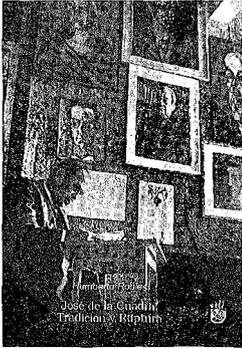
**Juan Carlos Fernández-Catalán**  
*El siglo XVII: Estética en la obra de Miguel de Santiago*  
Cuaderno de la Casa No. 33  
C.C.E.

Cuaderno que presenta a Miguel de Santiago como al pintor más prolífico del siglo XVII, reseñando la trayectoria del paisaje como categoría artística; reclamando la herencia y, al mismo tiempo, el legado de las Escuelas de Artes y Oficios del Ecuador; deteniéndose en el análisis del barroco y, finalmente, interpretando la obra de Miguel de Santiago a la luz de los postulados del clasicismo academicista de la época. Al final del recorrido, el lector podrá disfrutar de las pinturas más representativas del pintor quiteño. 📖



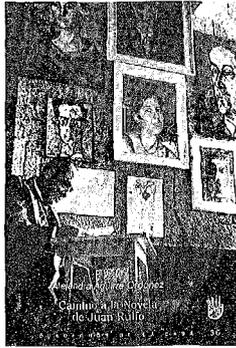
**John Beverley**  
*Barroco y Literatura*  
Cuaderno de la Casa No. 34  
C.C.E.

Cuaderno que pone de manifiesto la preocupación de John Beverley por el barroco como un discurso fundacional de la identidad (de cierta identidad) latinoamericana, y que, a través de varias interrogaciones sobre el barroco literario en España y América, problematiza la literatura en el acto mismo de escribirla y/o enseñarla. Los ensayos de este Cuaderno forman parte del libro: *Una modernidad obsoleta: Estudios sobre el barroco*, publicado por el catedrático de la Universidad de Pittsburg, bajo el sello editorial A.L.E.M., de Miranda, Venezuela. 📖



**Humberto Robles**  
**José de la Cuadra:**  
**Tradición y Ruptura**  
 Cuaderno de la Casa No. 35  
 C.C.E.

«Sentido histórico y sentido crítico a la par que responsabilidad ética y estética, yacen al fondo del pensamiento y de la producción literaria del autor guayaquileño. Por un lado, se divisa al investigador de una tradición de pensamiento y de práctica literaria; por el otro, a la vez, se perfila el carácter innovador que presenta su obra. Tanto en un horizonte como en el otro, De la Cuadra nos habla aun hoy con una voz que no ha perdido actualidad. Tradición y Ruptura: a la luz de esos lemas es que cabe recordar su producción...», dice Humberto Robles, el autor de este ensayo y catedrático de la Northwestern University y de The University of Chicago. ☞



**Alejandra Aguirre**  
**Camino a la novela**  
**de Juan Rulfo**  
 Cuaderno de la Casa No. 36  
 C.C.E.

Estudio cuyo «...propósito radica en dar cuenta —sin recurrir a otras leyendas— no de que Pedro Páramo pertenece exclusivamente al genio creativo de Rulfo (lo cual sería ridículo aclarar a estas alturas), sino que la estructura de la novela responde a procesos formales que ya venían empleándose en obras anteriores del autor. Es decir, que muchos de los mecanismos y recursos que en su momento parecieron novedosos y provocaron falsas adjudicaciones, ya estaban esbozados en algunos de sus relatos».

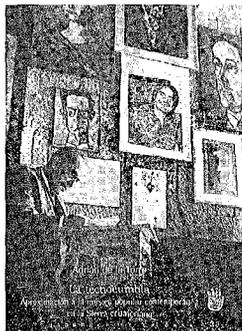
Alejandra Aguirre, la autora de estas líneas, recibió el título de licenciada en Letras en la Universidad de la Habana y entre otros ensayos ha publicado: *Elogio de la sombra*, de Jorge Luis Borges; *Las Armas Secretas de Julio Cortázar*; y *Sobre el Arte Argentino de Vanguardia*. ☞



**Jaime Valencia**  
**Lo desconocido del pueblo**  
**precolombino ecuatoriano**  
 Cuaderno de la Casa No. 37  
 C.C.E.

En este estudio que consta de cinco partes: El antropomorfismo en las culturas precolombinas, El Totemismo, El ritualismo en la época precolombina, La sexualidad en la época precolombina y una sección gráfica como anexo, Jaime Valencia ensaya una nueva perspectiva para comprender el pensamiento y las motivaciones de nuestros indígenas. \*

Jaime Valencia, artista plástico, catedrático universitario y miembro fundador del grupo «Los contemporáneos», obtuvo en 1957 el Tercer Premio del concurso «Mariano Aguilera». Ha publicado los libros: *Esquema del arte ecuatoriano y Arte Precolombino del Ecuador*. Obras suyas se encuentran en museos y colecciones de Argentina, Uruguay, Venezuela, Rumania y el Ecuador. ☞



**Adrián de la Torre**  
**La tecnocumbia.**  
**Aproximación a la música**  
**popular contemporánea en**  
**la Sierra ecuatoriana**  
 Cuaderno de la Casa No. 38  
 C.C.E.

Las agresiones que cotidianamente sufre la tecnocumbia han motivado a Adrián de la Torre a revisar el devenir musical de países como Perú, México, Argentina, Colombia y, por supuesto, el Ecuador; a identificar los elementos compositivos y culturales que han convertido a este estilo musical en un fenómeno de masas, y aunque podría pensarse lo contrario, también a señalar las limitaciones poéticas y técnicas que en un país sin leyes de propiedad intelectual, tienen las producciones de los cantores populares.

Adrián de la Torre es investigador musical y productor de programas de radio y televisión. Textos de su autoría han aparecido en periódicos y revistas nacionales. ☛

Sobre  
**Cánticos para Oriana,**  
 de Raúl Vallejo



(Quito, Seix Barral, 2003)

Aunque por el espíritu del libro quisiera alejarme de la jerga académica, cabe decir que Vallejo vuelve postmoderno un dilema modernista. Me refiero a esa ruptura entre tradición y modernidad que desveló a Yeats y a Eliot y no le quitó el sueño a Joyce, quien la asumió con toda naturalidad. Precisamente, Yeats decía que la sal antigua era la mejor para empaquetar. Por lo tanto, podemos decir que los *Cánticos para Oriana* fueron empaquetados con sal antigua, es decir, con un lenguaje que reinventa, a lo Pierre Menard, el clasicismo y busca crear, a partir de formas clásicas, sus propios mitos formales. Pero el lenguaje, como bien lo sabe el personaje de Borges, sufre el paso de la historia y debe asumirlo para tener sentido en el presente. Sin embargo, la novedad no reside en el uso de formas reconocibles, sino en la percepción del texto como un palimpsesto que fabrica —la erótica convertida en estética— una mitología clásica y, sobre todo, caribeña. De hecho, éste es un cántico caribeño en el que la Oriana del Amadís «se convirtió en dueña» en las playas del Caribe.

Al hablar de formas reconocibles me refiero al repertorio del discurso amoroso, en el que la lectora y el lector reconocen las señas de la tradición romántica que, en Latinoamérica, se filtró en el bolero a través del Modernismo. Además, el gongorismo de los *Cánticos* y la intención de crear un mundo que se baste a sí mismo los acerca, de manera novedosa, al universo de la poesía pura. Sobre todo, a la tradición del poema absoluto, de la que participan el *Cántico* de Guillén, *Muerde sin fin* de Gorostiza,

mencionados por Aguilar Mora en el prólogo, y *Stabat Mater*, del mismo Aguilar Mora. Felizmente, el libro de Vallejo reabre el diálogo con una poesía que, por desgracia, sigue siendo de culto en Latinoamérica.

Digo que los *Cánticos* se acercan a la poesía pura. Sin embargo, el poema no se cumple en sí mismo, es decir, no sólo se complace en construir su propio mundo, ya que la consumación que se busca es doble: erótica y, sólo así, ontológica. Aunque ésta se logra a veces, se ve amenazada por una ruptura latente, un «sentido del vacío». Aquí volvemos al bolero, pues como en el bolero, los *Cánticos* son la manifestación de un desco incesante, un anhelo que se sabe irrealizable. De ese diálogo que no encuentra el objeto del desco surge, como diría Monsiváis, el «harén ilusorio» de Agustín Lara. De hecho, el libro adopta la forma de un diálogo que se convierte tanto en contrapunto como en letanía, desacralizando, así, el *Cantar de los cantares*. Vallejo recurre al ritmo de la letanía para nombrar el mundo.

Por otra parte, el vacío incesante de consecuencias sobre todo ontológicas, acerca este texto, me parece, a la obra anterior del autor. Los *Cánticos* son celebración y, al mismo tiempo, fiesta de solitarios, título de un libro de Vallejo. Incluso los títulos de los apartados que dividen el poema evidencian la presencia constante del vacío, tan frecuente en la narrativa de Vallejo, por lo que al final, el encuentro amoroso produce una «derrota dulce» o «una frágil permanencia», no despecho ni coraje como en el bolero.

Como todo poema total, los *Cánticos* aspiran a la universalidad. Esa duración espacio temporal, es decir, esa respiración extendida del poema largo hace que los distintos apartados se integren en una unidad en la que cabe toda la experiencia humana: de los Andes a Dupont Circle, de Wall Street a Río. La geografía sólo importa si revela las señas de la identidad humana. Para que el reconocimiento sea universal, como quería Whitman, los *Cánticos* no se queden en el drama estrictamente privado de la pareja porque la experiencia es de todos. En esto también se alejan del bolero.

No hay que olvidar que, esencialmente, se trata de cánticos y cantares. Por eso no es casual que el libro venga acompañado de un disco que, si bien lo convierte en un artefacto postmoderno, también le devuelve su oralidad y, sobre todo, su espíritu medieval. Su avance es a la inversa. El disco, esto es, el poema grabado funda otro discurso que le permite al clasicismo del libro entrar de lleno en la postmodernidad. La imagen del Amadís en el estudio de grabación, aunque es posterior al libro, se integra a la mitología discursiva que Vallejo funda con sus *Cánticos*, y éstos, clásicos y modernos, son una «nostalgia en tierra extraña». ❧

*Leonel Alvarado*

Poeta hondureño en Nueva Zelanda

Raúl Andrade. Ensayista, periodista y dramaturgo. Quito, 1905-1981. Durante muchos años fue editorialista del diario *El Comercio*; en los últimos de su vida colaboró con el diario *Hoy*. Entre sus obras más importantes están *Susurbio* (1931), *Cocktails* (1937), *Gobelinos de niebla* (1943), *El perfil de la quimera* (1951), *La internacional negra en Colombia* (1954), *Crónicas de otros lunes* (1980), *Barcos de papel* (1981), *Claraboya* (1990), *Viñetas del menidero* (1993).

Antonio Correa Losada. Poeta, escritor y editor colombiano. Ha publicado los libros de poemas: *El vuelo del cormorán*, *Húmedo umbral* y *Desolación de la lluvia*. El estudio literario *Crimen y castigo o la expiación que no cesa*; la crónica *Un camino abierto*, sobre la curación y el chamanismo en el Amazonas y el libro de arte *El corazón del pan*, historia de la levadura en Colombia. Actualmente se desempeña como editor de la Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura en el Ecuador.

Rocío Durán Barba. Narradora, ensayista y periodista. Quito, 1956. Doctora en Derecho. Ha estudiado Arte y pintura en Estados Unidos y Derecho internacional y diplomacia en Austria y Francia. Ha publicado *Partis sueño eterno* (novela, 1997).

Juan Martín Cueva. Cineasta. Nacido en 1966. Se ha dedicado principalmente al documental: *Mariños* (1997), *Ningún ser humano es ilegal* (2001) y *El lugar donde se juntan los polos* (2002) que ha ganado tres premios internacionales: *Brouillon d'un rêve* (Francia), Mejor Video Documental en Valdivia (Chile) y Mejor Guión en Rosario (Argentina).

Christian Kupchik. Escritor. Buenos Aires, 1954. Entre sus obras más importantes están *Jonds y los sueños diurnos* (1983), *Kamikaze* (1985), *En Mesopotamia* (1988) y *Lumière* (1991).

Pedro Lastra Salazar. Poeta y ensayista. Chillán, Chile, 1932. Poeta e investigador de la literatura chilena. Hizo crítica literaria en *La Discusión de Chillán*. Miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua. Entre sus obras más importantes están *La sangre en alto* (1954), *Traslado a la mañana* (1959), *Y éramos inmortales* (1960), *Noticias del extranjero* (poesía, 1979), *Cuadernos de doble vida* (1984), *Asedios a Oscar Hahn* (1990).

Gonzalo Márquez Cristo. Poeta y periodista. Bogotá, Colombia, 1963. Ha colaborado para diferentes medios y revistas literarias dentro y fuera del país. En 1989 participó en la fundación de la Revista Literaria *Común Presencia* y actualmente es su director. Entre sus obras de poesía se encuentran: *Apocalipsis de la rosa*, y *Visión de la noche*. Recientemente publicó *El Tempestario y otros relatos*.

Mario Monteforte Toledo, Novelista, cuentista y ensayista. Guatemala 1911-2003. Aunque vivió 35 años exiliado de su país, con largas estancias en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Ecuador y México, tuvo mucha participación en la vida política de Guatemala entre 1946 y 1951. Fue durante mucho tiempo académico de la UNAM, donde su trabajo le ameritó el Águila Azteca, el máximo reconocimiento del gobierno mexicano a los extranjeros que han enriquecido la cultura nacional.

Entre sus obras destacan *Entre la piedra y la cruz* (1948), *Donde acaban los caminos* (1952), *Una manera de morir* (1958), *Llegaron del mar* (1966), *Los desencontrados* (1976). Los libros de cuento *La cueva sin quietud* (1950), *Cuentos de derrota y esperanza* (1962), *Pascualito* (cuento para niños 1991), *La isla de las navajas* (1992), *Cuentos de la Biblia* (2000). Las obras de teatro *Los gringos* (1976), *El santo de fuego* (1976), *La noche de los cascabeles* (1987).

Modesto Ponce Maldonado. Narrador y periodista. Quito, 1938. Colabora con las revistas *Contexto* de Quito y *Solotextos* de la Casa de la Cultura, Núcleo del Azuay. Su libro de cuentos *También tus arcillas* fue considerada una de las mejores obras publicadas en 1997 según el diario «El Telégrafo» de Guayaquil y el diario «Hoy» de Quito. Consta en *III Bienal del cuento ecuatoriano* (1995), *Antología básica del cuento ecuatoriano* (1998), *Poesía y cuentos ecuatorianos* —Antología temática— (1998).

Francisco Proaño Arandí. Novelista y cuentista. Cuenca, 1944. Entre sus obras más importantes están *Historias de disecadores* (cuento, 1972), *Antiguas caras en el espejo* (novela, Premio José Mejía Lequerica, 1984), *Oposición a la magia* (cuento, 1986), *La doblez* (cuento, 1986), *Del otro lado de las cosas* (novela, 1993), *La razón y el presagio* (novela, 2003), *Historias del país fingido* (cuento, 2003).

Ernesto Proaño Vinuesa. Poeta. Quito, 1971. Ha escrito *Digitales* (1989), *Nanfragios* (1995) y *Espectrograma de Naïm Briones y la razón pura* (2000). Su obra *Bajo la puerta fue puesta en escena* por el grupo de teatro *Nues* en el año 1997.



Número patrocinado por la  
Campaña Nacional Eugenio Espejo  
por el Libro y la Lectura



Editorial Pedro Joge Vera  
Casa de la Cultura Ecuatoriana  
mayo 2004  
Quito, Ecuador